
LUX
LIBERTAS


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00045697771



MARIANO PICON - SALAS

BUSCANDO EL CAMINO.....



EDITORIAL "CULTURA VENEZOLANA"

CARACAS

1920

BUSCANDO EL CAMINO.....

MARIANO PICON-SALAS

BUSCANDO EL CAMINO.....



CARACAS
1920

Ofrezco este libro a la madre que murió un día de enero y me enseñó la ciencia sentimental; al padre que no me desanimó en el cultivo de estas cosas inquietas — lirismos, sentimentalismos, — ha sido bondadoso, me ha guiado. No olvido los abuelos: tienen el encanto de las reliquias, de los pergaminos llenos de letras, de las cosas desvaídas: ni a la tía que tengo en provincias, lírica, suave, el mejor aguijón de mi quimera. Leerá estas páginas en las pausas de su máquina de coser, junto a un bordado recien hecho. ¡ Pobre y buena tía, que ha aprendido la cantarina ciencia de la cigarra y la paciente labor de la hormiga!

COLECCIONO ESTAS PROSAS.....

Colecciono estas prosas porque son juveniles, porque alguna de ellas fué escrita en un momento de febril alegría lírica, soñando con la gloria. Marcan ellas la busca de la senda: nada más curioso en la historia de un espíritu que esta busca de la senda. Siente úno que le están repicando campanitas líricas en el corazón, toma la pluma y escribe. ¿Qué escribe? Lo último que vió: el mar o los ojos de la novia. De aquí desorientaciones, de aquí que úno a los meses, al año, a los dos años se vea con el fardo de un centón de excesos, con cuentos y filosofías, con evocaciones y líricas prosas.....

No son inútiles esos primeros ensayos: sale de ellos la faz personal, aquello más cónsono con el temperamento y el espíritu. Se abandona lo que fué en nosotros moda o imitación o afán de hacer literatura...

Satisfago un deseo espiritual coleccionando estas prosas; satisfacción de un peregrino que salió sin brújula por la ruta, se encontró con muchos caminos, llevaba un cuaderno de viajero y anotaba. Como un cuaderno de viajero este libro y como en un cuaderno de viajero diversas notas y diversos paisajes. Es ese libro de los veinte años iconoclasta y primaveral, sin gramática. Vendrá otro día en que se escribirá con gramática, los párrafos serán firmes y precisos, las ideas orientadas y unidas con alajes de disciplina. Pero para el espíritu del peregrino ninguno será más bello que ese de los veinte años, escrito cuando aún se cree en la eficacia de un señor — El Ideal —, en la fidelidad de una adúltera — la Gloria — y en el fuego permanente de un doncel de breve vivir — el Amor.

Caracas: octubre de 1919.

I
EVOCACION

VIDAS....

EL MONJE

Ese que trabaja en la celdita, en el silencio sereno de esta tarde otoñal, la larga pluma de ave entre las manos, frente á un viejo infolio de pergamino forrado de carnero, redondas letras góticas en el título, es un monje. Sangre de caballeros de la santa cruzada hay en sus venas; su padre un micer italiano galante y aventurero, amador de princesas, que escribe libros de picardía y como Micer Juan de Boccacio los dedica a reinas; sus hermanos—gibelinos o guelfos—han recorrido todos los caminos de Italia sobre engrillados corceles, yelmo en la cabeza, lanza en el brazo, coraza en el pecho, odio en el corazón. El más preciado doncel de todas las "corti" galantes, en Verona, en Padua, en Mantua fué en sus tiempos mozos este monje: reprochábale el padre que nunca hubiera sentido la fiebre heróica de los hermanos, más en su galantería había un noble resabio de mística compasión; nunca gustó aunque pudiera hacerlo, de enamorar grandes señoras, para pobres muchachas del pueblo fueron sus serenatas en alta noche, sobre la ciudad dormida, junto al ventanal de tosco aspecto, la luna como un blanco escudo de ideal sobre su cabeza. Cierto día en la plaza pública de un villorrio italiano a

donde fuera en persecusión de una beldad esquiva, oyera á un pobre y huesudo hombre, manchadas las sandalias con el polvo de todas las rutas predicar sobre amor divino: aquel hombre no ofrecía la salvación a cambio de las grandes llagas en el cuerpo, de errar en los desiertos junto al cubil de las bestias feroces, de matar con hambres y con látigos los verracos de las pasiones. Diríase que a la palabra de aquel hombrecillo hubieran prestado su música tranquila las fuentecillas que corren por la llanura, que dentro de su boca hubiera una flauta que solo tocara las notas más suaves, y que todas las palabras de amor apacible dichas por los hombres, las hubiera unido su lengua como en un rosario de tranquila elocuencia; amaba mucho la naturaleza aquel hombrecillo, decíase que vagaba por las selvas de caza recojiendo en su morrión los pájaros heridos por el cazador, los llevaba al convento, ahí los curaba y les tenía leche y migas de pan. Y ante las palabras de aquel hombrecillo como un sonido de flauta, el hijo del micer galante y aventurero, sintió en su corazón como un florecimiento de violetas místicas, bien podría rehuir sus miradas la beldad esquiva que él ya no se cuidaba de ella, amistó con el hombrecillo, en compañía del hombrecillo aprendió los latines de la Universidad humana y los latines con que se gana la Universidad divina. Y un día—de eso hace ya cuarenta años,—precisamente el mismo día en que la esquiva beldad de antes le escribiera misiva de amores, un día de otoño—blanco el sol con la blancura opaca de una perla—se encerrara en la celdita de este convento, en la cima de un monte, refugio para los viajeros á quienes cogió la noche en plena ruta, de este convento de piedra que es como una atalaya de la eternidad.

Su vida? Con la isocronía con que pasa el tiempo por el viejo reló del convento corre su vida. Los puñales del frío, en la madrugada, lo despiertan en su lecho de cañas; toca la campana, y él

con todos los demás monjes va á la capilla del monasterio—una capilla que es una sinfonía en gris, gris la media luz que entra por el largo ojo de la ojiva, gris la plata del altar, gris el incienso, las cortinas grises, y lánguida, monótona, con una languidez y monotonía gris, surge la oración la letanía, el salmo. Luego la refección sobria, luego una o dos horas de trabajo—cultivar un jardín, podar los árboles del huerto, levantar la mortaja de nieve con que la última nevada cubrió el camino. Oración más tarde. Y cumplida la faena encerrarse en la celdita, ¡y esta es la hora ansiada del monje!, encerrarse en la celdita, y escribir, escribir mucho con la larga pluma de ave en las manos, en la dureza del pergamino, escribir sobre la Trinidad del Verbo, sobre la Substancia del Verbo, sobre los Atributos del Verbo. Ir juntando las cuartillas sobre las tablas de los anaqueles, y en las pausas que dé la escritura, ponerse á soñar sobre el próximo éxito del libro, sobre los ornamentos que las manos del copista pondrán en el libro, sobre las anchas letras de antifonario que tendrá la portada del libro—mayúsculas, donde las bées se alzarán como los monjes que han yantado mucho y han reforzado sus horas de lasitud con alegres vinillos, su paréntesis negro alzarán las cées, como serpientes agresivas parecerán las eses, con sus flechas diminutas, más largas que las demás romperán las eles la uniformidad del pergamino y, ¡qué sabroso leerse a sí mismo cuando las manos del copista hayan copiado el libro, ahí en la quietud blanca de la celda, tranquilamente, sosegadamente y, ¡qué sabroso ponerse á pensar en lo que dirán del libro, en lo que de aquel modesto fraile dirán de aquí a dos siglos: Sabio benedictino que escribió un tratado sobre El Verbo, lo más notable que se hiciera en Teodicea Cristiana desde los lejanos días de Agustín...

Pero ya toca la campana del Monasterio; los bronces caen como lágrimas de mundanal renun-

ciamiento. Es la hora sexta. Y el fraile piensa: que otra vez, modesto frailuco, no te halle la hora sexta entregado á tan estériles imaginaciones. Y ahora á rezar los salmos y los ejercicios del seráfico padre San Benito, y á disciplinar el espíritu con una meditación espiritual...

EL REINADO DE LA PICARDIA

Los tercios de aventura, los que estuvieron en Flandes, los que cargaron de grillos á un rey—raza de los Garcías y los Paredes, de los Rodríguez y los Suárez, de los Ponces y los Jiménez—ya no alzan sus cuarteles de nobleza erguidos de lanzas en tierra castellana: ya no corren sus corceles por la parda llanura: están desiertos los castillos, que Garcías y Paredes, Ponces y Jiménez, Suárez y Rodríguez se hallan muy lejos, siete meses por el mar, en la tierra donde los árboles son torres, donde el plumaje de mil aves sobre los árboles son mil collares de piedras preciosas, donde hay ríos grávidos de oro, donde con un grano se fructifica un barbecho, donde el tumulto del mar arroja á la playa ostrales con perlas; y en América unos conquistan, otros gobiernan, estos exploran y aquellos fundan. Y se ha quedado España sóla, sin las flores rojas de la raza, y, nostálgica de bélicos corceles, ¡qué amarilla se tiende la llanura castellana! Corre por España un ambiente teológico; sobre la blancura de Salamanca, llora el Tormes recordando mejores tiempos, tiempos en que no era tan duro el estudio de los cánones, tiempos en que los maestros de cánones entretenían la amarillez de sus lecciones con ejercicios en el gay saber. Teólogos son los ministros del Estado, teólogos son los que regentan las Universidades, mas no los teólogos del buen siglo XV italiano, que fatigados en los ejercicios espirituales pasaban los ojos un rato por el rojo jardín de Micer Juan Boccacio o hallaban

en los diálogos de Micer Pietro de Arezzo copa, venenosa copa donde vaciar el licor de su hastío. Estos teólogos serán los mismos que llevarán a los calabozos de Valladolid a Luis de León porque puso un poco de su llamita interior en la versión de los "Cantares"; son secos estos teólogos, sobre su mente no riega la anécdota su picante perfume, como sobre los teólogos del buen siglo XV italiano.

Mas, de dónde? Mas apartando Filis y Amarílidas de la poesía pastoril, mas como para poner á florecer sobre todas las almas rosales de emoción, cuando bajo el ambiente teológico los rosales de emoción se marchitaban, surge en España el reinado de la picardía. ¡Divino bachiller don Fernando de Rojas, que echásteis la primera semilla, que fuísteis el abuelo espiritual de estos pícaros, que en el ambiente español del siglo XVI, oliente a cánones, a silogismos, a metafísica, tendísteis vuestras vidas como remansos de emoción en la aridez de los tiempos! Quitadle a aquella España los teólogos de Salamanca y nada le habéis quitado: ¿no había también teólogos en Italia y teólogos en Francia?, pero no le arranquéis sus pícaros porque sus pícaros son suyos, solamente suyos, porque ellos fulgen como rubíes, rojos rubíes de picardía, en la corona de su historia.

Lázaro o Guzmán, barrios bajos de ciudades muertas—Toledo o Salamanca, Madrid o Sevilla—fueron cuna del pícaro; amores de trastienda—estudiantes con comadronas—los trajeron al mundo. La madre—comadrona era docta en muy ruines ciencias y el pícaro nació porque la madre no pudo burlar con sus ciencias y trujamanes la naturaleza. A los siete años—y, ¡cuantos a los cinco!—la madre le negaba pan y abrigo al pícaro, y el pícaro se iba en la primera aventura. Los vistéis vosotras ¡catedrales de Toledo o Avila! pedir limosna bajo vuestros atrios de piedra; alguna vez pasó un canónigo, viera al pícaro muy pequeño, muy solo y muy hambriento,

llevóselo consigo, dióle de vestir y dióle de las migas de su yantar, echó sobre su mente a golpes de férula la ruda sabiduría del latín, y es el pícaro el copista de sus excesos teológicos. Y regolda alegría el canónigo en la contemplación del que por un caldo de su cocina, del que por un raído paño de su sotana con que se indumenta, hácele coro en el oficio divino y copia en buena letra española sus excesos teológicos. Mas, como se van, infelice canónigo, mas como se van diariamente las palabras de tu oficio divino, así también se fué la joya de tu pícaro; mas no se fué como se van las palabras del oficio divino—sin dejar huella sobre tí—, que sí dejó honda huella, la huella de unas peluconas de oro que desaparecieron de tu arca. Y aquella flor de sol y aire libre sale en segunda aventura en busca de nuevo sol y nuevos aires. Seguir su historia? Válame Guzmanillo o Lázaro. Recorren sus piés todos los caminos; tocan sus manos todas las arcas, habla su boca todas las voces desde la flébil voz del amante junto al ventanal bañado por la luna, hasta la voz del rufián que con el oro de los grandes compra almas. Mas los años pasan; el ave de la picardía del pícaro quedó muerta cuando caían sobre su cuerpo los hielos del tiempo. Ahora, en un gris burgo castellano, es empleadillo del municipio, secretario de la alcaldía o mayordomo de la iglesia; se apagó la fiebre de los largos caminos y las donosas astucias, y terminada la diaria faena, concluido el último yantar, al amor de los tizones, sobre anchos sillones frailunos el pícaro hace tertulia: habla de cuando estuvo en Roma, de cuando fué criado del canónigo, gordo de carnes y gordo de peluconas de oro; tiene su charla las curvas de todos los caminos que anduvieron sus piés, los tertulianos ríen, la esposa del pícaro se santigua, el cura asombrado masculla latines, y por ahí estará seguramente un bachiller de Rojas, un Sebastián de Horozco o un Mateo Alemán que ensarten en un libro como en un rojo rosario aquellas

cuentas de picardía. Será en las prensas de Juan de la Cuesta, se dedicará a algún duque que cambie por doradas o blancas el solaz, y Rojas, Horozco o Alemán dánse a soñar en los futuros triunfos de aquel decamerón castellano...

EL BOHEMIO

¡Tenía un predio suyo, únicamente suyo el pobre! Cuando otro dijera: soy una refracción de Jorge Byron, él, alzando la cabeza tumultuosa, gesticulando con las manos pálidas como dos flores en mármol, largas y delgadas como dos espigas secas, hubiera dicho: refracto mi propia luz! Era un raro: cuando comenzó a encerrar las águilas de sus versos entre la burguesa jaula de los periódicos diarios le dijeron: ¡un loco! Y en aquellas dos palabras ¡un loco!, estaba encerrado como en un calabozo muy pequeño para un preso muy grande el triste misterio de su vida. Su patrono en el amor para el arte era Wateau, Wateau tísico, Wateau inédito, Wateau desconfiado, Wateau ignorante de su oro interior.

Desde el gris retiro de su burgo, soñaba con la ciudad grande. ¡Había tantos poetas en la ciudad grande! Y aquellos poetas, ¡como sabrían comprenderlo! Y en un baulito pequeño, en su baulito de muchacho pobre fué reuniendo monedas para al tener bastantes ir á conocer la ciudad grande! Ya va por los caminos, arranca el tren, silba el tren, y allá en el fondo flechean el cielo las cúpulas de la ciudad grande. ¡Que cerca ya la gloria! Va a conocer a los poetas ¡y como los poetas pondrán ante sus ojos de muchacho de pueblo gris todas sus maravillas interiores! —Pero, es aquel el poeta que yo admiraba?—El mismo. ¡Y yo que lo imaginaba llenos de melancolía los ojos, poniendo ante toda llaga de mendigo la venda de su sonrisa, y veo como pasa, hosco, engreído, teñido de banal literatura! Y co-

mo el poeta que admiraba fueron los demás: blanqueados sepulcros de la vieja parábola, que nunca acordaron el ritmo del cerebro con el ritmo del corazón. Y el muchacho sintió asco, sintió asco por todas aquellas cosas: literatura, reputación, nombre: ¿que diferencia entre los burgueses de su pueblo gris y los poetas de la ciudad grande? ¡Hombres con palabras, nada más que hombres con palabras! Y como palpara en casa de cristal tantas miserias, quiso ser cumbre o quiso ser sepulcro: si cumbre, cumbre alta, cumbre sus ideas y cumbre él mismo: si sepulcro, no blanqueado por fuera y nido de hediondez por dentro. Ritmo interiormente su propia poesía: el asco por los hombres con palabras, por los hombres con meras palabras lo mantuvo en la fortaleza de su orgullo; expresar su poesía era igualarla en su prístina pureza con la poesía de los otros, con la poesía de los de la ciudad grande—vieja mujer lúbrica que baña en rosas la palidez de su hastío.—Y ya solo, solo con su oro interior que no era el oro burgués de los hombres de su pueblo gris, ni el falso doublé de los sepulcros blanqueados, acudió a un oro que le parecía más benigno porque a todos los ojos mostraba su maldad: oro de alcohol. Flores de fiebre abonó el alcohol en su cuerpo malsano; corrompido lo llamaron los sepulcros blanqueados como los que no lo comprendieron le dijeron loco, y un día, en alas del fantasma de la fiebre terminó su vida con los crueles espasmos del delirio, en una como orgía de desesperación, de odio y de angustia.

MI VIDA Y OTRAS VIDAS....

Siento a veces yo la nostalgia de los grandes dolores: personifico un dolor y quisiera agarrarme á él para succionarle toda, toda la crepitante música de sus ayes. Porque la vida mía corre sin

emociones, porque corren mis días como un tropel de camellos por el largor de un desierto—lentos, cansados.—Fraile, fraile de la celdita, que sueñas con las mayúsculas de antifonario con que el copista ornará tu tratado de Metafísica: dime el secreto de tu suave emoción? No está en tu recogimiento, no está entre las blancas paredes de tu celda: he buscado el recogimiento y el recogimiento me ha parecido árido y monótono. ¡Pícaro, al amor de los tizones y ya viejo, ungidos tus piés con el polvo de todas las rutas la emoción sale de tus labios como un vinillo picante! Bohemio, dame siquiera la emoción de tu asco para todos los sepulcros blanqueados, pues violo todas las hediondeces de los sepulcros blanqueados y ni una sensación de odio corre por mí. O dime también bohemio, cómo hallar trágicas flores de fiebre, como hacer de mi espíritu un solo jardín de fiebre.

Y pensar que tengo algo que tú no tienes, hombre de todos los días, que ríes, ríes locamente, distiendes tu pulmón para que hasta él llegue la música de tu risa o lloras y agarras el dolor y succionas su sangre y sientes toda, toda la enorme voluptuosidad, todo el fondo de lágrimas que se escapa con la exclamación de un ay...

Sentido en Mérida: junio de 1918.

II
LIRICAS PROSAS

DULCE Y SUAVE

—

(Página del álbum de Enriqueta Arvelo-Larriva.)

Pensaba en usted, amiga mía, pensaba en la página que mi torpe pluma había ofrecido como holocausto de ensueño ante el altar de su gracia, y héteme, noctámbulo incorregible, hilvanando en el silencio de esta noche, aquí en mi ventana que da á una calleja oscura—calleja española, empedrada como sólo los españoles sabían labrar la piedra; en la esquina la reliquia de un farol que sobrevivió á la invasión eddisoniana de la luz eléctrica, bajo el farol—¡farol que yo vi en alguna vieja pintura de Alcalá de Henares o de Salamanca!—paréceme a mis alucinados ojos de evocador que vagase el último paladín romántico de golilla almidonada, capa o chambergo, puñal toledano al cinto—; aquí en mi ventana preguntaba al silencio, quería traspasar el girón de la neblina, y arrancar como de un velo de Isis al girón de la neblina un símbolo poemático para ofrendarlo como holocausto de ensueño ante el altar de su gracia. Y pensaba, y ante el silencio de la noche se quebraban todas las palabras de mi literatura... ¿Cómo decirle a la lírica amiga? ¿Bella? Las muñecas del bazar también son bellas, bella la muchacha coqueta que tragó—Moloch sonrosada, de boca como un durazno de mis páramos, por el cuerpo cascabeleándole el bullicio de los diez y ocho años,—que tragó, Moloch sonrosada, todo el oro ensueñal de aquel muchacho ingenuo...¿Sen-

timental? Es algo muy vago: no es frágil mariposa que arda ante la llama de alguna gran pasión. ¿Amable? Vaguedad también en el vocablo: amable el árbol del camino bajo cuyo follaje en hora silente, más fuertes mientras más solos, comenzamos á tejer el hilo de un ensueño, amables aquellos ojos que alguna vez, transeúntes en un pueblo extraño, tras los enrejados de una celosía aparecieron ante nuestro asombro como dos ventanales donde atalayar rutas ilusorias, amable el compañero aquél, amable el instante en que, un postigo que se abre, una mano que a nosotros se tiende, en un minuto extático, recibimos de la novia el mazuco atestado de claveles... Y buceando en el mar de los vocabularios uno que sintecice a la amiga para ofrecérselo, dos palabras, acaso dos palabras vulgares para quien no ve escondido en cada palabra un matiz léxico, acaso dos palabras sencillas porque se las usa mucho, aparecen, ¡eureka! de mi congoja: dulce y suave..

Dulce y suave, ¿cómo mejor sintetizar a la amiga que con la candidez de estas palabras: dulce y suave? Dulce lo que no es amargo, lo que no es salobre, lo que es apacible y grato. Suave lo que es tranquilo, lo que es blando, lo que es manso. La venda que selló tu herida, el pañuelo de hermana o de novia que desde la estación de un tren, desde el muelle donde el vapor arrancaba, se tendió a tí como mensajera paloma de afecto que anhelase surcar contigo el mar o seguir por los rieles. Pues como una venda que selló una herida, como un pañuelo que te dijo adiós, la lírica amiga es suave y dulce. Suave y dulce... Hay mujeres a quienes el mucho "trabajar del seso" que dijera Don Quijote, el darles arribo en el cerebro a toda ideología que las deslumbra, desvirtualiza sus espíritus, y su levedad femínea queda prisionera entre las páginas de un libro amargo. Y hétenos entonces ante ese tipo de mujer que para fortuna nuestra aún no ha cuajado en nuestras sociedades incipientes, y hétenos ante ese ti-

po de mujer que reniega de su suavidad ingénita; la fé—fé femenil de la madre o de la novia, lamparita eucarística en las tinieblas de nuestra duda—, huye del espíritu como novicia sorprendida por una roja tentación del Malo. Y esas ideologías y ese "ahombramiento" se lleva de las almas femeninas todas sus silvestres flores ensueñales. La fé ida es una superstición rota, el amor—¡amor plateado de luna de Romeo y Julieta, amor de filtro mágico que mata y consume de Tristán e Isolda!—se hace fórmula matemática, sociedad civil, ¡burguesa sociedad civil del Código! de dos personas que con un fin natural se juntan. Para esas mujeres no escribía yo nunca una página de álbum: si el hombre duda la mujer debe creer. Hombre y mujer como árbol y orquídea. Hombre, rudo, desafiador del viento como un árbol, mujer sobre la rudeza del hombre, toda perfume y sedas, como sobre el árbol el perfume y las sedas de la orquídea. Mas si hay mujeres que secan su espíritu ante el erial de los libros, hay otras para las cuales los libros son como tallas que brindan más facetas a los diamantes de su espíritu. Y así—diamante que con literaturas y ensueños se cubrió de facetas—es el espíritu de la amiga: escribe y reza, dos verbos que resumen un temperamento. En las alegres mañanitas ella que es madrugadora, en las alegres mañanitas en que es más bello el canto de los pájaros porque toda la noche fué para el canto de los pájaros una gestación de armonía, la alondra de su espíritu que también durmió armonías en la noche, siente nostalgias de canto, ella la deja volar un momento para recoger matices—matices del día que despierta teniendo por heraldo a Chanteclair, el príncipe; regando diamantes sobre el nácar de las rosas, temblando la Naturaleza toda como una prometida que ama mucho y ve llegar el día de sus nupcias: las nupcias son con Sol, un doncel que ya viene, todo de oro, por las sendas de Oriente. Y cuando ha recogido matices, escri-

be, escribe junto a las rosas; Chanteclair que repica interrumpe alguna vez sus divagaciones, y cuando ya llega el Sol, la pluma ha terminado, las cuartillas están en una mesa junto al jardín, el sol tiende sobre ellas su claridad y su calor, y si ya la mañanita dió matices a la belleza de la página escrita, el sol bañando las cuartillas parece calentar y vivificar esos matices. Y en la tarde, cuando ya el sol se ha ido, y con el sol anhelos de la lírica amiga, piensa, reflexiona, se reconcentra en sí misma, y la oración brota de los labios, como un diálogo, como un diálogo panteísta con el sol que agoniza lentamente, con el pájaro que en su nido se arrebuja, con el humo de la choza que sube al cielo, con esa melancolía del atardecer que es en su silencio, en su media—luz una como antesala en el tránsito del día a la noche, de la claridad a la sombra...

Es dulce y suave, escribe y reza: en dos verbos y en dos adjetivos he querido hacer una psicología de usted, amiga mía. Por un momento pensé decir de usted muchas cosas bellas. Mi mente recorrió todos los jardines del vocabulario y no halló flor léxica que sintentizara los dones de Ud. Dulce y suave, escribe y reza. Quizás esos dos adjetivos y esos dos verbos se vicien del momento espiritual en que hago para usted estos renglones. Es en la noche, en mi ventana que da a una calleja oscura. Ni un perro ladra á la luna ni un noctámbulo anda por el sitio silente. Y el trozo de calle que domino desde esta ventana—un trozo de calle blanco, ¿blancura de cementerio o blancura de convento?,—y el farol de la esquina—¡farol que yo ví en alguna vieja pintura de Alcalá de Henares o de Salamanca, farol que me parece un testigo arcaico de citas de amor en tiempos de troveros—,me producen como el recuerdo de usted, como los dos adjetivos y los dos verbos de mi elogio una larga impresión de paz...

En Mérida, setiembre de 1918.

ARTISTAS, HOMBRES...

—

(A Montiel Ballesteros, y como loa de su *Savia*, un rudo y desnudo libro de poemas...)

Ver el mundo al través de tan malos cristales como son los libros, poner literatura donde debes poner vida, amar la existencia, no la existencia en sí, sino en las flores que de ella se desprenden —tal amar una catedral gótica, no en la armonía serena de la piedra de donde brotó, alta y delgada como una aspiración al cielo, sino en la flechecilla de su torre o en la encajería de una de sus pilastras—; esa separación que tú haces entre tu condición de hombre y tu condición de artista, te produce, ¡anémico hombre de arte!, te produce eso que tú llamas hastío, desengaño, eso que suena triste en tu poesía, esa nota que sabe a sollozo en tu música y ese espectro de muerte entre los colores de tu cuadro. Artista, hombre. ¿Y acaso el ser artista impide el ser hombre? ¿Y acaso el ser artistas ha de poner en vosotros, mozos de veinte años, mozos que bien pudiérais andar desnudo el cuerpo, agreste, sencilla, ingenuamente desnudo, corriendo en la persecución de las mozas por los caminos asoleados, saltando por el torrente el agua hasta la cintura, caracoleando los potros indómitos, todo vosotros, todos vuestros músculos cantando crepitantes orquestas a la vida, teñidas

de sol vuestras mejillas, duros al esfuerzo del fierro vuestros brazos; acaso el ser artistas ha de haceros señores de la tuberculosis, la muerte lamiendo ya el invierno precoz de vuestros veinte años, el sol un enorme dios irónico ante vuestras miserias, y vuestro arte, arte que debiera ser sol, arte que debiera ser sangre y vida, ha de hacerse arte desesperado y melancólico como para un Hamlet de un país polar, recitando el verso, arrancando la nota y contemplando el cuadro junto a un enorme cementerio amortajado de nieve, como otros copos de nieve blanqueando los huesos en la noche, ni la más leve yerbecilla indicando la vida en aquellas soledades, la luna arriba como una tísica absorta?... Artistas, ¿y acaso el artista ha de absorber al hombre, acaso el artista no puede ser un hombre, todo un hombre, como dijera el corso conquistador al contemplar alto como un roble de la Selva Negra, sereno como un mármol griego, fuerte como un germano de los tiempos de Augusto, a Wolfgang Gœthe? ¡Y Wolfgang Gœthe era un artista! Y artista que toda una edad, edad de los viejos sabios en los cuartos oscuros, de los demonios que a media noche traían a los sabios de los cuartos oscuros, piedras filosofales y elíxires de vida, edad compleja y dual que al par encendía cirios a la Virgen y sacrificaba a Dyonysos se hizo en aquella mano olímpica la síntesis gloriosa de un poema! Primero fuimos hombres que artistas, lo que primero fuimos es lo que somos, lo primero es el edificio, lo segundo los frisos que bordaron de belleza al edificio. Primero esté la base firme que resista los látigos del viento y el remezón del terremoto, luégo celémos por las rosas del friso. Y si nuestra condición esencial es la de hombres, ¿vamos a dejar que se derrumbe nuestra vida, que nuestras venas se agüen, que el edificio se agriete, gastada la energía en repujar el friso? Ante el mundo, ante los otros hombres, ante la raza, ante esos viejos ancestrales por donde vino corriendo como por un cauce de

fuerza la esencia que nos dió vida, no vamos a dar cuenta si entramos por la polilla de todas las bibliotecas, si de nuestras manos salieron los versos perfectos como estatuas, más sí si supimos domeñar como si fuera un potro, este potro piafante que és la vida.

—¿Qué fuísteis?—tiene derecho de preguntarnos el mundo.—Fuimos hombres—habremos de decirle.—Y si además de hombres fuimos artistas, ha de ser mayor la loanza que nos dé el mundo: la loanza del señor que dejó al criado tierras de labrantío que cultivar, y halla que el criado no sólo cultivó y fecundó con frutos la tierra negra, sino que también formó con supremo cuidado un bello jardín: ante la tierra de labrantío que es nuestra vida, un jardín que la embellece y la perfuma es nuestro arte.

¡Artista del siglo, artista que ves pasar tus días por un caleidoscopio de torturas, deja los verdes ajenjos de la taberna que te enferman! ¿No sientes lastimado tu orgullo, cuando ves pasar frente a tí esos hombres altos como los cedros, la sangre retozándoles en el cuerpo, que van gozando de la vida como si fuesen cajas absorbedoras de sol, fraguas de aire, y sentirte tú ante ellos bosquejo de hombre, oruga palidecida ante las alas tremantes de la mariposa? Imita los artistas antiguos que a pesar de que tenían en el espíritu un jardín, tenían en el cuerpo un fecundo huerto, formaban veinte hijos, esgrimían las armas como tú esgrimes la pluma, toda fiebre y toda tisis se quebró ante la muralla de su fortaleza, nunca cogieron las veredas del suicidio, y caían, como caen por su propio tronco gastados los árboles de dos siglos en los bosques seculares. ¿Que estás enfermo, que sientes que el mal como una tarántula hambrienta va llevándose la buena sangre de tu vida, que exiguo tú de fuerza, débil ha de ser tu arte—espejo de tí mismo?—Pues no al vano halago de hacer arte débil sacrifiques el holocausto precioso de tu vida. Abandona ajenjos de la ciu-

dad que dan artes huecos. Busca el sol: desnúdate y recíbelo como una ablución de vida. Lánzate en la catarata, que el agua enrollándose como una sierpe por tu cuerpo te chupará los nervios que te enferman. Mozo de veinte años, persigue a las mozas. Doma potros. Cúrate, sánate, sé hombre.

Loma de la Virgen (Mérida): julio, 1918.

LA VISION DE ELLA

—

Me preguntas, mi querido poeta y amigo mío, cómo he forjado yo la visión de mi ella, de la que ha de ser la más cuidadosa jardinera de mi rosal interior. Y aquí, mi querido poeta y amigo mío, bajo la blancura perla de este sol de estío y bajo su serenidad propicia a las contemplaciones, estaba pensando que nosotros los poetas (discúlpame el adjetivo que yo pienso hay un adarme de poesía en estas prosillas mías), que nosotros los poetas somos entre los señores que alumbra el sol los más egoístas y los más ocultos entre las rosas de nuestro jardín. ¿Y de dónde ese encastillamiento en la torre íntima, si nuestro arte no va más allá del arte del fotógrafo, y ni aún es tan perfecto como el arte del fotógrafo, pues aquel matiz de paisaje que al contemplarlo quedó diluido en la caja de nuestro cerebro como un sutil perfume, se hace al expresarse impotente lucha verbal, tartamudez de la pluma que en vano para reproducir la emoción, vaga inquisidora por los campos del vocabulario?

Y platicaba sobre el egoísmo de los poetas, sin que tú seas egoísta, ¡oh mi querido poeta y amigo mío!, soliloquiaba sobre el egoísmo para responder a tu pregunta. Porque así como detrás de una barrera verbal nos escondemos pensando

que hemos acumulado toda la energía del mundo, así también pensamos que la jardinera que ha de ver por nuestro jardín ha de ser un tanto encarnación de todos nuestros líricos excesos.

¿Tal vez tú pensaste que yo ansiaba la mujer lunática, la mujer ebria de visiones que tienda las manos a la luna como a una blanca hermana ausente, y que muera tísica y toda de nieve cuando comienzan a nevar los naranjeros? ¡Bienvenida la lunática a mi torre de cristal! Pero como es lunática pudiera ser encajera. Encajera? ¿Te ríes? Sí, encajera. Y, ¿crees tú que es menos lírica que la que tiende las manos a la luna como a una blanca hermana ausente, esta, retuerce que retuerce el hilo día y noche, salen rosas de sus manos como de las plantas de un diosa antigua, como del regazo de Isabel de Hungría, y el hilo de esas rosas pondrá una nota de blancura junto a la amarilla lamparita del santuario, será marco de nieve para el cuerpo-porcelana de una hermosa, o en una cámara nupcial, será el paño que cubra un ara? ¡Cómo seas dulce, como hagas brotar de mi rosal rosas como haces brotar del hilo, a mi torre de cristal, bienvenida, encajera! Pero como es encajera pudiera ser también la muchacha que de seis a seis, junto a un libro mayor ancho como un camino, o una máquina de coser que suena como un cascabel cascado, gana la vida suya, la vida de una madre enferma y de unos hermanitos pálidos que bajo las luces crepusculares, cuando llega a su tugurio ganado el jornal diario, la ven entrar como si fuera el sol. Si por mi espíritu entras como si en verdad fueras el sol, bienvenida obrerilla que de seis a seis pasas tus horas junto al libro mayor ancho como un camino, junto a la máquina de coser que suena como un cascabel cascado! Pero como es la obrerilla de seis a seis, pudieras ser tú también, muchacha campesina, que con una flor de hinojo como con una estrella de oro adornas la noche de tu cabellera; pudieras ser en fin, ¡oh mujer universal! encajera o lunática, obrerilla o

rústica, con tal de que hagas voltear los bronces de mi torre de cristal.

Y en resumen, mi querido poeta y amigo mío: de las cosas de la literatura desprende el amor. Y con tal que élla, como la encajera del hilo, de tu corazón haga brotar rosas y por tu espíritu éntre como si fuera el sol, no le preguntes si tendió las manos a la luna como a una blanca hermana ausente, si endureció sus manos retuerce que retuerce el hilo, o si moza campesina, una agreste flor de hinojo fulgió en la noche de su cabellera como un lucero de oro.

En Mérida: abril de 1918.

MOZAS CAMPESIÑAS...

—

Mozas campesinas, morenas con el tono moreno de la caoba, muchachas campesinas que el sol rústico recibido mientras en el cafetal cogéis el grano, mientras corréis por el potrero echando lazos a los rehacios becerritos, que el sol rústico recibido en las amplitudes del barbecho, puso en vuestras caras matiz levemente rojo, matiz de tropical peonía, vivid siempre vuestra vida de campo y daos por mujeres a los gañanes recios que desde que el sol clarea están en los plantíos ora con el hacha que tala, ora con la escardilla que roza, ora abriendo la tierra para la fecundación del próvido semillero.

Acamparán en vuestras chozas hombres de la ciudad que con brillo de palabras querrán nublar vuestros candorosos ojos de rústicas muchachas. En pago de caricias os ofrecerán en la ciudad sedas relumbrosas entre encajes como hilos de nieve y lo que vuestra alocada imaginación les reclame. Os dirán que allí en la fiereza del risco el triunfo de vuestra juventud es como flor plantada en el atajo, donde a todos los ojos está oculta, y en la urbe como flor del camino real que de todos recibe las miradas y las loas. Pero yo os digo: la flor que se planta en el camino real tiene más ries-

go de ser pisada por el tropel que atraviesa en loca vocería compacta, que la que esconde su tesoro en la vereda, en la vereda por donde nadie pasa, si acaso el inexperto peregrino que se sintió cercado en el círculo de sombras de la noche y anda a tientas, sin luz, para aclarar el rumbo.

No sois vosotras las únicas campesinas que dejaron su retiro montaraz, el plantío donde sus manos cosechaban el fruto, su vivienda techada a pajas secas y se fueron a la ciudad tras falsas palabras y en caza de aventura. Hubo un tiempo en que viles seductores les trocaron el rudo lienzo que usaron en el campo por la seda costosa, la alpargata tejida a fibra de cocuiza por la zapatilla relumbrante, pero hubo también un tiempo en que los mismos seductores sintieron hastío por aquellos ojos, por aquellas mejillas donde se había diluido la sangre de purpúrea cayena, por aquellos labios coloreados como carne de guayaba en sazón. Y entonces echaron tras de sí a aquellas muchachas que por ellos supieron de los besos como enrojecidas brasas, que les dieron sus seres en plena nubilidad campechana y que ahora lanzaban al abismo porque, ¡paradoja satánica! gusta al corruptor mantenerse con inocente tesoro, al muladar recibir en su fondo horripilante la nieve de un ala. Y entonces fué cuando las pobres muchachas suspiraron por su primer campestre refugio, risco o llano, meseta o vega, hondonada o falda y entonces supieron cómo es de amargo y salobre el pago de las caricias brutales.... Enfermaron: abandonada en solitaria esquina, en el quicio de un portón, con un niño entre los brazos—el niño en su media lengua llamando a la mamita,—hallóse muerta una cuando radiaba un día; otra concluyó su vida en la camilla de un hospicio, gangrenado el cuerpo, deforme la cara, lívido el semblante y otra llegó a la inconsciencia y de la inconsciencia a la locura. Anduvo por las calles a grito tendido sosteniendo diálogos extraños como con viejos amantes —diálogos con sí misma— narrando his-

torias incoherentes y riendo con una carcajada que en su timbre crepitante hablaba de despecho y de vengazas imposibles. Al fin murió como mueren en las calles y en los caminos públicos los canes sin dueño.

Muchachas campesinas: corriendo siempre al sol en las agrícolas labores, más radiosa e imperante se hará la ruda flor de vuestra belleza. Sed para los jayanes que desde que el sol clarea hasta que el sol se hunde esparramando la sangre de sus rayos como odres de purpúreos vinos en albos manteles de monarcas, están firmes en su recia labor de tala o de roza, de siembra o de arado, para los jayanes que os quieren a todo corazón y a pecho abierto, nó para los seductores de la urbe que os anhelan como gala de un día, como trémula candelita que los enciende un rato, y luego el viento consume.

Campos de Otrabanda (Mérida): diciembre de 1916.

MELANCOLIA DE POETA

EN UN LUGAR QUE VIERA HACE VEINTE AÑOS...

(Saludo sentimental para Ismael Enrique Arciniegas.)

Caracas: 29 de abril de 1919.—No gacetilla de saludo, que ahí están las notas editoriales del periódico, no crítica sobre sus versos, señor poeta, que usted, Ismael Enrique Arciniegas, no ha cristalizado en libros que yo conozca tanta lírica flor suya, o flor exótica, que siendo traductor como siendo jardinero lograra usted con mismo color, mismo aroma, mismo portento, en el jardín castellano. Interpretemos el momento psicológico... Usted, señor poeta, de paso en esta Santiago de León, hermana de su Santafé en las calles tortuosas, en los caserones enclaustrados, pero una Santafé rociada con sal de Francia, menos teológica, menos pontificia, tendrá homenajes de muchas líricas y honestas gentes: retratos en los periódicos, señor Arciniegas para acá, para acullá, señor Arciniegas; estos caballeros que ahora llaman "orfebres," a su cuarto de hotel llegarán diciéndole maestro, de alguno de ellos recibirá las catorce pesadumbres de un soneto; y yo, señor Arciniegas, no haré lo que tanto coronista de diez bolívares hace: para juzgar la obra suya tendría que entrar a buscar viejos papeles que yacen en un sueño de archivos, en mi

casa, en mi provincia lejana, no en este cuarto de casa de pensión desvencijado y estrecho, donde mi pantalón de domingo descansa fraternalmente sobre el lomo de cuero de mi "Derecho Romano." Interpretaré el momento psicológico, un momento muy gastado por la poesía romántica, pero a pesar de todo, intenso: momento del viajero que en sus años juveniles estuvo en punto, allí alegres horas primaverales, una ventana como marco de una hermosura que arrancara un madrigal al viajero, allí cuatro o cinco compañeros de veinte años que con nosotros se echaron a buscar con rimas desenfrenadas a esa vieja histérica y siempre deseable: la Gloria.

Usted estuvo en Caracas hace veinte años. Eran los buenos días de 1895, buenos días de 1895 en que Pedro Emilio Coll alzaba en "Cosmópolis" bandera nueva y rebelde, en que Manuel Díaz Rodríguez publicaba "Sensaciones de Viaje" y Andrés Mata era ese Mata ruiseñor de las "Arias Sentimentales," ese Mata que cantaba todos los días y que ahora canta de año en año, cuando hay una ola de Macuto o una criolla de La Habana, señora de Calcaveccia, que le muevan el plectro. Era en los buenos días de 1895. Aquella agresiva señora y peor escritora que se llamaba la Baronesa de Wilson, por aquellos días, en las páginas de un mal "Parnaso Colombiano," malo como todos los Parnasos y todas las antologías, dejó un retrato de Vuesarced, señor entonces de veinte y tantos años, moreno, alto, nervioso, síntomas todos de sobreagudo lirismo, echado a volar desde las páginas de *El Cojo Ilustrado* en medio de otros lirismos de otra juventud de entonces: castelarianos y tribunicios lirismos de don Gonzalo Picón-Febres, exóticos lirismos de Manuel Díaz Rodríguez, sueños de Pedro Emilio en que aparece un Renán con la sotana de San Sulpicio; lapidarias escrituras de César Zumeta.

Hoy han pasado veinte años. Caracas, burgo entonces de setenta, de ochenta mil habitantes, hoy

se alza—caricatura de Lutecia—con sus ciento y tantas mil gentes; el Avila sonríe como un viejo abuelo bonachón y godo, la mujer de entonces que en la realeza de los veinte te mereció música de amores o de galanterías, es hoy rosa de otoño desvaída, acaso Lohengrin no vino, puede que sea católica y solterona: acaso tú, hombre triunfador, tropiezas con ella al volver una esquina. Ves unos ojos que te miran. Tú vuelves la espalda, ¿de qué mujer son esos ojos? Ella te reconoce: Arciniegas, el poeta Arciniegas. No te lo dirá porque ella declina y tú vas triunfante. Mas al reconocerte, una lágrima pasará por aquellos ojos que hoy sólo se fijan en el "Nazareno de San Pablo," lágrima que añora aquellos días del 95, del 98, en el ventanal colonial, en una noche del trópico, tú dándole rosas y diciéndole versos....

Y los líricos? Ya pasaron los veinte años de rebeldía. Sanos hombres normales se han hecho los líricos. Díaz Rodríguez tiene ahora un automóvil Oakland y una hacienda en Chacao, Pedro Emilio hombre diplomático en Europa, Andrés Mata tiene un Diario y ya canta poco: acaso una ola de Macuto o una criolla de La Habana puedan mover su plectro. Arciniegas mirará el Avila, el Avila tan sólo continúa el mismo—buen abuelo bonachón que puso un lirismo en los mozos de hace veinte años, y pone un lirismo, otro lirismo, en los mozos de ahora; regó claveles sobre las caras primaverales de entonces, riega claveles sobre las caras primaverales de hoy. ¡Qué breves son veinte años y lo que se cambia en veinte años! E Ismael Enrique Arciniegas entre tantos "orfebres" que lo llamen maetro, entre tanta frase cordial de los periódicos, se sentirá un poquito triste, un poquito melancólico—tristeza de lo que se ve a los veinte y se vuelve a ver a los cuarenta y cinco, de las gavetas que guardan rosadas esquelas de hace mucho tiempo, de un "carnet" de baile de quince años atrás, de una flor disecada...

LOS DOS ABUELOS

—

El úno era alto, un poco cenceño como debe ser la cara de los hijosdalgos que no deslustraron en el ocio de la casona solariega el brillo del apellido, sino que lo sacaron al sol, por entre una floresta de lanzas, peleando contra moros o contra infieles. ¡Era un gran señor aquel abuelo! No lo conocí en el oro de sus años, no lo conocí en el bronce, lo conocí en la plata de la cabeza ya cana, apaciguada yá. Tenía los ojos negros, ojos firmes y fijos, ojos que han domeñado nervios y pasiones. Era alto como una puerta feudal; hablaba, y sus palabras, arcaicas, imprecadoras, parecían surgir como del pergamino de un infolio; caminaba con caminar de hombre que nació para mandar hombres—repúblicas, senados—y ¿por qué no? para mandar también ejércitos entre nubes grises de pólvora, en situaciones heroicas. Para buscar psicología hermana de la suya hay que remontarse a viejos siglos lejanos: Marqueses de Santillana que mandan ejércitos contra el infiel y contra el moro, su lanza es la primera que arremete, deslumbraba aquella lanza como tejida con fuego, con vivo fuego de sol. Y vencido el moro, vencido el infiel, pacíficas las tierras de España, en el más retirado cuarto del castillo escribir con luenga

pluma de ganso la historia del linaje.... Sacrificado de un ideal fué aquel abuelo, decidme si alguna vez vísteis su nombre donde no estuviera el nombre de su partido. Nació con la patria. Su padre, un poco de Catón, un poco de Stuart Mill fundidos, había estado en el tumulto de los congresos que dieron constitución política a un pueblo. De un viejo partido conservador, fué. De labios, de muchos labios de hombres corrompidos, sectarios del Exito, sin convicciones, sin ideas, sin fe, yo oí decirle: ¡godo! como imprecándole. Pues fué godo, godo en la guerra, godo en el libro, y godo, supremamente godo en la casona. ¿Retrógrado, tal vez? Tal vez retrógrado, tal vez su espíritu tenía una barrera para nuevas ideas que debía traerlas la natural evolución de las cosas. Pero fué honrado, pero cuando en un gran incendio rojo vió la agonía de su bandera, no se pasó a otra, no vendió su espíritu, vivió del pasado, acaso se alimentaba de algún ideal muerto, imposible, quimérico, pero se alimentaba de un ideal; ideal es siempre espíritu, no como vosotros, tránsfugas, que os alimentáis de estómago. El era en medio de la casona, de los hijos, de los nietos, como una pequeña patria, el culto de los héroes me lo enseñaron sus labios, y en los labios suyos temblaba la lanza de Páez en Las Queseras, en Carabobo, en Puerto Cabello como un supremo empuje, y Bolívar, era, como si en una fusión de dioses Licurgo y Alejandro se juntaran, y un solo hombre, Bolívar, ganara batallas como Alejandro y como Licurgo hiciera leyes; loco o santo o genio, en la locura santa, genial, de Carabobo, sereno señor de toga, "El Poder Moral" en la mano, a las puertas del congreso, en Angostura.

Complejo el otro abuelo, yo no sabría pintarlo en un rasgo. Redonda cabeza griega, no le faltaba la apostura del hidalgo, pero de un hidalgo afinado en las fiestas de Versalles, alma de señor español rellena con sal de Francia, no para él dominadora actitud del otro abuelo: más

sutil, más vibrador el nervio, más penetrante para sacar música interior ante la contemplación del chorro de agua cantarino, de las avecicas de Dios, de los lirios del campo: compleja psicología de pobrecito de Asís en su amor por la naturaleza fraterna y de artista renacentista en el pagano amor por los mármoles que traían buhoneros de Oriente, sencillo y complicado al par, sencillo para hablar a los gorriones con lengua franciscana, complicado como para hablar a Maquiavelo de la ruina de los imperios, y ante Rafael de Urbino descomponer en líneas la sonrisa de una Madona. Si en el espíritu del otro abuelo godo y católico, veíase alguna gota de una sangre prehistórica, energía y fortaleza del celta, del vasco o del astur, de los hidalgos cenceños que pasaron por el romancero entre una floresta de lanzas, bocas donde no abrió la risa su suave flor de sedas, el espíritu de éste venía, cuajado de músicas, del vivaz tronco latino. Recuérdolo, de niño, hablar con viejo camarada de ideales en un francés de los más finos, de los más "versallescos" que oyeran mis oídos. Tenía muchos libros el abuelo aquél: su espíritu tolerante juntaba bajo un mismo tramo al Sakiamuny extático, y al viejo de Ferney, normal y cruelmente reilón. Creía en los demás y dudaba de sí mismo, cualquier muchacho que irrumpía en un periódico de cuatro páginas con algún exceso rimado era para su entusiasmo una promesa; malos hombres explotaron de la fuente divina de su candor, en el medio burgués y mediocre fué un incomprendido: como él no apresó su espíritu bajo el campanario de la aldea grande, sino que ambuló libre y suelto por libros exóticos y filosofías lejanas, aquellas honestas gentes de la aldea grande no supieron de todo su venero musical y recóndito. ¿Qué queda de él? Lucha del pan, maldita lucha del pan marchitó su jardín: queda un epigrama latino en un viejo libro de cuando fué estudiante, prosas e ideologías en periódicos de trescientos ejemplares de tirada, en la

provincia,—polilla y abandono acabaría con las colecciones de esos viejos periódicos—, en páginas en blanco de algún librón de cuentas el comienzo de un estudio, seis, doce ideas biológicas, al respaldo de algún libro de Haekel.

En medio del loco desorden de mi cuarto, frente a frente, el uno cenceño, rosado el otro, están los retratos de los dos abuelos. El úno mira y parece imprecar por su bandera rota y por su fe destruída en la loca avalancha de las ideas nuevas. El otro sonríe, y quizás parece decirle al úno, cómo no es loca avalancha de las ideas nuevas, cómo, todo obedece a una ley de renuevo y transformación, el título del viejo libro de Pelletán que por lejanos días del 60 juntos leyeron: "El Mundo marcha." Cenceño el úno, alto como una torre feudal, parece decirme que estos locos mariposeos de mi espíritu cristalicen en una convicción, que tenga la honradez de mi convicción desde donde atalaye hombres, desde donde atalaye cosas. ¿Me vencen? Bien vencido, con tal de que, de la bandera rota quede aún entre mis manos un girón hecho luz y hecho látigo—luz ¿por qué nó?, para continuar avanzando sobre el camino, látigo para el tránsfuga que cambió el ideal por estómago. Y el otro sonriendo parece completar la máxima del úno: pero no castillo de hierro para el adversario edifiquen tus convicciones, acuérdate del símbolo que viste muchas veces en un estante de mi biblioteca: Sakiamuny el extático junto al viejo de Ferney, cruel y reilón. Oye verdades metafísicas a Budha, el viejo príncipe de la casa de los Sakyas que abandonó mármoles, oro, mujer hermosa, virilidades de treinta años por un grano de arroz al día en la soledad del yermo, pero no porque haya hecho vibrar las cuerdas de tu alma la verdad metafísica de Sakya, niegues la verdad antagónica, la verdad "versallesca" y frívola del cruel viejo reilón de Ferney. ¡Tolerancia! Si haces ciencia del dolor, sé amable para la sabiduría

con tanta sabiduría como el dolor, de la risa. Puede haber tanta verdad en un consejo búdhico, dicho en una selva metafísica de la India, entre las paredes de una pagoda, junto al Ganges sagrado, como en un madrigal dicho en Versalles, por buenos días de pelucas empolvadas, Pompadures, abates-poetas y bandolines que tocan entre la fronda, junto al estanque bañado de luna y cantor. Verdad distinta, distinta concepción de la vida, distinta filosofía, hombres diversos y diverso medio.

Así en el desordén de mi cuarto, más que en el Schopenhaüer aburrido, el Kant lógico, el Niestzche paradojal, yo leo un dual sermón de vida en el retrato de los dos abuelos. Sermón de convicción, sermón de fortaleza, sermón que parece surgir como del pergamino de un infolio en la cara enérgica y cenceña de un abuelo, y fino sermón tolerante, fino sermón hecho con sal de Francia en la cara rosada y sonriente, en la cabeza redonda y griega del otro abuelo, complejo espíritu que hubiera como un pobrecito de Asís llamado hermano al chorro de agua, a las avecicas de Dios, al lirio del campo, como hubiera también hablado a Maquiavelo de la ruina de los imperios y ante Rafael de Urbino descompusiera en líneas la sonrisa de una Madona.

Mérida: diciembre, 1918.

CAMINO DE ITALIA...

—

Se va de Venezuela Díaz-Rodríguez. Este "Bologna" que zarpa ahora de La Guaira, lo lleva camino de la gran Italia-madre. No son estos los tiempos en que, de los talleres de Garnier, salieran "Sensaciones de Viaje." La impresión de Italia en aquellas páginas breves y primorosas es una impresión de meditación y poesía sobre las ruinas—Pompeya, Herculano—o una impresión de égloga sobre una aldea pequeñita y blanca dormida a la sombra de unos castaños—Aldea Lombarda,—aún aquella Italia de 1896 lloraba sobre Trieste, y exhausta de naves veia su faja de Adriático. Rubios señores de Austria, húngaros de Fiume cargaban los bajeles de Grecia y el Archipiélago; Venecia tan sóla, dormida a la sombra del "Campanile", cuidando las palomas de San Marcos, ya muy pocas góndolas paseando romanticismos bajo la luna, que, yates, gruesos y amplios yates usan para la peregrinación romántica bajo la luna, los Lord Byron de ahora...

Hoy son veinte años después: Trieste recuperada por la gran bota etrusca, los rubios señores de Fiume ahora serán banqueros de Italia. Un nuevo Renacimiento; la Italia de 1896 que pintara Díaz-Rodríguez, aún era la Italia dividida entre una tiara de veinte siglos y una corona jóven, hecha recientemente con la mas virgen madera de

la tierra saboyana; Gabriel era un poeta, sin ser todavía D'Annunzio, el Anunciador.

Por eso poca lección de vida hay en esas páginas primorosas, pero, ahora! Ahora un nuevo Renacimiento: ¡qué gran lección de vida nos escribirá de Italia, Micer Manuel Díaz-Rodríguez! Dirá de D'Annunzio—Odín, Orfeo, de una era nueva—, de Gugliegmo Ferrero unificando con la pura y viva visión de Roma un sentimiento de patria y de grandeza, mas junto a ese sentimiento de ser fuertes que crea las Torino y las Génovas humeantes e industriales, no olvidar las Florencias soñadoras y las Pisas académicas—remansos de poesía, asideros de la raza.

De la Italia resurrecta y viva, de la gran Italia de ahora que tiene á Trieste y está conquistando a Fiume dénos una impresión Manuel Díaz-Rodríguez, dénosla ahora que va a Italia. Rodó quiso dárnosla cuando aún no había luz en este caos de pueblos—1914, 1918—, pero se quedó en "el camino de Paros", en la Italia del Sur, en la dulce Sicilia de Arquímedes. Dénosla, es lección de un pueblo que surge por entre las ruinas a hacerse señor del Mediterráneo hacia Grecia, del Adriático hacia la rubia Hungría y el balkán sobrio y poderoso. Y que uno de estos buenos días, maestro, nos llegue el libro nuevecito, lustroso, lleno todo él con el pentagrama de un estilo donde puso su medialuz Leonardo, sobre él soplara frescuras un valle de Umbría, la música fué la música del agua, en el amplio tazón verde de un lago italiano sombreado de laureles.

Dános la impresión, maestro. Y así tu ida, tu ida deste país de Venezuela que ha menester tus músicas se convertirá en bien y deleite de espíritu, y si acaso flaqueas para hacer la obra, otra vez como ya sucediera un día la sombra de Leonardo te increpe, "debajo de su redondo birrete florentino, sobre los amplios y duros pliegues de su ropón de nítido Carrara."

Caracas, junio 18 de 1919.

EN UN DIA...

—

El poeta se levantó en una de esas buenas mañanitas que da el Trópico, en que mi señor el Sol es mas blanco, es más nuevo como después de un baño. Al salir a los corredores ya estaban trinando los pájaros. Grises paraulatas, gonzalicos de oro y de rubí oscuro, arrendajos, canarios exóticos que en una casa, en un país del norte, mientras la máquina de coser rueda han ritmado la vida de una Elsa, de una Ofelia, lunáticas, sentimentales; aquí en el Trópico dánse a ritmar la vida de una María morena, María del Cauca o de Antioquia, María de Jorge Isaacs, también lunática, también sentimental. El poeta se pone a mirar los pájaros. ¿Qué le sugieren esos pájaros que están cantando en la pajarera de hierro, desacordadamente, mixtura de barítonos con tenores, de contraltos con sopranos? El poeta, de muchacho, como todos los muchachos, ha estudiado Historia Sagrada, hace treinta, hace treinta cinco años, por el ochenta, por el ochenta y dos, en una escuela de México: mandaba entonces Don Porfirio, no había luz eléctrica, el poeta Peza escribía "Fusiles y Muñecas"—Juan y Margot dos ángeles hermanos —y empezaba á tener contrariedades conyugales; Manuel Gutiérrez Nájera no era todavía "El Duque Job", asistía Don Justo Sierra a las academias con una levita gris, llora-

ban las niñas leyendo a "Carmen" de Pedro Castera, José Peón y Contreras todavía hacía odas... Una "Historia Sagrada" por Fleury con láminas negras: ¡esfuerzo de imaginación del Padre Fleury para pintar la Torre que iba a rasguñar el cielo, un día el Padre Eterno sentiría tropezar sus barbas con algo duro, pétreo: ladrillos y arenas de la Torre de Babel!

Piensa ahora el poeta en la Torre de Babel. ¿Este arrendajo que canta más alto que este canario—el uno flauta, el otro violín—no forman un concierto babélico? Y un poema sale claro, diáfano, como la mañanita, como el sol:

Distintos cantos à la vez
La pajarera musical
Es una Torre de Babel.

El poeta siente frío, y provoca una caminata a pié, por estos campos de La Esperanza. (¿Conoces tú, lector, los campos de La Esperanza en la República de Colombia? Yo no los conozco, mas Imaginación es eterna viajera, los imagino: habrá saúces porque estamos cerca de Bogotá y en Bogotá hay muchos. Habrá chirimoyos con frutas encorvadas como picos de loros, hinchadas de gruesas venas. No faltarán unos gansos en un estanque de agua. Ni un bambú que parece salido de un libro de Judith Gautier, o de una novela de Claudio Farrére. Ni unas toronjas que son frutas de leyenda que han comido las princesas enfermas de amor. Por los montes no faltan torcaces...) Se va el poeta por esos campos. Va despacito como para mirarlo todo. Allá arriba sobre un cercado de piedra están dos zopilotes, tienen algo de sacerdotal los zopilotes. ¿No lo habías notado, poeta? Si con sus alas negras y el cuello blanco parecen frailes de Santo Domingo! El poeta los mira detenidamente, lleva un lápiz y una cartera, apunta, ¿qué? Versos. ¿Sobre quiénes? Sobre vosotros, sacerdotales señores zopilo-

tes... Un saúz. Le cae el sol de la mañana y se rompe en prismas sobre los gajos verdes:

Tierno saúz
Casi oro, casi ámbar
Casi luz...

dice el poeta... Un insecto, todo un señor insecto que se ha aventurado a dar un paseíto eglógico en esta mañana. Quién sabe si va recitando versos de Virgilio. Va muy abstraído. Las alas de atrás las tiene plegadas como amenazando caer en las espaldas, esas alas de atrás se le antojan al poeta como la alforja de un peregrino... Dos gansos: son inestéticos los gansos pero el poeta ha visto una cosa rara en ellos: ¡tienen la boca como trompetas de barro! Por esos árboles va trepando un caballito del diablo, le cae el sol en las escamas y las hace relumbrar, metálicas. ¡Atención Buffon, atención Linneo, atención Fabre, que el poeta os va á definir lo que es un caballo del diablo:

Caballo del diablo,
Clavo de vidrio
Con alas de talco.

El poeta ve muchas cosas más, ve flores de toronja, nubes y un chirimoyo. Cosas heterogéneas! Pero, ya son las siete, hay calor en el cuerpo y hay hambre: a desayunarse, señor poeta.

En el mediodía bochornoso ¡qué buena es una palmera! Pero estamos en el Trópico, hay calor, fastidio:

En la siesta cálida
Ya ni sus abanicos
Mueve la palma...

El cielo está violado, plomizo. El poeta se acerca a una mata y la riega, surgen violetas: reflejan esas violetas el cielo violado.

En el tronco de un naranjo escarban unas hormigas. Comen azahar y lo arastran. Los insectos negros con los pétalos blancos son un cortejo nupcial...

Una tortuga: es una buena visión en el mediodía bochornoso una tortuga. Esta va a grandes pasos, balanceándose, tal un carro de mudanzas.

Ranas, ranas en el estanque:

> Engranes de matracas
> Crepitan al correr del arroyo
> En los molinos de las ranas.

Han pasado las horas y ya es el crepúsculo. Regresan las avispas después de una correría por esos montes: se van clavando en el árbol-avispero, úna a úna "como las flechas en un blanco." Está atardeciendo sobre el árbol del cámbulo ¡cómo relucen las florecitas rojas en el árbol gris, parece el cámbulo como un gigante lampadario! Por el aire algo cruza: ¿será ya la noche, serán ya las estrellas? Es la bungavilia. Ilumina el crepúsculo con su pirotecnia... En el patio, recostada en una silla una niña está leyendo á "María" por Jorge Isaacs. Viene una mariposa, gris, nocturna. Se sienta sobre la hoja de un libro, cubre una línea, la niña se pone taciturna—presentimiento de lo trágico, María morirá y Efraín estará allá lejos, en Inglaterra...

Serán en la noche del Trópico las luciérnagas dormidas sobre los árboles como cosas navideñas, cristalinas, como esos juguetes de talco que se dan a los niños y se cuelgan de los árboles pascuales. Pregunta el poeta:

> ¿Luciérnagas en un árbol...?
> ¿Navidad en verano...?

Hay un cisne en el lago. ¿Qué pensar ante ese cisne? Interroga, interroga, como en un poema indio, como en el canto de Darío...

Se va oscureciendo la noche, se van ya las estrellas. Está negro el cielo: sólo un punto blanco que se acorta, se va acortando, se va hundiendo en las nubes: la luna.

Es mar la noche negra;
La nube es una concha
La luna es una perla...

El poeta tenía una cartera y un lápiz, iba apuntando, ponía en versos y dibujos lo que veía. Con un día hizo un libro y 'Un Día..." se llama el libro. Se imprime en Caracas, en 1919, en los talleres de Don Eduardo Coll Núñez, un Plantino, un Aldo Manuncio de estos tiempos. El poeta se llama Don José Juan Tablada. Es mexicano. Conoce mucho de arte. Ha dado para la Lengua Castellana "Un Florilegio" y un libro "Al sol y bajo la luna." Ahora da "Un Día..." y con "Un Día..." el más felice esfuerzo de poemas sintéticos que conozca nuestro idioma, unos poemas simplistas, que ante las complicaciones de todos los Duques de la Freneuse del siglo realizan una labor saludable: volver a la naturaleza. La simplicidad es la flor última de las almas selectas, dijo un mexicano y poeta como Tablada, Enrique González Martínez...

Caracas: 1919.

III

DE IRONIA...

LA HISTORIA DE JUAN PEREZ

—

Juan Pérez, hijo legítimo de Pedro Pérez y Paula Sánchez. Nació de nueve meses justos y pesaba siete libras exactas. Como se vé si aquel Juan Pérez no era un conquistador de pueblos, un gobernador de naciones y un sabio de bibliotecas, efímero pasaporte su nombre para pasar á la historia. Juan Pérez, ¡hay tantos Juanes y tantos Pérez en el mundo! Hombres, hombres que no hicieron nada, que en el mar de la vida fueron vulgar lastre los salva á veces la sugestión de un nombre. ¡La sugestión de un nombre! Uno oye Alcibíades y como hay una *a* mayúscula, y hay una *ele*, y hay una *be*, esas letras letras largas traen la añoranza del mancebo ateniense delgado como la *ele* y como la *be*, pero junto á la delgadez de la *ele* y la *be* se enfrenta una robustez de *a*—robustez de *a* adquirida en el olimpio ejercicio, en el gimnasio del Pórtico, en la carrera fálica. Uno oye Catón, y como en la monotonía del nombre no irrumpe la música de una *i*, la levedad de una *e*, aquella *a* aquella *o* tan semejantes ponen sobre el nombre un matiz negro; la *cé* del nombre es chata, y aparece la figura del aburrido viejo romano, monótono, atrabiliario, chatera en el espíritu, moralista inflexi-

ble y negro como una *a*, como una *o*, sin ese medio tono en el alma que no es la virtud que Jehová predicaba en las zarzas de fuego, por vehículo de su palabra el trueno, sino esa virtud que floreó en los labios de Jesús como una sonrisa, a la riba de los lagos galileos, bajo las palmeras de Enghadi, en un atardecer de otoño, en que, entre el sol agónico y el lago dormido parecía tenderse como una larga escala de nácares y ópalos...

Juan, Juan Pérez no ayudaba mucho el nombre al triunfo de aquel hombrecillo. Juan se llamaba el bobo que en cuentos de Boccacio o Aretino, en cuentos de picardía, era mandadero en los conventos de monjas. Juan Lanas fué un buen señor del refrán que tenía el espíritu abojotado entre muchas lanas de estupidez; Juan es un muchacho que en una historia del libro primario que yo estudiaba se le voló miserablemente la gorra, y por ir Juan detrás de ella como Bertoldino detrás de las moscas, por ir detrás de ella queriendo alcanzar el viento, embarró el pobre Juan su vestido nuevo entre un charco, lo hirieron unas lajas, y la gorra con los corceles del viento seguía corriendo, meneaba su cinta en veces como haciéndole en su mudo lenguaje de cosa sin vida, un palmo de narices a Juan, al pobre Juan del Libro Primario... Acaso un nombre extraño hubiera salvado á Juan Pérez de la humilde tristeza con que pasó por el mundo. Un Atanagildo que evocase un rey gótico por los días del siglo VII, un rey gótico asesino y goloso que hubiese muerto a un su hermano por heredar un reino, y una noche en su palacio de Toledo, después de una comilona en que se sirviesen mil faisanes que con mensajeros recamados de oro le enviase el rey de Neustria, muriese por harturas de faisán, o porque en el vino que escanció esa noche hubiese el secreto de alguna ponzoña; un Ruy, Fernán o Gonzalo, nombres que fecundan de fiereza el Romancero; tercios españoles del siglo XII, vascos o astures que viviesen en tiempos de paz

en castillos guardados por centinelas de barbazas enormes como selvas, de largos lanzones que troncharan la cabeza de todos los condes Lozanos malandrines, que vivieran en tiempos de paz engendrando las Urracas y las Sanchas, los Alonsos y los Ramiros, y en los tiempos de guerra sitio de Murviedro decidlo, cabezas de Dolfos Bellido y del moro Motkadir, hablad! Llamárase Otón, Berengario, Conrado, y el nombre llevara la mente á un castillo teutónico del siglo XI, un castillo entre una arboleda de Turingia, cubierto de fosos y murallas, en lo alto del castillo un águila de bronce para el señor amigo fuera pañuelo de saludo, para el caudillo adversario negro pabellón de desafío y de odio. Y aquel señor—Otón, Berengario, Conrado—, mandara—rey, árbitro, usufructuario, juez—sobre muchas millas de terreno, hubiera ido en peregrinación a Tierra Santa, aspirara a la copa del Santo Graal, y en noches de paz, en el castillo, desperezara su hastío holgando mucho con las consejas que contaba un trovero. Eran cántigas de gesta y era la canción de Rolando, eran cántigas de amor y por los mares de Irlanda, camino de Cornouailles, irrumpen —fiebre de todos los sentidos— la morbosa pasión de Tristán e Isolda; eran narraciones de picardía y amantes engañados, misterios de alcobas, surgían de los labios del trovero como lánguidas flores de miseria humana.. . Pero a tí, Juan Pérez, no te salvó ni un nombre amplio como Ortogundo, ni un nombre de tercio español como Ruy, ni un nombre de feudal alemán como Conrado, y porque no pasaste al recuerdo por lo raro de tu nombre—¡hay tantos Pérez y hay tantos Juanes!— y como para hacer tu biografía tengo el dato preciso de que naciste de nueve meses justos y pesabas siete libras exactas, yo voy a contar tu historia, oh, Juan Pérez!

Un día, un buen día de agosto, con todo el sol de las diez de la mañana, nació Juan Pérez. Así su nacimiento no trastornó el sueño de ningún veci-

no, buscando la comadrona en la alta noche y con todo el proceso ruidoso de un advenimiento. Guardó Doña Paula la estricta cuarentena, engulló en la cama cuarenta gallinas y cuando se levantó estaba más rozagante y gorda que una pava joven. Así, aquel maravilloso tesoro de humildad y orden—virtudes resaltantes de Pérez, como sesenta años más tarde, bajo un gris crepúsculo de noviembre, junto a Juan Pérez que yacía muerto en un cajón de cedro lo hiciera constar el Dr. Rendón, su orador fúnebre;—así aquel maravilloso tesoro de humildad y orden que había venido a esta tierra desordenada y soberbia, no causó a nadie ni una inquietud ni un dolor. Rapaz—le dice a úno algún viejo—tu nacimiento me costó un insomnio: estaba tu casa pared de por medio con la mía, y tal ruido—la comadrona que entra, la comadrona que sale—y tal ruido hicieron en tu casa para recibirte, en la alta noche, que fuí yo nuevo Rey Mago que veló la venida al mundo de un niño tan rapaz, que a los cuatro años por un boquerón abierto entre el solar de su casa y la mía, sostenía ya "circunloquios" con una rapacilla de seis, hija de una maritornes de casa, que lo iniciaba en cosas eróticas y absurdas. Nadie pudo quejarse de que Juan Pérez le costara una hora de sueño, ningún vecino que por los portillos del solar—portillos de los solares, ventanas de muchos Dafnis y muchas Cloes—Juan Pérez sostuviera "circunloquios" con la rapaza de la casa contigua. ¡Vidas que no dejan ni la rosa de un amor ni la espina de un odio, que no siembran y que no desvastan, que no roban y que no trabajan, vidas que van con el sol si hay sol, con el viento si hay viento, vidas iguales a ese leño que en una inundación arrancó de un árbol el río, y si un remolino se para en un bancal de arena ahí se pára el leño, y si otra corriente viene, del este, del oeste, y lo arranca del dogal blanco de la primer corriente, con la nueva corriente se va el leño! Así, mansa,—leño sobre el río—corrió la niñez de Juan Pérez. Quizás fué

una niñez de sesenta años! A los diez meses andaba los primeros pasos y decía las primeras palabras. (Y un alto aquí en las primeras palabras: fué un precoz gustativo. Desde Gœthe niño hasta el niño hotentote que de su abuelo el antrópido no está muy lejos ni en la nariz chata, ni en los ojos hundidos entre un marco de vello, ni en las orejas largas, todos los niños comienzan a hablar balbuceando dos palabras rituales: papá, mamá. No comenzó así Juan Pérez, fué un precoz gustativo, fué un anormal en las primeras palabras que profirió: pan y queso). A los cuatro años Juan Pérez fué a la escuela; aprendió las letras, no fué ni mal estudiante. No tienen estas vidas humildes que pasan por el mundo como por entre el compacto enladrillado de una cañería, no tienen estas vidas humildes ninguna curva donde impriman la huella de su personalidad: si a nadie matan, a nadie salvan tampoco, pequeñas virtudes y pequeños vicios, estudian y si no se ponen en la fila de los sobresalientes, tampoco tienen la rebeldía del pésimo, es la anónima caravana de los medianos, ni pobres ni ricos, si no durmieron sobre hopalandas ni encajes tampoco reclinaron la cabeza sobre la mísera estera del bohemio. Amores de la escuela, esos amores que úno tiene a los siete años si está en escuela mixta con todas las Lolas y Merceditas nuestras compañeras de Doctrina e Higiene; amores que se manifiestan con una mirada al través del banco en que está úno al banco en que está élla, esperándola en la esquina a que salga o vaya a la escuela, una venia cuando pasa, una violeta alguna vez, otra vez una estampa que hurtamos del breviario de la hermana mayor—un San Luis Gonzaga, un San Estanislao de Kostka, un San Roque con sus barbazas, su perro y su bastón (¡así confundimos a los siete años como graves doctores neurasténicos al misticismo y al erotismo!)—; amistades en las escuelas de varones con el compañero en pesimería y travesura —Luis, Rafael, Pablo—, amistades de partir la

misma conserva y el mismo encierro, no las conoció Juan Pérez. De la casa a la escuela, de la escuela a la casa, su ruta invariable de muchacho: él no hizo esas escalas de tantos muchachos en el camino de la escuela a la casa—tienda de Don Zacarías a comprar un trompo y un cordel, fugas al río a chapotear desnudos entre el agua, a la huerta de Don Angel a robarle las manzanas verdeantes....

Juan sigió estudiando. Estudió Latín, pasó por los compuestos de quis y de qui de que decía el viejo refrán estudiantil:

"En los compuestos de quis y de qui
todos los burros se atrancan aquí."

No fué tan burro. Declinó bien. Tradujo con facilidad el librito de temas latinos. Era la Historia Sagrada de Fleury puesta en un latín de cocina. Un día se graduó de Bachiller: fué un día glorioso, salió distinguido, los examinadores, luengos señores de aceitosas calvas ¿el óleo de la sabiduría?, y levitas despampanantes del año 30, lo condujeron a la casa. El pobre Don Pedro Pérez abandonó aquel día la pulpericita de cuatrocientos pesos donde trabajaba como un buey, para hacer los honores de la fiesta: ¡tenía un hijo Bachiller!, se descorchó cerveza y se agotaron cuatro fuentes de jalea....

Pasaron dos meses, se abrieron los cursos en la Universidad: Derecho, Medicina. Juan Pérez no se inscribió.—¿Ya que eres Bachiller y no te gusta el comercio para asociarte a la pulpería por qué no te pones a estudiar algo?—le preguntó Don Pedro.

—Voy a decirte papá, a mí si me gusta el Derecho algo y algo me gusta la Medicina, pero cuando yo me pongo a pensar en tan buenos médicos y en tan buenos abogados como hay, me desconsuelo porque me gradúo y no soy como ellos.

—Bueno, ¿y no te gusta otra cosita, otro arte, otro oficio, para que no pierdas el tiempo, muchacho? A Juan Pérez le gustaba el cornetín. A mí, cuando oigo cornetín, se me va el alma—decía.— Pues a estudiar cornetín: Don Pedro compró uno que había sido del Maestro Zurbarán, el mejor cornetinero que hubo por aquellas tierras, le echaron un poco de gas para matarle bacterias del presente o del pretérito, y hétenos a Juan Pérez estudiando la ciencia cornetérica. A los dos meses se cansó; no siguió con el cornetín. ¿La causa? Porque cuando se ponía a pensar en tan buenos cornetineros como tenía el mundo, y veía que él no podría ser como ellos, se le rompían las alas del corazón.

—¿Y no te gusta otra cosa, hijo?— prepreguntó Don Pedro—, y dijo que le gustaba la albañilería y a los dos meses la abandonó porque "como se ponía a pensar", y la herrería, y la carpintería y se puso a pensar, y se puso a pensar.....

Un día murió Don Pedro. Le quedaron a Juan Pérez unos ocho mil bolívares contantes y sonantes. Pensó casarse: los cincuenta se abrían en su vida como cincuenta fantasmas amarillos— amarillez de dispepsia gaseosa, de las arterias duras, de las ideas tardas. Y fijó los ojos llenos de una dulzura de jalea en Solita Fúnez: cuarenta y cinco, buena hermana de dispepsia y arterioesclerosis, hija de Don Nicanor Fúnez, maestro de escuela en el pueblo: una solterona ordenada y pedagógica. Además tenía una condición que salvaguardiaba el orden y la pedagogía: al casarse con él sería Solita de Pérez. ¡Y era mucho que una mujer se resignara "in solidum" con Juan Pérez! Pensó los proyectos nupciales: higuera del solar de la casa, higuera de los higos verdes como esmeraldas pálidas, tú oíste sus soliloquios interiores. Y diz que tú, higuera, encubridora y testigo de unos amores muy viejos en la infancia del mundo, testigo de los amores de un Adán babiecas y una Eva desobediente, dijiste a Juan Pérez en tu

mudo lenguaje de cosa vegetal:—¿para qué te casas, Juan Pérez? Son dos dispepsias que se juntan, dos durezas arteriales que se funden. El matrimonio se hace para engendrar hijos. Tú que dudaste de tu boca para arrancar reconditeces al cornetín, de tus manos para con la cuchara del albañil tapar desportillos, de tus brazos para darle al fuelle del herrero ¿no dudas de los hijos que echarás al mundo? De un Pedro Pérez, fuerte y de una Paula de Pérez rozagante y robusta como una pava joven nació la anémica floración de Juan Pérez. ¿Y qué saldría de los cuarenta y cinco años de ella y los cincuenta tuyos—dispépticos, arterioescleróticos? No te cases, Juan Pérez, no te cases. Y Juan Pérez no se casó: beatíficamente se fué comiendo los dos mil pesos de su herencia, hasta que un día—acaso un día de agosto con todo el sol de las diez de la mañana, sin que—animales que succionan—pasaran por su lecho los médicos de la provincia, espectables figuras que hablan en frases bíblicas; tocan el corazón, y como el corazón,--fuente de sangre-- late, está enfermo del corazón--dicen— y cobran unos millares de bolívares--, hasta que un día de agosto, beatíficamente estiró Juan Pérez la pata. Dejaba doscientos bolívares para gastos de entierro....

Por estas aburridas horas de noviembre—tan aburridas como para escribir las nueve cuartillas de este cuento, donde no hay ni un duelo, ni un matrimonio, ni un rapto, hurgando libros parroquiales he encontrado la partida de inhumación de Juan Pérez. Y holgué mucho con este nuevo dato que puedo agregar a su historia, pues emprendí mi labor biográfica sabiendo tan sólo que Juan Pérez había nacido de nueve meses justos y que pesaba siete libras exactas. En letras que son como arañas sobre una pared blanca—el libro de la Sacristía—está escrita la partida: "El suscrito, Cura Párroco de esta parroquia de San Pacomio, certifica: que hoy hizo entierro eclesiástico al adulto Juan Pérez, hijo legítimo de Pedro Pérez y Paula

Sánchez. El propio párroco administró al dho. Pérez los últimos sacramentos". Arriba de la partida la fecha, abajo de la partida la firma del Cura de San Pacomio, firma en letra española y semigótica, que termina formando un tirabuzón con las cuatro vueltas de la rúbrica.

Mérida: noviembre de 1918.

FILOSOFIA DE LA COMODIDAD

—

(Del diario de un hombre que buscó la comodidad y en el mundo no la halló).

Marzo, 25.—Hoy he cumplido sesenta años.... Y las seis décadas hace ya mucho que albean en mi cabeza... ¿Por qué he envejecido tan pronto? Si esta vida mía ha sido ordenada, larga pero recta como son largas y rectas las piernas que sirven de pedestal a mi busto; si yo he tenido más sosegado vivir que todos mis compañeros de ancianía: de muchachos cuando ellos subían a los árboles para coger racimos de áureas naranjas o manzanas de concha como de puro terciopelo, yo temiendo caer de un débil gajo o punzarme con un aguijón, nunca lo hice; no riyó para mí la juventud sus cascabeles bullidores, y las copas de la bacanal no rozaron la línea de mis labios mas, triste certidumbre! de mis amigos de infancia soy yo quien se siente más anciano!.... Ernesto, gran admirador del Champaña de Francia que a los veinte años había dilapidado una fortuna, aún ríe con aquella su carcajada fresca y abierta... Luis, el que amó tantas mujeres, el de tenoriescas empresas en noches oscuras, en que salía, tirada al cuerpo una capa negra como hecha con piel de bu-

hos, el sombrero caído hasta la frente, Luis, el amoroso insaciable de nuestra generación, vive ahora en una paz idílica... En su mujercita halla una blanquísima fuente de idealidades, los hijos doblan la cabeza ante él y los nietos, los rapaces nietos se le sientan en las rodillas, ponen en la nieve de su barba la miel de un beso y le dicen que les eche cuentos, cuentos viejos. El del escudero que se tornó pastor, el de la princesa que se quedó cien años dormida y despertó como nunca de bella al beso impetuoso de un príncipe rubio...

Don Cómodo me apoda un grupo de líricos del pueblo y es porque yo he buscado a trueque de todo la máxima comodidad en las cosas del mundo.... Tras de ese problema siempre de incógnita resolución he envejecido: son en mi cara las arrugas como diminutas serpientes hechas rollo, mis ojos están turbios, nunca han tenido en su fondo llamas y por redondos y grandes e inexpresivos son como los ojos de un buey, y no buey mozo que alborota con la carga y tiene las astas como puñales curvos, sino de buey viejo que husmea la tierra con el enorme hocico como si preguntara a la tierra cuándo reposará en su seno de los aguijones del gañán que ponen en su piel enormes rubíes de martirio... Estoy por creer que la verdadera comodidad no existe: a ella he sacrificado como a una diosa en ira que hubiese que aplacar con orobias y plegarias, a ella he sacrificado la más pura sangre de mis pensamientos y pensando en ella como en una novia imposible se han dormido en mi faz las curvas de los años. Alguna vez en una de las tantas encrucijadas de la vida me hallé ante un prodigio de mujer como para un símbolo ideal definitivo, como una visión de triunfo, como un sedeño acicate de lucha. Y aunque yo sentí muy dentro algo como pimpollar de rosas, cuando esa sensación nueva sufrió el análisis de mi sentido práctico resolví no amar. El amor es incómodo, el amor turba y desequilibra y toda turbación va contra mi espíritu, igual siem-

pre, donde una emoción más desfigura mi regulada y lineal geometría psicológica.

En esta casa donde vivo y que yo mismo construí se afanó mi mente en poner todas las comodidades imaginables. Lejos de la ciudad y no junto a las frondas del campo. Es la fronda el nido del viento y huyo del viento como huyo del aire y del sol. La casa tiene aleros anchísimos, ventanales cuadrados, chato y grueso portón. No tiene jardín porque de haber flores vendrían a ellas rondas de abejas y cualquiera de esas abejas podría clavarme su ponzoña. No tiene pájaros porque aunque grata la música del trino, en veces la música del trino resulta impertinente.

Y sinembargo esta casa, en que quise refundir todo mi espíritu anhelante de comodidades, no es lo que deseo de cómoda. Si a las tejas húmedas cubiertas de líquenes no llegan a cantar los pájaros, sí vienen lechuzas agoreras a graznar sus misterios. Y ellas muchas veces han turbado mi placidez poniendo en mi sér, extraño temblor de enigma, al despertarme en noches en que dormía soñando con cosas cómodas, nunca con cosas bellas, nunca con praderas que reían rosas, nunca con mujeres en cuyos cuerpos la línea escultórica era tan precisa que se perdía en úna como diáfana huella de blancuras...

Viendo el cotidiano fracaso de todos mis esfuerzos, tentado he estado de decir como resolución única para este problema que me atormenta: "La verdadera comodidad no existe!" Si en la hora en que caiga vencido por la esfinge no hallo comodidad, puedo decir que esta palabra en el mundo tiene un sentido vacuo. Pido a los dioses que caiga mi muerte precisamente un día de difuntos. Porque morir yo que soy el invierno en cuerpo y en espíritu en los días de Primavera sería una aberración; paradoja en el jaracandoso y pascual diciembre. Mientras que si mi vida termina un dos de noviembre como por la piadosa conmemoración lloran con isocronía las campanas en los

templos, a la vieja criada, mi heredera universal le haré algo muy cómodo: que ahorre el gasto de la postrera caridad de un doble pues como se confundiría con el grave y continuado de todas las campanas, nadie pensaría que era por mi ánima que iba en busca de nuevas comodidades en otros y desconocidos mundos.

... ...
... ...

Mérida: junio de 1917.

IV
DE ELOGIO

PARA DON TULIO FEBRES CORDERO

Como publicáramos Raúl Chuecos Picón y yo en la revista "Veinte Años", de Mérida, unas apostillas literarias sobre Don Tulio Febres Cordero, un poco iconoclastas y un mucho jóvenes, Don Tulio contestó a nuestras críticas con un largo y chispeante artículo de los que él sabe hacer, desde las páginas de la revista "Albores". Yo ya no quise extenderme en infructuosas discusiones; y como en el escrito de Don Tulio se tergiversaran algunos conceptos míos, víme en la necesidad de rectificar y le escribí la carta que va a continuación. En esta carta se elogia de lírica manera al historiador y al leyendista histórico, faces resaltantes de la personalidad de Don Tulio, a mi juzgar.

Mérida: 4 de enero de 1919. — Muy mi don Tulio, humilde y sabio: Acaso un buen geniecillo olímpico y burlón, amigo de Aristófanes en esta divina simpatía de la risa, descendió sobre don Tulio, se sentó sobre uno de los sillones cordobeses que don Tulio gasta en su celda de santo laico, y le inspiró a don Tulio bajo el nombre de "El Catire Etanislao", (1) paginilla tan suave-

(1) Pseudónimo que empleaba Don Tulio en su escrito.

mente reilona como "Los cuentos de don Tulio en tela de juicio" del número 4 del periódico "Albores". Lástima sí que aquel geniecillo a fuer de olímpico e inspirador pusiese leve telita ofuscadora sobre aquellos ojos—santos ojos que desentrañaron tántas viejas cosas históricas, santos ojos por los que tiene historia Mérida, mucha historia el Occidente de Venezuela, muchas cosas de historia la patria grande—. Lástima si por ese geniecillo que se metió en el cerebro de don Tulio y le inspiró aquella página, mató con proyectiles de flores a este pobre zurcidor de cosas excesivas. Y bien matado este pobre zurcidor inocente, si los proyectiles de flores fuesen adonde este pobre zurcidor erró en su notícula sobre don Tulio en el número 1 de la revista "Veinte Años", crítica literaria en que el crítico ve en la literatura de don Tulio todo un fresco predio de rosas criollas, donde, entre la sedería de los rosales, Santiago dice bellas cosas a María en el "Don Quijote en América"; Tibisay la que se vestía "con lienzos del Mirripuy, oro fino de Aricagua, plumaje de las aves de la montaña", va clamando venganza por selvas y por montes, y venganza al español que mató a Murachí dice el río, bramando sordo... Como encontrara también alguna vez el crítico entre la sedería pomposa de las rosas criollas, rara vez, alguna flor de trapo. Porque aquel geniecillo olímpico inspirara tanto a don Tulio, que en medio de la reilona inspiración tendiese alguna telita ofuscadora en los ojos del Catire Etanislao, y el Catire Etanislao pusiese en boca del autor de estas líneas lo que si el autor de estas líneas dijo, fué en exégesis de don Tulio por algún concepto de Raúl Chuecos. Decía por ejemplo Raúl Chuecos que no encontraba honda la pintura de almas en los cuentos de don Tulio, o cosa así, y el autor de estas líneas rebatió tal decir, escribiendo que acaso Raúl buscaba en los personajes de don Tulio conflictos psicológicos que no podían existir; que

ahí privaba la orientación del escritor, que así como Pereda no hubiese podido escribir "El Discípulo" de Bourguet, libro de análisis, así tampoco Bourget "Peñas Arriba" de Pereda, libro de sanos y fuertes montañeses de tierra vizcaína. Pues, oh catire Etanislao, fiebre de inspiración reilona echó sobre tí el geniecillo olímpico y burlón: la inspiración a veces ofusca y esas "cosas psicológicas" que yo dije en defensa de don Tulio, las tomaste tú como increpando a don Tulio por no poseerlas. Dije también yo que la crítica de Chuecos Picón acaso se viciaba de algún prejuicio de escuela, de algún "criterio modernista", y el Catire Etanislao sin más ni más dió a entender que yo reprochaba a don Tulio el que no fuera modernista, a mí, que en materia de pensamiento no divido las literaturas y no me aferro con preferencia ni en clásicos, ni en modernistas, ni en románticos sino en los maestros que escribieron muy bello: llámese el maestro clásico Luis de Granada o Gaspar Jovellanos, llámese el maestro romántico Lamartine, llámese el maestro modernista Rubén Darío. Dije también yo que alguna vez en su escritura don Tulio por ser sencillo caía en trivial, y tú, Catire Etanislao, extendiste la trivialidad a todo don Tulio. Válame, Júpiter, condéneme la Santa Inquisición, aporréeme la literatura si yo fuí absoluto en mi juicio: ¿con puras cosas triviales se iba a hacer "La Leyenda de las Cinco Aguilas Blancas", o la leyenda de "La Hechicera de Mérida", o "El Perro Nevado"? Dije también, yo,—y en esto el geniecillo olímpico que aquella tarde poseía al Catire Etanislao, si fué razonador,—que todo el librito "En Broma y en Serio" era un amable pecadillo de don Tulio. Había leído yo aquel librito hace dos años, cuando se publicó, e integrado en casi todas sus páginas por cuentos que me parecieron y aun me parecen "pecadillos amables", olvidaba que once páginas al final, de las 112 del libro, estaban dedicadas a unas prosillas llamadas "miniaturas".

Aquí, sin haber vuelto a ver el libro desde entonces, aquí la visión general esfumó en los ojos de mi memoria la visión particular, pues pareciéndome los cuentos "pecadillos amables" un solo pecado amable me pareció el librito, habiendo al final del librito miniaturas que saben a las inimitables miniaturas de Catule Mèndes: "El laurel y la violeta", "Las tres lágrimas",' 'Avecilla errante", miniaturas que si hay trivialidad, mucha trivialidad en cuentos de don Tulio como "El cuartillo de culantro" y "El cirujano y la india", ante los camafeos en diamante que son una o dos de esas paginitas, aquellas cosas triviales palidecen y se olvidan. Y válame otra vez Júpiter, y otra vez condéneme la Santa Inquisición, y aporréeme la literatura, que este Catire Etanislao, cosas que uno dice "suceden alguna vez", él dice, "siempre". Mala razón es la inspiración, es un versito que en este momento me saliera, y que quizás lo haya plagiado a don Francisco de Delpino y Lamas, o a su hijo espiritual merideño el cantador Manuel Benites. Porque yo dije que gastó ingenio don Tulio en juegos fútiles escribiendo una página sin la letra "O" y "El Congreso de las Vocales", extiende el Catire Etanislao aquel ingenio y aquel juego fútil a obras ingeniosas de benedictino ingenio, como el retrato en tipos de imprenta de Bolívar y Alfonso XIII, que no tenía yo por qué juzgar, pues son obras tipográficas y yo juzgaba obras literarias, pero que obras de arte serán no solo "en Alemania, ambas Américas, Francia, Bélgica y España", sino en cualquier tiempo, en cualquier latitud y bajo cualquier cielo.

Jamás la pluma mía imputó a don Tulio que no siguiese ésta o aquella corriente literaria. ¿Modernista don Tulio? Acórreme, Caliope, tú, pobre y desventurada Caliope, violada en un tiempo por los caminos del Atica por el viejo padre Homero, y violada después por todos los bachilleres y poetas cursis que en el mundo han sido. Don

Tulio, modernista? Si es esa la originalidad de don Tulio: haber pasado en el siglo en medio de esta literatura del siglo neurasténica y endeble, como una vieja casona hidalga y pétrea, que vió cerca de ella levantarse casitas pequeñas, canijas casas ornadas de arabescos, pero mientras que las canijas casas se cimbraron cuando pasó por ellas la ondulación del terremoto, las viejas casonas hidalgas sostuvieron, más fuerte que el terremoto la furia de sus columnas, y el zic-zac del rayo se perdió sin ruido por entre las anchas tejas del alero anchísimo. ¿Modernista, don Tulio? Esta literatura neurasténica de ahora no tendría savia para reproducir viejas cosas legendarias. Prosa antigua, prosa "de plática familiar de viejo castellano junto al fuego" para evocar, como surgiendo de algún tapiz desvaído, canónigos del siglo XVIII que aspiran rapé, golilla de tercio de presa y trovero de amores, matronas de mantilla y saya, novicias metidas en los conventos por paterfamilias rudos, pues no quisieron ellas que las rosas de sus veinte años se deshojaran en manos de un pretendiente que no querían: algún viejo noble y decrépito que con pelucones de España, y un pergamino con la firma de un rey pretendía tener fueros sobre una pollita veintiañal...

Anuncia el Catire Etanislao velorio por un muerto de risa. Y ese "velado" es don Tulio. Jamás! Aún sobre él, alientas tú, geniecillo olímpico, divino geniecillo reilón, que has puesto sobre la cabeza cana y sabia una siempre renovada floración de rosas. Jamás! Aún hay viejos cronicones de donde desentrañar historias. Aún la Sierra—amada de don Tulio—es en la hora auroral como un gran zafiro, es en la hora crepuscular un enorme ópalo, y sobre el zafiro y sobre el ópalo, nido de inspiración de don Tulio descansa un diamante enorme. Jamás! Que aún entre el prado de rosas criollas irrumpe, claro y suave remanso de poesía, el idilio de María y Santiago,

el viejo padre Milla repite por los campos de la "Hechicera" amores de Murachí y Tibisay, la venganza de Murachí para el español cruel. Jamás! Que cuando don Tulio calle, Mérida no será Mérida, estas callejas no nos sabrán a España, bajo los arcos de piedra de nuestros viejos templos—¡San Francisco, El Carmen!—no se verán pasar sombras, sombras de los Mass y Rubí y los Hurtado de Mendoza, canónigos del siglo XVIII, gordos, ricos, teólogos, vajillas de plata y espuelas de oro, aspiradores de rapé...

Besa las manos de don Tulio, manos que acariciaron la cara rugosa de los pergaminos, y flores de leyenda sacaron de los pergaminos, manos por las que tiene historia Mérida, mucha historia el Occidente de Venezuela, muchas cosas de historia la patria grande,

Mariano Picón-Salas.

LOS SERMONES DE DIAZ-RODRIGUEZ

—

Mérida, mayo de 1918.—Estos idus de mayo, del mes de mayo que en la montaña no es mes de flores, sino de nieve en los páramos, de la neblina al nivel del suelo, de los ríos negros de crecidos, en que la ciudad florecida de yerba, charcos en la calle, el espectro de la fiebre agitándose en los charcos es una página del "Eclesiastés" o una imprecación de Jeremías labrada en piedra; me trajeron como un fino mosaico hecho de mil valiosas arcillas a "Sermones Líricos", la última obra de Micer Manuel Díaz-Rodríguez. (Micer, porque la escritura de Díaz-Rodríguez es una joya cuatrocentista, porque en las viejas evocaciones de Italia es donde da sus más perfectas flores de arte, y porque de medias-luces, toda la media luz serena y regulada del maestro Leonardo, se hizo este estilo que es bello sin crispaciones retóricas, que corre igual siempre sin la igualdad monótona de llanura reseca de los estilos de puristas y de gramáticos, que es bello y tranquilo como un remanso azul).

¿En la agitada vida social de estos pueblos hispano-americanos, bañados en cien años con la sangre de cien revoluciones y en toda la emotividad resultante de esa vida turbulenta, habrá que

ir a buscar la causa de este perfecto florecimiento artístico? Tal vez en pocas literaturas como en la hispano-americana y especialmente en la venezolana, porque la evolución intelectual del Perú, México y Colombia tiene una génesis más antigua, podría observarse un desenvolvimiento más rápido y brillante. De la poesía amanerada y tosca de Vicente Tejera, Salias y los Ustáriz conque comienza la literatura venezolana (no digamos Bello porque Bello vió otros soles y leyó otros libros) a la grandilocuencia romántica de Juan Vicente González apenas van de treinta a cuarenta años; Tejera, Salias y los Ustáriz desempeñarían en nuestra historia intelectual el papel de los poetas del siglo XV en la Literatura Española, Juan Vicente González el de Luis de Granada en el Siglo XVII. ¡Y de los poetas del siglo XV a Luis de Granada van dos siglos! Mas esta evolución que en tiempos normales se retardaría mucho más, surge espléndida como tocada por una vara de milagro con todo el fermento de emotividad que produjera la guerra de la Independencia. La multiplicidad espiritual de Bolívar, la lanza de Páez, Boves cayendo sobre las ciudades indefensas como un mensajero de la muerte, la sobrehumana audacia de Las Queseras, Bolívar muriendo en el exilio como un griego heroico, hé aquí la llama de poesía que a todos consume. Y después nuevas guerras, nuevas turbulencias intestinas, nuevos motivos de poesía. Así Colombia, más sosegada que Venezuela es más fecunda en Caros y Ortizes, en Filosofía, en Crítica, en literatura reposada; Venezuela con el loco acicate de tánta revolución interior, sin el sedimento aristotélico que en Colombia dejara la educación clerical de la Colonia, influenciada literariamente por Chateaubriand y Hugo, por Byron y Lamartine, por todos los románticos de espíritus más exaltados, da en su escritura si menos fondo más belleza, o viste sus Caros y Ortizes con lujuriante manto de estilo—válganos Cecilio, válganos Juan Vicente

González—y corridos unos lustros, en la generación del 95 (Venezuela tiene y puede ufanarse de su generación del 95 como España de la del 98) este Micer Manuel Díaz Rodríguez, el de los "Sermones Líricos".

Profusa es ya la obra de Manuel Díaz-Rodríguez. Desde el libro de viajes concebido "bajo la higuera anciana de una hostería, en un discreto pueblecito del Lago Mayor" hasta este, "Sermones Líricos" que ahora yo comento, hay el florido espacio de nueve volúmenes. Más de viajes como "De mis romerías", más de crítica como "Camino de Perfección", cuentos y novelas como 'Confidencias de Psiquis", como "Idolos Rotos", como "Sangre Patricia", como "Cuentos de Color". Que D'Annunzio le prestara colorido, que Jean Lorrain le diera neurotismos para concebir la admirable figura de Tulio Arcos, todo se ha dicho de él. Pero también se ha dicho— esto en voz no muy alta por la mezquindad de muchos Barojas (1) y muchos López—que es uno

(1) *Nota en mil novecientos veinte.*—Hoy, dos años después de escrito este artículo, me arrepiento de hablar aquí con irrespeto de Baroja. No conocía yo para 1918 toda la obra fuerte, metida muy hondo entre la vida, de este gran vasco que quiere juntar,—y ante las dos docenas de Hoyos degenerados y franchutes que hay hoy en España,—que quiere juntar en el español de ahora la antigua fuerza, la antigua impetuosidad castellana con toda la inquietud y la virtud tolerante del siglo. El pasado en Baroja no es pasado, cosa que murió, como en Ricardo León: es fuente de porvenir. El sabe que de la raza, en el siglo, no pueden ni deben salir gerifaltes ni frailes: no se empeña en ello, como el opulento Ricardo León; quiere de esa fuerza fanática y llena de calentura formar "hombres de acción". Y en su concepto sobre América, del malhadado libro "Juventud, Egolatría", peca por desconocedor, que no por insincero: es más sincero que todos esos buhoneros peninsulares de la Literatura, que por el va-

de los que mejor escriben castellano aquí como en España. Valle-Inclán, a quien algún López dijo que plagiaba, comenzando la labor de Díaz-Rodríguez el 95 y la de Valle sólo el 98, no es sino sencillamente su hermano en la evocación y su afín en la delicada orfebrería. Orfebrería? Sí, orfebrería, no me arrepiento. Díganlo cuatro o cinco desestilados por ahí, en la génesis de toda Ciencia y todo pensamiento pase la forma ruda que lleva la idea matriz, pero ya cuando la idea ha fecundado, cuando el pensamiento ya no es génesis sino es síntesis, para que viva, para que viva y triunfe requiere la orfebrería de la envoltura. No es la orfebrería de lo que pueda culparse a Díaz Rodríguez; como celoso de

---

por trasatlántico, dando conferencias y halagándonos con chismecillos literarios, periódicamente nos visitan: pasan ocho días en Caracas o en La Habana tomando té en la casa de los burgueses: no se entran por una Universidad, ni una Biblioteca: conocen de América — luégo lo cuentan en el café, en Madrid,—lo postizo, lo simiesco, lo artificial, las casas de los burgueses. Hay hidalgas excepciones: allá está en España, observándonos, queriéndonos, sin haber pasado el charco, sin haber medrado unas pesetas en el "Odeón" de Buenos Aires o en el "Teatro Municipal" de Caracas, este viejo y noble lobo vizcaíno, Don Miguel de Unamuno. Aquí en esta ciudad mariana de Caracas y en este año de 1920, Emiliano Ramírez Angel ha fundado una Casa Editorial, para divulgar por el continente y hacer conocer en la península la Literatura venezolana; y Francisco Villaespesa estudia en la propia ciudad y en el propio año la figura del Libertador para consagrarle uno de aquellos hermosos dramas en que él ha exaltado el coraje supremo de la raza española.

Volviendo a Baroja decimos que acaso sea sincero, con la ruda sinceridad que tienen en su tierra vascongada las desnudas rocas de la Maledetta, coronadas de nieve, y la erizada mar cantábrica por el mes de octubre...

su obra, como celoso de que su obra no caiga en este abismo engañoso que llaman momento, actualidad, él trabaja, trabaja paciente, trabaja "como la sangre del árbol y como la sangre del hombre: en un silencio lleno de ritmos." No en su orfebrería verá ningún pecado la crítica futura, verá otros, y yo desde ahora veo uno, que como aún es joven, que como aún "es suya el alba de oro" puede que lo expíe dentro de un tiempo: haber descuidado uno de sus mejores predios interiores. Su condición de médico, su psicología que "no novela como Bourget, ideas de Taine y esquemas de Ribot", según el decir de Oscar Linares, le auguraban un espléndido triunfo en el estudio de temperamentos de almas, de casos anormales, de psicologías de genios y artistas. Y esta vocación había echado tan honda raíz en Díaz-Rodríguez, que buena prueba de ello fué "Confidencias de Psiquis"; que "Idolos Rotos" que como novela nacional descarnadamente no valiera mucho, se salva con el maravilloso estudio de Alberto Soria; que el secreto emotivo de "Sangre Patricia" está en la neurastenia verde de Tulio Arcos. Quizás el vió estrecho el campo para las flechas de su observación, quizás labores ministeriales o labores de diplómata consumieron el oro de su tiempo, y apenas ante la pascua de plata de un día de sol, pudieron tejer sus manos el hilillo milagroso de sus poemas. Mas hay que esperar para el relieve inconfundible de su personalidad intelectual nuevas confidencias con Psiquis, nuevos Albertos Soria y nuevos Tulios Arcos.

El consejo de Benvenuto de hacer todo artista en la mitad de su jornada, uno como balance de su vida y de su obra, lo ha realizado Díaz-Rodríguez con la publicación de "Sermones Líricos". "Es un descanso en el viaje, un alto en el camino", es, digo yo, mosaico maravilloso, hecho de maravillosas piedras: hay granito de protesta en el laude de Antonio Paredes, granito de protesta en el elogio de Pérez-Bonalde, hay candidez de

perla en el "Elogio del Candor", hay rubíes encendidos de optimismo en el Discurso de Buenos Aires, y hay rosas, todas las rosas virginales de Julia, hija de Claudio—aroma de rosas reconcentrado en una cripta de quince siglos—en la oración en las Fiestas Florales. Y para la crítica futura sobre el maestro, sobre el sedimento personal que puso el maestro en su creación artística, ningún colaborador más eficaz que este libro: él nos cuenta cómo el reto orgulloso de un amigo fué lo que despertó en el espíritu de Díaz Rodríguez la lírica vocación aletargada, cómo de un impulso nervioso por entre los cafetales de Chacao surgió nuevamente el lírico destino desviado; cómo la idea fija de ver la flecha de una ironía en una estatua de Leonardo, cómo haber conocido a Carducci en unos días burgueses y vulgares, mientras Díaz-Rodríguez viajaba de comerciante por Italia, cambiaron unos proyectos de comerciante por otros más nobles de artista; y lo que iba a dar oro para las arcas, cuajó en el arca del cerebro un oro más etéreo y más sutil—el oro etéreo y sutil de un poema.

UN POETA URUGUAYO

—

VERSOS DE EMILIO ORIBE...

Caracas: enero de 1920. — El Uruguay—una manchita verde sobre el Mapa—es tierra de enorme agitación espiritual. Junto a nuestros países desmesurados, con muchas leguas de tierra salvaje, el Uruguay es geométrico, pequeño y armonioso como un jardín. Frente a Buenos Aires, cartaginesa y ruidosa, Montevideo es tierra de Atenas. El símbolo griego se acentúa con un Platón que vivió en Montevideo—Rodó—con una Safo que cantó su carne apasionada y murió de amor—Delmira Agostini; el gaucho tuvo su Ilíada en los versos de Tabaré, su leyenda bárbara en uno de aquellos cuentos sin retórica, ubérrimos de pasión salvaje, que sabe escribir Javier de Viana.

De tierra uruguaya recibo yo ahora un libro. Su autor es Emilio Oribe, unos veinte años que cantan en el Plata henchidas canciones. Forma Oribe en la falange lírica de estos últimos días uruguayos en que Adolfo Montiel Ballesteros lanza sus versos libres y dionisiacos; Manuel Benavente es el lírico, cantor de todas las Mimí páli-

das y sensitivas, Emilio Oribe un panteísta, hermano menor de Nervo, como Amado Nervo un místico de Alejandría. Para él como para Nervo, como para los grandes espíritus contemporáneos, no es la naturaleza la materia insensible y fría de los parnasianos, es algo que late al compás del espíritu, es el eco armonioso de una gran voz universal.

Cuando se está sólo
en medio de la pampa lisa y múltiple,
uno es el centro
de una circunferencia cuyo límite
se halla en el horizonte.
De idéntica manera, en ese instante,
si úno mira hacia el fondo de sí mismo,
lleno de soledad; puede notar,
que su alma es el centro
de una circunferencia cuyo límite
se encuentra en el umbral de la conciencia.

Contempla este panteísmo a Dios en todas las cosas del mundo. En la lente de un microscopio, en un alambre de teléfono lleno de ruidos, en un rayo de Röentegen que pone ante la vista el arco de una costilla, el rojo cordón de una arteria, esa pequeña cosa formidable y tan frágil que llaman corazón. Hasta en el amor de su carne se ha vertido este panteísmo como un óleo ritual, como el óleo de un antiguo sacerdote:

Mi carne es una esponja saturada,
Eros, con tus ungüentos numerosos.
Mis venas son los cauces silenciosos
por donde va tu ondulación sagrada.

Sensaciones religiosas le vienen a la presencia de la mujer que ama. Nirvánicos son estos besos que él le dá a la amada cuando está dormida, en la media luz del cuarto, reclinado ante la amada,

abstraído, extático, como un sacerdote de Indostán ante un loto sagrado:

> No volveré a besarte
> hasta que no te vea completamente dormida
> como anoche.
> Era tu cuerpo luminoso y perfecto
> como si dentro de él
> hubieran encendido una lámpara de ópalo.
> ... Tu alma
> apareció flotando a superficie
> de tus ojos, lo mismo que una estrella
> a flor de agua.
> Me acerqué a tus labios
> y escuché la canción nunca escuchada
> de un pájaro oriental que me llamaba
> desde la cárcel de tu garganta.
> Me acerqué a tu pecho,
> y oí una música de átomos,
> una armonía preestablecida,
> que ascendía de tu corazón
> como desde el fondo de una gruta suboceánica.

Cosas de todos los días, actos inconscientes toman para él grandeza de rito. Así para el estudiante de Medicina cuya psicología no va más allá de un cuadro mural, de un maniquí de laborotorio que muestra desnudos los tendones y los nervios, de la página final de Glay o de Testut, la mujer que da a luz en la Sala de la Maternidad y cuyo vientre

> se destaca en la mesa, monstruoso
> congestionado en contorsiones rítmicas

realiza un acto sencillo, diario, acaso grotescamente fisiológico, parir; adquiere para Oribe, también estudiante de Medicina, pero que más allá de la página final de Glay o de Testut pone el Universo y ese otro universo interior que es el alma, adquiere

> una grandeza milenaria
> y un sagrado estupor de Eternidad...

Además de bellos versos el volumen tiene ideas. El poeta en sus correrías por la selva nativa ha visto a la puerta de unos ranchos miserables, unos hombres amarillentos, indios tristes que hurgándose el ombligo y bebiendo mate ven pasar la caravana de los días. No parecen hombres, son unas figuras de Pagoda oriental, de medallas de cobre, de Budhas de bronce o barro, soñolientos y tristes:

¡No recuerdan las gentes salidas del violento
resplandor de barbarie que pintara Sarmiento.
Indóciles y oscuros, frente a la tierra llana
y virgen, son esclavos de una existencia vana.

Les pone el ejemplo del inmigrante que vino de Italia o de Alemania en tercera clase, entró a la selva, taló la selva, veinte años luchando bajo el sol. Hoy tiene un palacio en la calle de Sarandí, veranea en la playa de Pocitos, presta dinero al antiguo amo de ayer. Hay en los espíritus de América el afán de buscarlo todo en otras tierras. Pájaros que van a cantar en otros paisajes, dejan desierto, sin música, el paisaje nativo. Por eso se van las tradiciones, llega el hibridismo derrumbando recuerdos, donde vivió el prócer de ayer hoy hay un almacén de café. Finge Emilio Oribe un diálogo al atardecer, frente a un paisaje de la patria, un alma peregrina que le cuenta su ruta por otros soles, "cunas de mitos, dioses y leyendas." Buscaba el árbol que canta, el pájaro de oro, la fuente que cura. Buscólo entre los cerezos florecidos de un jardín del Japón, bajo unos castaños de Italia, en una melancólica pradera irlandesa. Frío, soledad. En un recodo de la vida, a los sesenta años, fué a liquidar su alma, tenía en su alma

una duda íntima y tremenda.

....

—¡Cuánto más me valiera
haberme concretado a la belleza
en la vida tranquila de estas tierras!

Al enviarme su libro en frases inquietas me dice Emilio Oribe que quiere conocer joven literatura de Venezuela. No le llegan allá ni libros ni revistas. La juventud de Venezuela es indolente, no toma una estampilla de diez céntimos y manda al Uruguay su tomito de canciones. Paso la voz a estas peligrosas gentes que por aquí llaman orfebres. Unos buenos, otros malos, todos con juventud y con ensueño que echa una gota de sol hasta en las malas rimas. Emilio Oribe se siente con fuerza para sostener la gran calamidad lírica que es una correspondencia literaria. Vive Emilio Oribe en Montevideo, en la calle Canelones, número 1.242. Las cartas para Montevideo si se mandan por Nueva York o por uno de los vapores italianos que van a Valparaíso no se pierden. Y yo excito a los orfebres de mi país a que le manden cartas y versos a Emilio Oribe. Ustedes, señores poetas de Hispano América, tienen que ir a buscar un espíritu en una edición amarilla del "Mercure de France" de tres francos cincuenta, porque no se conocen entre sí. Y Emilio Oribe a pesar de ser todo una tendencia artística: el novecentismo, a pesar de algunos versos libres de su último libro "El Halconero Astral" que no siempre son versos, a pesar de algunos carbones entre sus diamantes, es un espíritu...

EMILIO MENOTTI SPOSITO

—

Mérida: enero de 1919.—Arte de escogidos el gayo saber en el siglo neurótico, que quiere en cada poesía ver una emoción refundida o ver un cuadro de naturaleza bajo una interpretación óptica como el "Segundo Nocturno" de Silva, "La Sinfonía en Gris Mayor" de Darío, "Los Camellos" de Valencia, bajo una interpretación auditiva como "La Marcha Triunfal." Ya no es poesía "la artificiosa y constante distribución de una obra en porciones simétricas de determinadas dimensiones," ni verso "cada una de estas mismas porciones sujetas a ciertas medidas", como apuntara hace un siglo apenas el truculento y bilioso retórico don José Mamerto Gómez Hermosilla. Yá no "las líneas de medida iguales con consonantes en las puntas" como dijera en las estrofas de una humorada el reilón viejo y mal poeta don Ricardo Palma. Poesía no es "corazón" en la punta de un verso y en la otra punta de otro verso "pasión"; poesía es emoción, poesía la sombra larga de los amantes proyectada en el callejón bañado de luna, "en las noches de murmullos, de perfumes y de músicas de alas" en el "Segundo Nocturno" de José Asunción Silva; poesía el camello amarillo y triste, que ambula a grandes pasos, la esfinge sobre él sopló cansancio, en el lánguido alejandrino que remeda, caravana en el desierto, hora de sol, la sombra de una palmera muy

lejana, todo en calma, el horizonte una infinita línea de oro, en el lánguido alejandrino de Guillermo Valencia. Poesía es nota de música sacada del nervio más distante como en Baudelaire, poesía es claro clarín que suena, vivo reflejo de espada, cortejo que viene, un solo, un isócrono paso es el cortejo que viene como en "La Marcha Triunfal" de Darío; poesía la "Sinfonía en Gris Mayor" en la costa bretona, gris el mar, plomizo el cielo, tarde de otoño lánguida, gris la gorra del marinero sentado en la playa, gris la voluta de humo de la vieja pipa compañera...

Poeta, este Emilio Menotti Spósito, bohemio impenitente, casi desconocido— rimas publicadas en periódicos de burdo papel, cuatro páginas en cuatro, doscientos ejemplares de tirada en el corazón de la provincia—; poeta que descuidado de su nombre, hundiendo muchas veces la rosa de un poema en una copa de ron plebeyo, revive aquí en un burgo católico y aburrido, la vida de un héroe de Mürger. No poeta para las púdicas doncellitas del pueblazo, quienes, Emilio Spósito enemigo de la Moral, Emilio Spósito ánima de perdido, Emilio Spósito seguro candidato de todos los Avernos dantescos, pasan por entre los versos de Emilio Spósito en la revista del pueblazo como ante una trampa mefistofélica, alguna, la más atrevida: comienza la primera estrofa y como no hay "corazón", ni "pasión", ni "estrella" ni "bella," vienen denuestos de los labios primaverales para el pobre y bohemio Emilio Spósito! Y, falto de labios primaverales que lo elogien, el no estar bien con las hieráticas figuras del pueblazo, Emilio Spósito va indolente, muerta toda ilusión de gloria, paseando su talento y su abandono por las calles florecidas de yerba, indigestas, blancas, de Mérida de los Caballeros... Y abandonado en el labrar de su gloria, ¡yá tiene veintiséis años!, abandonado en el vestir, abandonado en el cultivo de su inteligencia, abandonado en su visión de vida, Emilio Spósito necesita un enorme baño de energía, de estímu-

lo, para que entre las cuatro paredes del burgo, para que en el oro maldito de una copa de ron plebeyo no se seque, no se hiele este jardín bárbaro, irónico, que ha dicho de la poesía de los perros muertos en el borde de los barrancos, del sifilítico que muere en la cama del hospital recordando sus veinte años lejanos—mujeres que le pedían besos, vibradores nervios suyos, ojos que enredaron con eléctricos hilos de miradas mucho corazón virgíneo y veinteañal. . .—El, que ha tánto vivido en el sentido sensible del verbo, a los veinte años era sabio en miseria y dolor, había recorrido medio país de Venezuela en ruta de mozo de novela y romance picaresco, él en la generación de originales mozos poetas de la patria, es individual, único, suyo. Espíritu del admirable colombiano Luis López, el cantor de las calles tiradas a cordel, de la señora burguesa que hace música después de comer, de las tardes de domingo en los pueblucos colombianos muertos—silencio, tiendas cerradas, un policía en una esquina, "indigestión de abad y cacofonía de cigarrón," "porquería de perro en un pretil", un borracho que pasa dando vivas al partido liberal—espíritu de Luis López, corregido, afinado con cincel, con fino cincel de Francia por Fradique Méndes, el divino. Oídlo cómo canta un novenario, un "latoso" novenario de medio pelo, en que hay señores vestidos de negro, camisas endurecidas de almidón y puños que son complicados y tiesos aparatos de seis ojales y tres yuntas:

Los pasos silenciosos. Miradas de soslayo,
gemidos que torturan el cálculo feroz.
Genuflexiones sabias, profundas, del lacayo.
Café. Los cigarrillos. Anís. Algún desmayo,
éter y valeriana y los golpes de tos...

El cadáver reposa frente a un cristo de oro
y velas de la cera de místico panal,
recitan paters-nosters con hipos y con lloro
los deudos del difunto don Reyes Polidoro
y cada pater-noster le cuesta un dineral.

El deudo más cercano se acuerda del potrero,
el yerno, de las casas, si sube el alquiler
aumentará con creces las rentas del dinero.
Y Judas, el sobrino—idiota y usurero—
pretende como suyos el Debe y el Haber.

Y cerca, en la taberna, borracho de anisado,
un rábula recuerda que el Código Civil
trae sobre los bienes un sabroso tratado.
Y ríe con su risa de sátiro senil...

Oidlo como canta la justicia, la "digestiva justicia" de un Juez de Aldea:

Panzudo, heterogéneo, casto y sabio
es el Juez que dispensa la Justicia.
No se ablanda a consejos de Codicia
ni a ningún mal resabio....

Condena si ha pasado mala noche
o ha sufrido una mala disgestión,
o se ha roto una rueda de su coche
o ha leído "La Inquisición."

Si su esposa le mima placentera,
y come sin molestia ni trabajo,
y goza del perrillo su agasajo
y le sonríe la cocinera,
absuelve el Juez sensato y justiciero
al galeote innoble, inverecundo,
mientras piensa y repiensa su portero
en la Justicia del mundo...

....
....

Se acerca a Dios en su Justicia santa
y pretende acabar con las raíces
del crímen infernal que nos espanta.
Y, no se limpia las narices...
Cuando frunce terrífico las cejas
y sentencia al ladrón y al asesino
tiemblan hasta las piedras del camino.
Y, tiene sucias las orejas...

Madera de poeta hay en este Emilio Menotti Spósito abandonado y bohemio. El no ha hecho poesía como el señorito frívolo que ha yantado bien siempre, viste ropa donde el pantalón es una sola raya recta, la cabeza ahita de lociones y óleos, levantado, duro, inmóvil, copudo el peinado parece la copa de un ciprés; y el señorito hace poesía porque poesía para su afán de Tenorio aldeano, es lujo que lo encumbra, es brochazo espiritual sobre el perfecto brochazo de su bella naturaleza. En hondos pliegues de vida se ha metido este rimador. Canta el mozo poeta que quiso mucho y dió versos, versos no compran sedas y zapatillas, ni calientan fogones en estos tiempos míseros. Ella se fue con un Don Cualquiera en la burócrata canalla. Don Cualquiera es feo, senil, por labio tiene un belfo inmundo y gordo. El pasa por donde ella y Don Cualquiera pone su labio como un belfo inmundo y gordo sobre los labios de ella que son nácar. Canta filosofías, tristes filosofías de sifilíticos en los rincones del hospicio. Canta hidalgos que estuvieron en Indias conquistando tierras y buscando oro para el Rey, Nuestro Señor, y los hidalgos mueren con veinte duros en un burgo de España. Canta los perros soñolientos y vagabundos muertos en el borde los barrancos. Canta la cortesana que muere en lecho ascoso. Canta, y en su canción, en fin, la vida triunfa o la muerte hiede.

TULIO GONZALO SALAS

—

Para el homenaje que *Alquimia*, revista de Mérida, rindió a este poeta muerto a los veinte y dos años, cuando el Amor, la Gloria y una carrera científica próxima a concluir, le sonreían.

Poeta, le tomó a Gutiérrez Nájera música romántica de algunos poemas suyos, tal su poema "Noche de amor, de luna y de tristeza;" tenía de Mata el verso musical y bien medido, evocaba como el Darío de las "Prosas", princesas de Italia con su corte de pajes azules, huríes de Stambul, andaluzas que visten de rojo y en noches de verbena vibran como una guitarra y tiemblan como una culebra de espasmos, o Elsas o Loreleyes de cabellos rubios y ojos azules. Leopoldo Díaz le dió poemas de vendimia, ondinas que se bañan, bacantes que danzan en torno de Dyonysos, ménades ardientes y desnudas. En él material lírico para ser gran señor en el país de las canciones. Era de esos poetas cuya poesía no está concentrada en la caja del cerebro, sino que sale y se difunde por los poros como una lluvia de rayos neuróticos. Delgado, muy pálido, los ojos tempestuosos, un gran sombrero negro de alas caídas, una corbata negra siempre como una tara lúgubre, se semejaba a Poe, a Gerardo de Nerval en viejas estampas de 1.830. A veces, copa de alcohol, tabaco, oscuro y amargo café neurótico tocaban su cantora fuente

interna, y estuviera en el grupo de amigos bajo la acacia estéril de la plazona aburrida, o junto al compañero de Códigos estudiando graves y jurisprudentes cosas, irrumpía en versos, versos locos, disparatados unas veces, grávidos de imágenes sensibles como concebidos junto a la pipa de opio o la tableta de haschich, siempre versos... Murió de veintidós años, no le faltó la Venus negra, demasiado plebeya, bastante burda acaso, que lo hiriera de succión mortal. Acaso habría razón de imprecar al "fatum" griego por su morir tan tierno, pero una filosofía optimista y providencial quizás no lo imprecase por tal muerte: murió con plena savia, no le llegó el ocaso triste e impotente, vivió tan poco que su obra de arte es como su obra de vida, no puede decirse de él como ante muchas tumbas inmortales: gran artista en verdad, con limpias alas de arte transitó por nuevos cielos de poesía, pero en su vida ¡cuánto barro, pero como cargado de sarcasmo ante su arte cuánto proceder ruin! Limpio artista y limpia alma de hombre. Acaso en la patria no es lo bastante conocido: cantó en la provincia, lejos de los diarios, de los talleres de linotipo y de los fotograbados para los "poetas jóvenes," pero cualquiera que abra un libro, "De mi solar," publicado en Maracaibo, año de 1917, sabrá admirarlo, sabrá admirarlo en "Flores y sol", soneto que puede enfrentarse triunfador ante muy buenos sonetos castellanos, en "Helénicas," en "Las Bacantes Danzan", en "Estación Nueva", en "Ligeia," en "Cercado Ajeno", versos de los más bellos, que, milagro de Afrodita, han salido del corazón de nuestra montaña, y no rudos y agrestes como montañeses que son, sino aristocráticos y finos que en el cisne de Lohengrin estuvieron por ríos azules, amaron a Ofelia en tierras nórticas, y tuvieron una seguidilla escandalosa de músicas y roja de pasión como un clavel, ante la sevillana de ojos negros....

Mérida: marzo de 1919.

V

DE MELIORISTA Y ACTIVA FILOSOFIA

EN PRESENCIA DE UNOS VEINTE AÑOS

—

Ayer no mas, hace dos lustros, entre las faldas de la abuela, Caperucita pasó por tu alma en la arriesgada aventura de los lobos, los muchachos del cuento con afilados palos hurgaron los ricos buñuelos de la bruja y en el despertar de vuestra galantería y vuestras pasiones de hombres quisistéis haber sido el príncipe que recogió la zapatilla de Cenicienta. Llegaron los quince años, murió la abuela que contaba cuentos, queda apenas de ella el viejo sillón de cuero en donde en horas de sol hacía su rueca, llegaron los quince años, a la tez asoleada de Caperucita suplió la tez lunática de Graciela, tu problema fisiológico fué el problema analizado por Cervantes en "La Fuerza de la Sangre," una de sus novelas ejemplares, y hétenos aquí en tus veinte años, y tu alma que ayer fué ingenuo lirio, hoy es un árbol, por savia el ensueño, por raíz tu ambición, por fruto lo que has hecho.

Y que has hecho tú? A los veinte años Blas Pascal, de las Matemáticas abstractas de los siglos medios había hecho unas Matemáticas concretas con sus esferas y sus barras; la amistad con la señorita Kletenberg inicia los veinte años de Wolfgang Goethe en cosas de alquimia y esas cosas de

alquimia son semilla genial de donde sale más tarde concebido "El Fausto;" tenía veinte años Francisco de Asís cuando con el lodo y los guijarros de un pueblo amotinado recibe su bautismo de penitencia, y tenía veinte años Simón Bolívar, cuando un día de 1803, junto a un pueblo de veintiseis siglos, sobre la cumbre del Aventino, monte amigo de libertades, que allí colgó Anco Marcio la cuna de los latinos plebeyos, jura quitar al declinante león hesperio cinco pueblos como cinco cachorros vigorosos.

¿Que el alma-síntesis de Pascal, que el alma siempre evolucionada de Wolfgang Goethe, que el alma-amor de Francisco, que el alma-acción de Simón Bolívar no anida en tí? Sin juramento te lo creo. Pero como es la vida eterna serie de caminos tortuosos que hay que recorrer con lucecillas entre las manos, porque en muchos sitios las arboledas se abrazan contra el sol y al viento la lámpara se apaga, en las escarcelas nuestras debe ir el aceite de la previsión, la madurez de la obra. Resulta que ese aceite, como es de previsión y se prende con mechas de experiencia, no se acumula en un día, y desde el momento en que nos vemos junto a la vida debemos empezar a recogerlo gota a gota, la odre abierta a todas las corrientes que le lleguen. Reúnes tú, acaso, tu aceite? Reunir tu aceite es no desperdiciar tu energía, como pierde la mariposa sus alas—ante la espina de todo rosal florecido. Y ten cuidado de desatender en el momento de germinar tu obra lo que te diga tu yó burgués: "Magnífico el plan, serás grande. Ese trabajo traerá a tu arcón la sonrisa del oro; ante tu obra vendrá, vestida de sedas, llena de besos, la boca, a arrullarte la buena hada Gloria. ¿Pero a qué te afanas tanto si ahora no mas tienes veinte años? La madurez del juicio te vendrá luego, góza la vida que para ti es una viña repleta de mieles. Goza la vida y cuando ya tu labio y la miel sean una misma cosa, para variar de sensación, entonces sí empieza la obra." Desecha esa sirena

que se interpone entre tus veinte años y tu obra, explícale cómo en todo lo que hagas debe latir la sangre de tu pensamiento, cómo calor de horno necesita la arcilla para ser porcelana y cómo necesitan para cohesionarse, las ideas, el calor de la inspiración, y ya en los años maduros, cuando la racha asalte tu predio, cuando el árbol de la vida llore su desolación de hojas secas—ambición que fué espejismo, ilusión que fué espectro, empresa que fué fracaso—¿como pides al gris estío las rosas de la primavera? No aquel cebo para prender almas hubiera tenido Francisco, si ya no flor de los mancebos de Asís, agotada el arca siempre a él abierta de Pedro Bernardone, quemado el cuerpo en las hogueras de la orgía, ya entrado en años, fuera a esconder su despecho en el sayal y a amar con amor fraterno las cosas de la naturaleza. Más pura es su obra tal como fué emprendida: teniendo veinte años, siendo flor de los mancebos de Asís, vencedor en toda "corti", muy sereno y muy azul el lago de sus ojos, ante cuyo encanto encalló más de un corazón de doncella. Y Bolívar? Porque hizo su obra libertaria cuando aún Fanny le sonreía, cuando los millones habidos de su padre y el bautismal regalo de Aristeiguieta bien valían unos años más en Francia, cuando era tan sabroso leer a Montesquieu en cómodos sillones en su casa de París; y como las llevaba tan airosas, bien podían meter bulla en salones europeos sus charreteras de subteniente, ir cada lustro sobre una vela castellana a tierra patria, ver el mayorazgo de San Mateo y volver a Ultramar a derrochar oro, riyéndose de su buen Diógenes—Don Simón Rodríguez, es más alto su heróico apostolado. ¿Qué pensaríais de un Bolívar despechado por Fanny, hundido todo su oro en la insaciable entraña de París, que llegara a Venezuela pobre y maduro en años, viera la semilla de libertad fructificando, teniendo un poco de idealismo extraído de la Enciclopedia, ofuscado por las ideas de Francia, con su título en milicias, valido de

Miranda, pero con más acción y más conocedor del alma nacional que éste, tomara sobre sus hombros la empresa, fueran sus hombres los mismos dejados por el Precursor, llegara y triunfara? Libertador sería, mas un libertador sistemático y frío como Washington o como San Martín, y si su obra gratitud mereciera por lo organizada, pudiéramos decir geométrica, no tuviera nunca el fuego que ella anidó: el fuego de su creador, no tan virtuoso como Washington, no tan organizado como San Martín, grande en la virtud y grande hasta en el vicio, torrentoso, impulsivo, poeta en el instante de las decisiones, genial.

¿Ves tú como ahora es el momento de comenzar la obra? El ritmo fogoso de tus veinte años tendrá ella; que para la construcción la arena es exigua, ve y la buscas; que tu mano es inhábil, la acción le dará certeza; que por la inhabilidad de tu mano ella puede derrumbarse: si se derrumba será el derrumbamiento lección de experiencia, sabrás por ella que el derrumbamiento se debe a una piedra que mal colocaste, a tu arena que no tuvo suficiente argamasa: vuelve y la comienzas, tu mano proporcionalmente combinará la arena y cuidadosamente colocará la piedra.

Empieza, empieza ya la obra! Si para lo que intentas no naciste, tiempo hay para rectificar el sendero. Empieza, empieza ya la obra. Mañana, ¿y cómo sabes si mañana nubes de estío han de enredarse en tu corazón, cómo sabes si mañana los golpes de la vida adormecerán la sangre del entusiasmo? Trabaja el gañán con el sol, y cuando la noche empieza a tenderse en la montaña, entre las paredes de su choza el gañán arrincona su hacha y descansa. Y tú, que tienes el sol entre tu carne y el sol entre tu espíritu, dejas llegar la noche—el cansancio del cuerpo, el desfallecimiento del ánimo para dar cima a la empresa? Rehuyes la acción porque no columbras el resultado y no piensas que tarda diez años la magnolia para dar el redondo milagro de sus flores; te re-

tiene en la acción el que otros la acometieron y quedaron vencidos y, sabes tu si te fué dada la clave para triunfar? ¡Animo, ánimo, no te quedes ante el tiempo como la piedra ante el camino —esperando una mano que la mueva—; buscando material para la empresa nada te amedrente, sé como la luz que tan señora no se queda en el picacho que es su reino, sino baja hasta el valle y cae como hebra de plata sobre el abismo; sé como el viento que si cabalga en el mar cabalga también en la fragilidad de un pétalo, sé como el horizonte en la llanura—abierto siempre,—y como el agua nunca reflexiones de donde saliste, cuanto caudal llevas, sino sigue, sigue siempre adelante, arrastrando vallas, dejando arenas, buscando afluentes.

Mérida: enero de 1918.

AMOR COMO ENERGIA

—

De su boca cansada, como de una vieja torre las lechuzas, aún salían besos para las mujeres vendidas. Y el alcohol, los insomnios ante el tapete verde y las mujeres vendidas, habían puesto en un pálido marco de cera la noche de sus ojos, hoy duros con la dureza inmóvil y refulgente de una cuenta de vidrio, y sobre su mente, que alguna vez fué sonora caja de poesía, habían caído las sombras del vicio cargadas de idiotez, y bajo aquella atmósfera de vicio y de idiotez, murió—delicada y frágil—el ave de la poesía. Sabe de oídas que hay dos ojos de madre que lo lloran, pero como hace mucho que no ve esos ojos y sus manos no tocan a la puerta de la casa paterna, la lluvia de esas lágrimas no ablanda la roca de su alma y fructifica en rojas flores de enmienda. Y así va—huésped de burdeles y tahurdas,—y cuando todo calla, oyendo en la noche la serenata de los grillos, y cuando todo duerme, velando como la lechuza en la torre, y cuando todo descansa, bamboleándose de alcohol por las calles desiertas.

Alcanza a ver un día en que camina por las calles, tal una larva humana, bamboleante de alcohol y pálido de insomnio, a una mujer que sale de un templo. Por la cara de aquella mujer pasó

la flecha del dolor manando lágrimas. Cree conocer aquella cara, alguna vez sobre sus dolores lo miraron aquellos ojos como un fluido de consuelo, y vé una mano que a él se tiende: la mujer es la madre. Acude al llamamiento de la madre: ¿por qué no vas a casa, hijo mío? Tu cuarto te espera; está igual desde el día en que no volviste. En el jardín, esta primavera lo ha nacarado de rosas y lo ha estrellado de jazmines—son sus palabras.—Vamos. Ni un reproche, detiene la corriente de sus lágrimas y deja ver tan solo su alegría. E hijo y madre se van juntos. Y como los ojos de la madre son un dogal que detienen al hijo, y como a la vista de la casa parterna vió como junto a un sol antes eclipsado todas las roñas de su espíritu y de su cuerpo, por el amor de la madre, porque está muy sola la madre en la casa paterna, aquella larva humana aparta la copa de sus labios; ya no es huésped de burdeles y tahurdas, ya hay menos cera en su cara, se hace mariposa la larva, ya es mariposa, y la divina alquimia del amor de madre del barro de un espíritu extrae oro, y ya el huésped de burdeles y tahurdas no oye cuando todo calla la orquesta de los grillos, cuando todo duerme, yá no vela como la lechuza en la torre, y cuando todo descansa, no se bambolea de alcohol por las calles desiertas.

Amor que así sabes hacer milagros, amor que eres alquitara y hornilla, buzo que extrae y rueda que a la más eficaz obra impulsa! Tu eres elemento primordial en la creación del artista: porque amó muchas mujeres pudo Goethe delinear en cada uno de sus poemas los tesoros interiores de un alma femenina—Carlota, la amable y hacendosa; luz de estrella en las charcas de sangre de "El Conde de Egmont," Clara; suavidad de ala sobre la dureza del rey Toas, Ifigenia; mujer uni-

versal que con la lanza de una mirada hace trizas la torre de cristal de todo orgullo, la Margarita del primer "Fausto"; mujer que entre las farsas galantes del siglo XVIII clama por el hogar y la naturaleza, por los besos cuando el amor quiere dar besos, cuando las bocas están muy juntas, haya o no en el cielo la vulgar luna de los lugares comunes, Dorotea; la fatídica, la que lleva a todo hombre con la rueda de su pensamiento, Adelaida; perfume en toda hediondez, suavidad en toda roña, la Otilia de las "Afinidades Electivas", la eterna niña enamorada que pregunta a las nubes por el ausente, Dora; soplo rústico, rosa edénica, sol meridiano, sobre el atormentado corazón del poeta el amor de la agreste muchacha de Estraburgo. María Enriqueta "la que duerme en la tierra de Adonis, cerca de las aguas sagradas, donde las mujeres de los misterios antiguos iban a regar sus lágrimas", y el amor fraternal de María Enriqueta es cornucopia de primavera en el espíritu de Renán, y húndase Renán en hondas metafísicas, aspire el polvo de los viejos códices, que ese frescor de primavera que en él dejara el amor de Enriqueta, hace sutiles sus metafísicas y perfuma el polvo de sus viejos códices. ¿Y no sería la muerte de un amor de mujer en los veinte años, lo que hiciera de la"Serenata de Schubert" un solo gemido, un gemido muy dulce que exhalara una princesa muy pálida, junto a un lago dormido lleno de cisnes soñolientos, tamizada de violetas blancas la ribera y bajo la gris lámpara de una luna de invierno? Y en la evolución espiritual de Agustín de Hipona amor es todo, amor es varilla mágica que hace brotar del fondo de aquella alma una vocación dormida: la muerte de un amigo que había sido regalo de su corazón y la meditación sobre esa muerte lo que lo lleva a los senderos de la Metafísica; luego las lágrimas de Mónica y la admiración por Ambrosio complementan esa vocación, e hijo de tantas lágrimas y herido con el dardo de tan divinos amores, amor

y lágrimas cayeron en su corazón como rocío del cielo y florecieron en su corazón las rosas del apostolado.

¡Cómo las almas sin amor tienen una barrera dentro el alma y ante esa barrera se quiebran las más nobles energías! Aquí en mi cuarto de estudio está el libro de un atormentado que nunca se halló en la vida ante esa visión muy dulce. Es el "Diario Intimo" de Enrique Federico Amiel. Sabía de todas las estéticas el hondo pensador ginebrino. De las fuentes de Francia había bebido su estilo una plasticidad sorprendente; al mismo tiempo que en el hondo lago de Kant sorbió todas las nebulosidades del nóumeno. Por un momento "este Hamlet protestante, enfermo de irresolución como el otro y de escrúpulos trágicos"—según el decir de Pablo Bourget — viéndose el eterno profesor de Estética y Filosofía en la Academia de Ginebra, un teórico de su "Penseroso" quiere romper con la muralla que ataja su voluntad, mas se amella al primer esfuerzo y hace una despechada filosofía de su resignación. Y muere aquel proteico ingenio, y tras de su nombre hubiera caido la pesada piedra del olvido, sin la luz que destellan las páginas del "Diario Intimo", cuyo triunfo no llegara a vislumbrar este Tántalo de sus propios deseos. ¿Qué le faltaba para triunfar al hondo pensador ginebrino? Le faltaba un amor que fuera suave venda para el martirio de su vida, que cohesionara la energía difusa de sus pensamientos. El escribiera que el reposo del hogar era lo que necesitaba para refrescar la fiebre de su espíritu, mas apartó esa idea porque "cada esperanza es un huevo de donde puede salir una serpiente en lugar de una paloma, porque cada goce frustado es una puñalada, porque cada simiente confiada al destino contiene una espiga de dolores que puede hacer germinar el porvenir. He ahogado—dice—más de un amor naciente, ¿por qué? Porque con la seguridad profética de la intuición lo siento poco viable y menos

duradero que yo". Infortunado Amiel! La lógica tuya es la de aquel que teniendo la obsesión de un naufragio, nunca hizo un viaje, del que pensando en lo efímero de la vida, con deseos de instruirse, nunca se instruyera, del que queriendo saborear la holganza del rico, reflexionando que de un frágil hilo pende nuestra existencia, no luchara por adquirir la holganza del rico. Infortunad Amiel! Serpiente venenosa fué ese tedio que anidó en tu alma, chupó el jugo de tus pensamientos e hizo gris y lleno de lasitud el desfile de tus horas! Quizás amando, una luz de sol dorara la amarillez de tu libro; aunque ese amor fuera luego una espiga de dolores como tu lo dices, por lo menos mientras durase la blanca ilusión de su certeza, meta de tus ambiciones sería y en las ansias de llegar a él no dejarías caer sobre tu espíritu la mole de la fatiga. O si un amor de mujer no tuviera suficiente perfume que regar sobre tu alma, compartieras entonces con otro espíritu semejante al tuyo uno de esos grandes afectos espirituales producidos por el culto a unas mismas ideas y la oblación ante un mismo ideal; uno de esos afectos de almas que desde la casa de Emerson en Boston a la casa de Carlyle en Londres tiende un puente que no hay hora del día que no esté comunicando al "héroe" del úno con el "hombre simbólico" del otro. Y si no encontraste tu Carlyle o tu Emerson, tu espíritu afín, hubieras amado entonces como base de tu edificio espiritual, una idea, una filosofía, una fé determinadas.

¿Y si ya luché, si ya ví coronada la cúspide de mi ambición, para qué he menester yo de un amor? —preguntará alguno.—También el amor es playa mansísima de reposo. Playa de reposo para la vejez de Goethe es el amor de Betina y en brazos de mujeres (piedad para con los defectos del genio), en brazos de mujeres—Manuela, Isabel, Pepa—olvida Bolívar los dardos del émulo y la traición del compañero, seca el polvo de los caminos y se refresca del sol de los campamentos. ¡Tal la in-

fluencia de este poder maravilloso! Bajo él, Goethe conoce y pone a latir en cada uno de sus poemas los resortes interiores de muchas almas; bajo él Renán vaga por las espesas selvas del oriente buscando el orígen de las religiones y los símbolos, lée viejos códices y su espíritu permanece sonriente; él como una varilla mágica toca las pasiones de Agustín que eran rosas de púrpura y las rosas de púrpura se truecan en albas violetas místicas, bajo él es la música de Schubert un collar de gemidos, más penetrante se hace la amable filosofía silenciosa de Carlyle con el estímulo de Emerson; y como se pregunte cómo al poderoso ingenio de Enrique Federico Amiel no lo arrullaron clarines de gloria, la razón se encontrará en que el hondo pensador que tenía en el cerebro el tesoro de todas las filosofías, no había adquirido para su alma el sutilísimo tesoro del amor, del amor que fuera agua para el calor de sus nervios, jardinero de su enmarañado jardín espiritual, cincel para la obra definitiva, y sol que rasgara las nieblas de su neurotismo.

Mérida: marzo de 1918.

LA CIENCIA DEL MINUTO...

—

Es en los buenos días del siglo XVII, de este buen siglo XVII que ha hecho mover en cada hombre una pasión en el teatro de Shakespeare, que ha planteado el eterno dualismo de la vida—materia en Sancho, espíritu en Quijano—en la novela de Cervantes, que ha notado con Galileo Galiley manchas sobre el cristal del sol, montañas en la luna, sorprendido a Venus la coquetería de sus caras y a Saturno el aúreo tesoro de su anillo. Es en los buenos días del siglo XVII, año 1666 de Cristo. (La corte de Luis XIV se abre en Francia fastuosa y grande como califato de cuento oriental; aroma de Teología allende los Pirineos, en el corazón de Castilla el Escorial eleva la tristeza mayestática de sus piedras, por entre las columnas grises a la media noche, dizque se oye por el Escorial un aullido y el alma de Felipe II el hermético pasa con su cara huesuda como en el lienzo de Antonio Moro, con su yelmo, con su espadín toledano, con su peto que resistió las armas del infiel...) Hundida entre verdores, en un rincón aldeano de un condado inglés, en Woolsthorpe, se alza esta casita mitad granja, mitad residencia pueblerina. Ha venido siendo por algunas generaciones de los Newton, honestos labradores ingle-

ses, y ahora el último de los Netwon, Isaac, el que estudió en Cambridge, ha venido a hundir en la casita como en un cofre de ensueño neurastenias e ideologías. Trajo Isaac, de Cambridge, el libro de Mercator sobre los logaritmos, algún libro de Picard o algún libro de Hevelio. Y es en la paz de estas tardes otoñales, en la huerta de la casita, donde las absortas manos de Isaac entran por esos libros en que complicadas fórmulas algebraicas, atestando las páginas, bailan alguna danza delirante. Sueña con la Aritmética del Infinito, y las hojas que amarillas caen de los árboles son como números caídos de la gran "Unidad," de Dios, del Infinito. Esta tarde ha estado leyendo una página de Mercator; fórmulas y fórmulas pasaban por las líneas del libro, y seguían a la otra hoja y a la otra, como viajeras que por un largo camino—las líneas de las páginas—buscasen la verdad. Y la incógnita que el cerebro de Isaac Newton persigue, no la encuentra en ese libro de Mercator.—Abramos este libro de Picard. Siguen las fórmulas sin decir nada.—Abramos este libro de Hevelio. Siguen las fórmulas sin decir nada.—E Isaac Newton se ha puesto a descansar, a observar. Las hojas caen, las hojas son como las lágrimas que llorase el árbol. La fuente calla, y ahora todo, todo se ha quedado quieto... Isaac vaga arriba, muy arriba mirando el cielo, aspira el alma de la tarde como una rosa, y sus ojos están tan lejos del libro de Mercator, del mundo, que dijérase que un dios los hubiese raptado de aquel rinconcillo de Woolsthorpe, y los hubiese clavado en el infinito como dos estrellas. De pronto un ruido, un ruido en el árbol más cercano, no es el ruido de las hojas que caen, trunca el hilo de sus pensamientos: se desclavaron los ojos del cielo, vuelve los ojos, y ahí del árbol leproso cuelga una manzana, y la manzana va rodando por el árbol leproso y cáe, cáe. Y en un minuto otoñal en su huerta de Woolsthorpe, Isaac Newton leyó en una manzana lo que no había es-

crito Mercator, lo que no había escrito Picard, lo que no dijo Hevelio.

¡Oh, sorprendente sabiduría del minuto! ¡Cuántos astrónomos, cuántos sabios habrían visto caer manzanas! En vuestra huerta del Atica, tú, Platón, tú, Aristóteles, en alguna tarde en que Platón hablaba de lo suprasensible, y Aristóteles tejía la trama confusa de sus "categorías" filosóficas, no sentísteis vosotros caer cerca de vosotros, tersa y verde, la fruta de un manzano? A tí, Pitágoras, filósofo del número, nada te dijo el descenso de una fruta? Y tú, Anaxímenes el jónico, ¿por qué no fijaste tus ojos que buscaban por todas partes la partícula primigenia de aire, por qué no fijaste tus ojos en el caer de una manzana? Una fuerza del aire desconocida por tí te hubiera ella dicho; hubiera sido la fusión de jónicos y eleáticos; la teoría atomística del eleático tuviera explicación entonces: por agregación de aire y por la pesantez que el aire comunica al átomo del eleático, comprendería tu mente asombrada, cómo de una materia tan frágil se hizo esta bola tan densa. ¡Oh, sorprendente sabiduría del minuto! Pasan los años y busca nuestro espíritu el hilo de una revelación. Arcanas bibliotecas, largos pensares, nada dijeron las letras muertas sobre los pergaminos, y en la madeja de nuestros pensares no hallamos la revelación. Y solo un día, lo que no dijeron los pesados librotes, los viejos sabios obtusos, lo dice con lengua primaveral una manzana! Porque todo en nuestra vida, ideas y sensaciones, tienen un minuto para expresarse. Rara vez amamos antes de los veinte años, rara vez sabemos el veneno escondido en cada flor antes de que nuestra cabeza blanquee como una cumbre. Y, ay del que ama antes de los veinte años, porque llegarán los veinte años y encontrarán el corazón vacío, y, ay del que mucha experiencia tiene antes de haber luchado, porque para él son la vida mediocre y los caminos rectos que nunca conducen a

las cumbres, sino a las llanuras iguales, planas, donde úno no se siente avanzar...

¡Oh sorprendente sabiduría del minuto, tú das la clave de algún destino recóndito! Es Julio César que vé, ornada de flores en una casa de Cádiz, una estampa de Alejandro. Y ante la estampa de Alejandro una voz que sale de lo íntimo de su ser, turbulencia que su vanidad de hombre de la casa Julia y su ambición cesárea no pueden reprimir, le dice:—a la edad tuya ése había sujetado el Asia. Y cuentan que en las largas campañas, acaso por los ásperos desfiladeros de la Galia Transalpina, cuando alguna vez sintió que se iban muy lejos los pájaros de su entusiasmo, el recuerdo de Cádiz, la estampa de Alejandro, lo que le dijo su voz íntima, eran espolón de su energía. Es el propio César desterrado que va a Italia en barquichuelo de pescador. En Italia quizá se está tasando su cabeza, hay legiones que guardan las fronteras. Y como el pescador le dice del peligro, la voz, la misma voz que fué acicate de sus energías en Cádiz, vuelve a saltar a flor de sus labios. —¿Quid times? Caesarem vehis. ¿Qué temes? César está contigo.—Es Bolívar que comienza la campaña del Perú falto de tropas, un hombre en quien confiaba lo traiciona, y allí están cerrándole la ruta diez y ocho mil españoles que pelearon en Bailén.—¿Qué piensa el Libertador? Y el Libertador contesta: ¡triunfar! Y en el minuto de ese ¡triunfar!, como en el fiat de Jehová, no se iba a hacer un mundo pero sí la libertad de un mundo.

Acaso, raudo como una sombra, pasó por tí un minuto. Llevaba el pólen que iba a fecundar un predio. Estabas tú mirando el cielo como Newton, sentiste que pasaba. ¡No es el caer de una hoja! Mas en vez de volver la vista hacia donde pasó el minuto seguiste mirando el cielo. Acaso ese minuto llevaba la paz para lo que había sido insomnio de tus noches. Acaso ese minuto fué un buceador audaz que halló dentro de tu espíritu un venero recóndito. Vuelve los pasos y busca su

huella. Y si aún no ha sentido el toque de eslabón de ese minuto, aguárdalo: comprenderás entonces cómo no han sido estériles tus meditaciones, cómo la lenta labor subterránea de la semilla al fin ablandó la tierra dura, y un día—cuando ya nada esperabas—abrió al sol y al aire, en el jardín desconsolado, un brotecito nuevo...

Mérida: setiembre de 1918.

CASOS...

—

(a Pedro-Emilio Coll.)

FRADIQUE MENDES, COSMOPOLITA...

El señor Fradique Mendes, gloria de Portugal y maestro de la gracia, hijo del grande ingenio lusitano José María Eça de Queiroz, ha enfermado mucha juventud contemporánea... Desde luego su mal no es mal de ideólogo sensualista: si entró por los paraísos artificiales, fué ave de tránsito; no complicó la carne como un Baudelaire, ni la sensibilidad como un Dess Esseintes en la tremenda creación de Huysmans; pero por eso mismo, porque es el hombre del mediodía, el hombre de la media luz, del colorido sobrio, está reencarnando en mucha juventud de ahora que quiere como él el espíritu flexible, el espíritu que hace madrigales y dirije los planos de un ferrocarril, que tiene una sensibilidad con muchas caras, que cambia de espíritu y de ideas como quien cambia de trajes...

¿Verdad que encanta esto de estar un día junto a los humos industriales de Chicago soñando sueño de fábricas y de dólares, como olvidando esta cosilla inquieta y torturadora que los burgueses llaman lirismos; otro día bajo las palmeras de Arabia, y en la meditación mesiánica Renán no

nos gana; otro día las pirámides nos ven sumidos en el sueño de sus jeroglíficos; otro día París, barrio latino, una casita cosmopolita donde se junten unidas por mano de buen gusto la máquina hecha en Chicago, la japonería de Kioto, un trozo de un monolito egipcio y una ramita de olivo cortada cerca de la tumba de Jesús. Se ha amado a muchas mujeres: la americana del norte nos dió la boca grande y rosada como una granada abierta, su pié pequeño la japonesa de Kioto, su talle de espigas la Mimí de Francia, sus ojos grandes como el desierto, como el desierto ebrios de sol, la Esther de Arabia. Pero, a dónde lleva ese cosmopolitismo del cerebro—escribir el proyecto de un banco en la mañana, en la tarde una carta de amor para Clara, llena de la más pura y fina sal de Francia? En Fradique a desorientar un espíritu: él era poeta y ¡qué poeta! Evocaba como nadie: un monje en uno de sus poemas, un monje de los primeros días cristianos, se iba al yermo hasta hacer maleable como cera la carne rebelde; versos en que se siente la tortura del látigo sobre el cuerpo, la arena calcinante sobre la cual se tiende el cuerpo, el deseo rebelde que se dilata por todos los poros, hay en el poema; luégo la tentación viene: rosada carne, nacarina carne, formas de doncella que incitan como las manzanas maduras, y el santo cae y muerde la carne como si mordiera manzanas maduras, y una orquesta de pasiones dicen los poros inflamados, y adiós fuegos del desierto sobre los cuales tendía, disciplinándola, la pasión rebelde, y adiós el cicilio; es un sátiro el monje, una cauda de serpientes la lujuria, y cae el monje y recae el monje, y cuando el monje ha muerto y los ángeles vienen, en vez de un espíritu transfigurado en la oración encuentran un sátiro, el último sátiro, el más ardoroso sátiro que saliera de la campiña griega, con el cabello crispado, la boca presta a dar el mordisco, fulgurantes los ojos como dos pozos de tragedia... Y a este poeta—Fradique,—a este poeta para las

grandes epopeyas del alma no le queda el tiempo para hacerlas, no quiere hacerlas, y con la risa de Ferney, y con la risa de Ferney aún más cruel, le parece ridículo hacerlas. El seguramente viera en París a Pablo Verlaine: crapuloso viejo, sucio viejo, gran poeta, ante el traje roto y la cara enrojecida de alcohol, oyera a la francesita mediocre y espiritual:—¿Este es un poeta?—Sí, ése es un poeta. Y por no parecerse a Pablo Verlaine, ni a una crápula que hay en Montmartre, sofoca su poesía y cuando en una mañana de sol o en una tarde de niebla le cruzan versos por el alma, se pone a pensar en otras cosas y sonrie cruelmente, mostrando los dientes blancos e incisivos...

¿Acaso el gran talento de Fradique nació para reformar esta tierra de Portugal? Acaso. Pululan en la tierra de Portugal los consejeros Acacios necios y los Pinhos que viven del Estado, y el Estado es para los Pinhos recibir los sueldos en quince y en treinta, y comer tranquila e indiferentemente su conserva de guayaba. ¡Qué tierra de Portugal en manos de Fradique! Sabios de Portugal que enseñan en una "Sebenta" vieja trocaríanse por sabios extranjeros que enseñan ciencia de ahora, positiva y experimental; Fradique que ama las cosas muelles y civilizadas, en vez de esos carros viejos, de esas recuas cansadas, de esos coches zancudos que andan por la tierra de Portugal, traería los ferrocarriles a tántos kilómetros por hora, amplios vagones donde las butacas son reclinatorios de hastío, de fino cristal las ventanillas... Naturaleza de Portugal descuidada y hermosa, cuidada y hecha más hermosa entonces con los sombreados parques, las amplias avenidas; edificios de Portugal del tiempo de Don Juan el Segundo, las altas rejas de 1700 tánto, las galerías monásticas, cambiadas por bellos edificios de ahora: allí la villa italiana, la casita holandesa; como en las quintas de Inglaterra, el jardín y las enredaderas mirando a la calle. Pero Fradique Mendes no conoce bien y no conoce mal,

conoce cosas que son ridículas y cosas que no son ridículas: para regenerar la tierra de Portugal hay que pasar junto a las calvas de los Consejeros Acacios, y de los políticos Pinhos que cobran en quince y en treinta. No es capaz Fradique Mendes de tánto heroísmo: venias que le hace el consejero Acacio le exaltan los nervios, a Pinho lo clasifica como a una iguana del trópico: pasar él junto a ellos? Nunca, se plebeyiza, se entorpece su sensibilidad...

Y muere Fradique y sólo queda de él la intensa gracia de unas cartas: cartas sobre los sastres de Londres, sobre cómo cortan los sastres de Londres; sobre la momia de un Ramsés, genuino Ramsés de los grandes días egipcios: llevó sus elefantes por todos los caminos del desierto, sembró el desierto de columnas y sobre las columnas en el signo cuneiforme escrito: "Por aquí pasó Ramsés, hijo de Osiris", y aquel Ramsés y la momia de aquel Ramsés genuino, clasifícanlo aduaneros de Portugal como un pescado salado hace treinta siglos; cartas de amor para Clara, interpretaciones sentimentales para una madrina de fiesta galante, una madrina dieciochesca que pide la peluca empolvada: Madame Jouarre; para un Ramalho, contándole la picardía de una francesita infiel para el esposo chileno, de barbita rala y cara avellanada; para un Bertrand que construye un ferrocarril en Tierra Santa... Notas fugaces, emociones... La obra falta, y cosmopolitismo suyo, y por el cosmopolitismo suyo, el consejero Acacio perdura en la tierra de Portugal, Pinho sigue cobrando su sueldo los quinces y los treintas, mordiendo eternamente su conserva de guayaba...

Fradique hace daño; a una ironía de Francia sacrificó una labor de patria.

OSVALDO.

Duermen en la paz de la noche en todas las alcobas, vela este hombre: vela junto al aguardiente plebeyo de la taberna o los labios infestos de una meretriz paga. Acaso la sangre suya sea sangre llena de vigor, fuerte y agreste sangre como para salir de ella un Goethe o un Leonardo, ıas olímpicas genialidades que concentraban en sí todas las manifestaciones del cosmos; mas, ¡cómo riega este hombre, miserablemente, lamentablemente su sangre por todos los caminos del mundo! Copas de alcohol plebeyo endurecerán las arterias, traquearán las arterias como madera apolillada; besos de la meretriz pondrán sobre él maligna floración de pústulas, aquellas pústulas cauces por donde se va la energía, la vida. Un día casará este hombre: ¿por qué no casó antes?—Porque había que gozar de la vida. Gozar de la vida para este hombre, las tabernas destartaladas y mugrientas, donde el alcohol en las copas plebeyas alborotaba: gozar de la vida los labios infestos de las meretrices en el prostíbulo: gozar de la vida llevar por todas partes las pezuñas del sátiro.

Un día casará: ella, víctima de veinte años, acreedora a que una boca hubiera guardado por mucho tiempo las tentaciones del beso, a que los primeros besos que diera esa boca fueran a élla, se deshojaran ante élla. Ella, pobres azahares en las manos del lobo, élla, pobre estrellita de bien entre la pústula, para élla la polilla de una sangre cansada que trajinó muchos caminos... Sale un hijo, este hijo es Osvaldo en la fatalista creación ibseniana. ¿Osvaldo? Todas las torturas en un cuerpo de anémico, todos los malos sedimentos de una raza sofocándolo con sus humores crueles....

¿Osvaldo? Tener una sensibilidad que vibra ante un rayito de sol sobre un monte, ante un crepúsculo marino, ante aquel fiord de Noruega cubierto de nieve, sobre el cual, como en un refugio del mar bravío acampara el velero que hizo las grandes travesías: velero que trae las lanas de Rusia, los hilos de Escocia, las sedas del Mediterráneo. Y sentir todo esto, y el vaho de la inspiración llenándonos el alma, y ser impotentes para la acción, para tomar el pincel, bañarlo en la fuente cromática de la paleta y grabar sobre el lienzo, y hacer la obra metódica, acompasada, línea a línea, color a color, la obra que reproduzca un rayito de sol sobre el monte, un crepúsculo marino, aquel fiord de Noruega sobre cuya cresta blanca se ha dormido un velero. Impotentes, ¿por qué? Aquellas manos pintaron cuadros que están en las salas de los museos y cuelgan en las pinacotecas: la gloria vino al pintor en el estudio del crítico, la estrofa que lo lauda, del poeta, el oro del burgués que en puja con otros oros y otros burgueses se llevara el cuadro. Mas un día la mano activa sintióse débil: dolores fuertes que se le clavan en el cerebro, en la médula, como duros alfilerazos, momentos, torturantes momentos y parecía en aquellos momentos "que le apretaran la cabeza con un anillo de hierro, como si le dieran con un garrote." Qué mal es éste?—pregunta Osvaldo en la desoladora creación de Ibsen.—Y piensa—afán de disculpar nuestros cánceres, miedo de mostrarnos desnudos a nosotros mismos—piensa en otros males, otros dolores en la cabeza, que le dieran en la infancia, en el tránsito por aquella selva oscura que llaman crecimiento; mas no era eso. Momentos que le dejan libres los dolores va a trabajar y trabajar no puede. Quiere empezar un cuadro y siente como si todas las facultades se evaporasen. No puede concentrarse, ni tener atención, ni fijar imágenes; todo se mueve, todo da vueltas a su torno. Viene el médico especialista en las enfermedades nerviosas.

Ud.—le dice el médico—tiene de nacimiento algo, algo gastado, apolillado, "quelquechose vermoulue". Pecado del padre lo paga el hijo. Ud. impotente para la obra metódica y larga, sobre esa médula se ha dormido el esfuerzo, se apagó la actividad en esas manos: ahora, vida de enfermo, ahorrar emociones, vegetar como la planta, acostarse con las primeras horas de la noche, duchas frías sobre esa médula.

¿Impotente Osvaldo para la obra metódica y larga? ¡Impotente! Ya no más raptos de inspiración trazando sobre el lienzo sus colores; rayito de sol sobre el monte, crepúsculo marino, fiord de Noruega: que otro pincel os interprete, hay polilla sobre este pincel, alguna cosa gastada, la médula que se desmorona. Y terminará Osvaldo en el tiempo en que otros comienzan, los veinticinco, los treinta años, abiertos los ojos como en un anhelo infinito, cerrados los puños como increpando al cielo, la boca pidiendo el sol, el sol para calentar la médula muerta, para despertar inspiraciones en el alma, para mover la mano inactiva. ¡El sol, el sol!

Hombre que vais por el camino, acaso hay en tí sangre agreste y poderosa para salir de ella un Leonardo o un Goethe, las genialidades olímpicas que sintetizaban el Cosmos. Mas, alcohol de la taberna, beso infesto de la meretriz paga, están chupando la savia de tu médula. Faltas del padre caen sobre los hijos. Si desmoronas la médula de que podría salir un Goethe, sólo saldrá un Osvaldo. ¿Y querrías un Osvaldo pidiendo el sol? Quiébrese la copa de la taberna, no absorbas pústula en el beso pagado, ve por tu médula, que más que a tí pertenece al porvenir...

Caracas: junio de 1919.

EL ULTIMO PAGANO

—

(a J. A. Ramos y Sucre.)

Y llegó el último pagano con una gran sed de sol. ¿Cómo había nacido en la época impotente y mística? Su postulado era muy sencillo: "El mundo contemporáneo se ahoga, no es que el espíritu de hoy en la alquitara de muchos siglos vibre con el más leve fluido, con la más imperceptible sensación, con la más fina redecilla nerviosa: es que la humanidad de hoy tiene mixtificaciones. Y están los místicos donde está la decadencia. Grecia tuvo durante ocho o más siglos Taigetos para los hombres que no eran fuertes. No dió místicos. ¿Acaco ese formidable viejo Esquilo, que era en el teatro griego la explosión de una tempestad, era un místico? ¿Acaso Sófocles, que a los noventa años todavía es capaz de montarse sobre un brioso potro de Elide e ir a unos juegos olímpicos? Pero cuando Grecia va a morir tostada por el fuego del Desierto, a la presencia de las esfinges egipcias vienen los místicos. Los místicos matan a Grecia. El imperio romano muere en manos de los místicos. Hacen los místicos una larga noche poblada de fantasmas de la primera Edad-Media. Y es que el misticismo no es sino jugo de cantáridas. Y el místico un sátiro vestido de sacerdote."

Y el último pagano iba por el mundo contemporáneo predicando su doctrina. Volver a la naturaleza, a los antiguos días griegos. Embriagarse de oxígeno, de ozono, sobre las cumbres. Dulzonería o histeria hay en el arte de ahora: matarla. ¿Por qué no echan Sena abajo a ese histérico que vive en Montmartre, posée la obsesión de las piedras misteriosas, de las sedas antiguas, de los camafeos de mil quinientos, de los puñales damasquinados, de los antiguos libros cabalísticos? ¿Por qué no rompen los cristales de ese templo y ponen al aire libre, ante los dardos del sol, a Dionysos triunfador, bajo un dosel de pámpanos? Volver a ser libres y volver a ser fuertes. Volver a jugar en Olimpia, en Delfos, en Corinto, en Nemea. Volver a ser griegos: es lo único que salvará a la humanidad contemporánea... El último pagano escribía bellos libros, desmesurados, anárquicos, en un rudo alemán que resonaba como golpe de clava. Para atemorizar los hombres del boulevar, los que toman opio y tienen complicaciones, los que novela el sucio señor Mirbeau, a quien Dios dé muchos francos, les anunciaba la venida de un profeta sombrío: alto como una torre, pesado como una catapulta, cada mano suya un trozo de roca. Tomaría al Des Esseintes de Huysmans y lo eliminaría como cosa enferma. Mandaría a Dorian Gray a recibir los intensos soles de la India, a pasar a nado los ríos hirvientes de cocodrilos, a endurecer la piel de leche y rosa y hacerla piel de bronce. Ante la dulzonería burguesa de una música italiana para cocottes románticas y para mercaderes sentimentales, ponía una música solemne, cósmica, donde sonaban los pífanos y las trompetas: la música de Ricardo Wagner.

Casi era un dios salvaje aquel hombre. Los psicólogos del país de Francia, que hacen unos tomitos de Psicología a tres francos cincuenta, temblaron por la crisis de sus libros si triunfaban aquellas ideas. Porque lo primero que haría Su-

perhombre sería una hoguera, una enorme hoguera para quemar toda la Psicología contemporánea. Superhombre era un hermano alemán de Torquemada y Pedro Arbúes. Y encontraron el recurso de decir que aquel hombre estaba loco, tenía delirio dionisiaco. (En realidad la fuerza de pasión que ponía en su nuevo Evangelio para inflamar un mundo degenerado, tenía enfermo al último pagano. El mismo lo cuenta: "cada pensamiento es un ataque de mi mal, es una puñalada en mi cerebro").

Y sobre el último pagano cayeron las sombras de la tristeza. Ah, ¡si él hubiera colaborado en la suciedad contemporánea!: escrito libros con complicaciones: creado personajes de clínica: ayudado al señor Charcot o al señor Lombroso en la cristalización literaria de tipos monstruosos. Predicó algo sano y estaba loco. Un apotegma para un libro: "No se debe decir junto al estiércol que éste es estiércol, sino un jardín de rosas." Y entonces odió más la humanidad y la psicología contemporánea. Apresuró la venida de Superhombre. Pensó con gula cuando Superhombre, en el boulevard, tomara los hombres y los desmenuzara como frágiles copos de algodón entre sus manos de roca...

Un día cayó, loco, sin conocimiento, en una calle de Turín. Murió en un manicomio.

Friedrich Nietzche fué el último pagano. Tuvo la alegría dionisiaca. Fué un Juliano del Norte a quien le faltó tiempo—en la prisa de un mundo agitado—para sacudirse los hielos y despojarse de la capa de lobos boreal. Ah, si hubiera tenido tiempo!

Caracas: febrero de 1920.

PINTURA DE UN VIVIR...

—

(a Julio Sardi.)

El viejo que era todo un filósofo antiguo, me pintaba hermosas visiones de vida. Confortaba mis locos sueños adolescentes con la médula de su experiencia, que no era la común y chata experiencia de otros viejos —Schopenhaueres de setenta años que odian la primavera porque tienen las manos frías y la sensibilidad yerta; comprendía el viejo todos esos diablillos que se meten en las redes nerviosas del jóven—amor humano, ambiciones de muchas leguas: cuando yo sea gran poeta, gran sabio o gobernante de mi país—. En torno de esas fogatas de primavera edificaba el viejo sus filosofías, que eran amables, sencillas, mojadas de naturaleza, con la tenue poesía que debieron tener las conversaciones de los rapsodas primitivos.

Una tarde, mirando un crepúsculo, con un libro de Renán en las manos, esbozó ante mis ojos juveniles el programa de una vida hermosa y completa. Recojo ahora sus palabras...

A LOS VEINTE AÑOS...

A los veinte años se sueña y se dan lanzadas a todas partes. A mí no me resultan esos muchachos formales, con ademanes de seminarista, que van por la calle clavados los ojos en el suelo. No piensan sino en sus libros de estudio. No abren los ojos a las maravillosas cosas que sólo se ven con la luz de los veinte años—las muchachas bonitas, la visión azul de la vida. El mundo ha sido de los grandes inquietos, no de esos castraduchos que están esperando que pase el señor Don Fulano de Tal para darle la acera. Yo me río de corazón de Pico de la Mirándola explicando Teología a los dieciocho años. A mí me nace un Pico de la Mirándola, y lo mando al campo, lo monto en un caballo blanco, y que caigan sobre sus teologías y sus latines el buen viento, el buen sol y la buena agua del Señor. A los veinte años, ser inquietos como los Julio César, como los Bolívar: aturdir con los cascabeles del entusiasmo a un Licenciado Sanz o a un Don Simón Rodríguez, filósofo homeopático, que nos enseñan; Mario, tirano de Roma, nos persigue: tomar el mar azul, dejar a Mario con su ira presta y hacerle un palmo de narices desde una Isla del Mediterráneo....

Son con los veinte años las locas rebeldías y los ingenuos entusiasmos. Abrir la vida como un gran tarro de perfume. Bañarla en plata de sol y colgarle del cuello las campanas de la alegría. Las ambiciones desenfrenadas que se gritan en la plaza pública, a pulmón pleno:—¡Cuando yo mande, cuando yo viaje, cuando yo haya escrito veinte libros! Esas ambiciones desenfrenadas, que muchos las toman a pedantismo, a vanidad veintiañal, y que no son sino millares de centímetros cúbicos de sol. Vivir y soñar mucho. To-

do en dosis fuertes. No son con los veinte años esos positivismos a cuarenta caballos de fuerza que nos niegan a Don Quijote y nos construyen la ciudad de Chicago. Aún son con ellos las escalas de seda: las rebeldías contra todo lo que le falta el sol—contra esas canas marchitas que se encierran en un castillo de hermetismo, contra ese burgués que te dice paternalmente: ¿Cómo está joven?; contra todo aquello que no te guste aunque cuatro generaciones hayan dicho: muy bueno. Contra las filosofías mal escritas. Contra Kant, Schopenhauer y la Selva Negra. Contra todo lo que no tenga gracia, ni estilo, ni belleza. Los veinte años son crueles, dionisiacos. No pesan, no miden, no rectifican. Vendrá el otoño, y bajo las luces del otoño se reconstruye, se analiza; en la primavera se florece...

A LOS TREINTA AÑOS LA LUZ ES MAS VELADA...

A los treinta años la luz es más velada. Ya nos encienden menos el vino y el amor. Nos hacemos serenos: los viejos que llamamos cabezas de plomo bajo el sol de los veinte años, ya nos parecen valores que vivieron su medio, su momento, la emoción y la belleza de ese medio y de ese momento. A los treinta años debemos comprender que no somos potros sueltos en la vida. Que hay razones más allá de nuestro placer y nuestros nervios—Patria, Hogar, Mundo. A los treinta años funda tu hogar y disciplina tu obra. Funda tu hogar: eres hombre y hay que hacer hombres.

Funda tu hogar como un hogar antiguo. Quien lo pise encuentre la llama sagrada. Tú, tu mujer. Tú eres el señor, **Dominus**. Te impones sobre la servidumbre. Tu voz es la que suena más alto. No llegan ahí las lacras del mundo, las sucias complicaciones del mundo. Tus hijos se in-

clinan cuando pasas, los has formado fuertes como de raíces de robles. Que sepan vengar una honra, lavar una mancha, perseguir al infiel y matar al seductor. Corre en el mundo de estos tiempos una serie de razoncillas necias que se llaman sensibilidad, refinamiento, mal del siglo. Razoncillas de eunucos: así en los tiempos de Licurgo razonarían los condenados al Taigeto. Mentira: hay virtud y hay vicio, hay cosas buenas y hay cosas malas, hay hostias y hay boñigas. Lo demás es libresco, filosofías de impotentes, exégesis de cobardía. "Hay honor y quien me lo mancille, aunque disculpe con afincamientos su mancha, es un yangües y me las paga, y se las cobro cuerpo a cuerpo, de día o de noche, él poderoso y yo humilde. En mi casa soy rey y ningún advenedizo viene a mandar por mí. Mi mujer es mía y ¡ay de quien me la mire con ojos encendidos! Mis hijos son míos y deben ser los cachorros de mi casa, y sí se manchan, ya no son mis hijos"— debes grabar en letras de piedra, en el pórtico de tu hogar.

Disciplina tu obra. En el amplio horizonte de la vida se pierden los detalles. Homero, Shakespeare, Cervantes, se vuelven una gran idea, un gran sentimiento. Yo tengo por seguro que tu vecino el mediocre poeta escribe de manera más amena, más grata para leer, que Homero. Pero esto no quiere decir que sea más grande: ante Homero, tu vecino el mediocre poeta es una hormiga ante un león de la selva. Porque Homero dió un gran sentimiento, una gran pasión, una gran pintura de almas hace treinta siglos. Ahora corre muy valido el concepto de las escuelas y de las tendencias y a la Belleza se le trata como a figurín de modas. Se acumulan una serie de pequeñas bellezas de un momento: es más fácil, más descansado, hasta se gana más la gloria de hoy. Mentira! Tus hijos no verán esa serie de cosas pequeñitas. Como nosotros no vemos en hombres de hace cincuenta años y

geniales, ni esta aislada imagen de Hugo, ni este epíteto bien puesto, de Flaubert. Vemos la obra definitiva, caudalosa como un río, compacta como una montaña. Haz la obra disciplinada: esa serie de pequeñas cosas es celaje de un minuto. No la verán los hombres de mañana. Verán lo fuerte, lo intenso, la pasión que te invade. En la Edad Media unos hombres ociosos y decadentes ponían en tortura el ingenio para producir enmarañadas obras: se hacían libros que comenzaban al revés, versos que leídos de abajo a arriba o viceversa tomaban opuesto sentido. Jeroglíficos, figuras, juegos de palabras. Dante no hacía eso. Acaso alguno consideró más alto al ocioso fraile del Monasterio que se ocupaba en tan inocentes juegos, que a Dante. Tenía ese fraile mucho ingenio. Dante hacía sus versos con el orden y el ritmo de todo el mundo. ¿Y quién se acuerda de esas obrillas de un día y quién no conoce "La Comedia?"

Haz la obra disciplinada, con pasión, con idea. Los estilos, los modos de ofrecerse la belleza son susceptibles de cambio. Si te buscaren tus nietos no será precisamente por tus frasecitas dulzonas que hicieron la delicia de una generación. Será por ver lo que pensabas, qué problemas planteaste, cuáles resolviste. Por medir el alcance y profundidad de tu espíritu...

Y CUANDO SEA EL OTOÑO...

Y cuando sea el Otoño y hayas laborado mucho, y cada obra tuya haya movido a una pasión y a un sentimiento, busca el reposo latino que amas tanto. Edifica la quinta de Plinio, el jardín que pedía Suetonio Tranquilo: "una alameda para pasear, una viña en la que se puedan conocer todas las cepas y algunos árboles cuyos nombres no ignore." Ahí libros de filósofos y de poetas:

la túnica de Marco-Aurelio y el **laisser-faire**, la amable y pequeña socarronería meridional de Montaigne. Los clásicos: Virgilio campesino, Lucrecio escéptico, Ovidio sensual; la prosa latina, clara y musical como un chorro de agua, de Cayo Plinio Cecilio Segundo. Los "Varones" de Nepote, los "Césares" de Suetonio, las "Vidas" de Plutarco. "Las Noches Aticas" de Aulo Gelio. De picardía se trata y venga el "Satyrycon" de Petronio. Los clásicos españoles! Ese Castellano del siglo XVI, del siglo XVII, coetáneo de la "Armada Invencible" y de las luchas en Flandes: ese Castellano grave como un órgano, pesado como una ballesta, a veces—como en la severidad del Convento, la figura de Celestina—ornado de picardía. Tu prosa, viejo Cervantes, por donde pasa el mundo; Bachiller Fernando de Rojas que supistéis encontrar en medio del barro humano una florecita de belleza; Luis de León: te leeré bajo los árboles de la senda, "del monte en la ladera" en un crepúsculo de agosto. Otros clásicos más clásicos, esos que vivieron cuando aún no se había formado el Castellano, mesteres de joglaría que iban por los caminos, entraban a los mesones, pedían una copa de vino, y por la copa de vino improvisaban una copla

> en roman paladino
> en qual suele el pueblo fablar a su vecino
> ca no soy tan letrado para ferlo en latino.

Berceo, Gonzalvo de Berceo que escribió la vida de San Millán de la Cogulla. O mi señor Don Juan Ruiz, Archipreste en Hita, buen amigo de las buenas mozas, del buen yantar, del buen beber, de Dom Ovidio, suprema autoridad en estas cosas muelles... Leer esos libros en la paz de un cuarto, sobre un sillón confortable, una tacita de café, negra, henchida de inspiración a un lado; un cigarrillo destrenzando sus gasas grises...

En tu otoño descansa. No el descanso de Heliogábalo, sino el descanso de Marco-Aurelio o ese gran descanso moderno de Tolstoy. Una casita en un cerro. Con las rudas sandalias campesinas salir a coger el sol. Detenerse como ante un rito ante los campesinos que siembran. Leer bajo el ala piadosa de un gran árbol. Entrar a la chocita de paja aliviando un dolor y echando monedas sobre una miseria. Detenerse en la noche a oir una guitarra que sale de entre la selva, cuajada de coplas tristes y bambucos sensuales. Ser padre de todos y tener la barba fluvial. Y un día hermoso, con sol, sin literatura, sin necrologías, sin flores artificiales, irse en una urna de cedro, fresquecita y oliente a selva todavía, camino del cementerio aldeano... Un responso del Cura, una paletada de tierra, una cruz de madera y las lágrimas de muchos campesinos que dicen: se nos murió el señor.

Al cementerio aldeano lo visita la luna, hay unos naranjos rústicos y dorados, en lo más tupido del árbol anidan y cantan en las mañanitas de Dios un par de arrendajos...

Caracas: diciembre de 1919.

VI

DE CRITICA AMERICANA

LA FINALIDAD POCO AMERICANA DE UNA LITERATURA...

(Fragmento de una Conferencia.)

... ...
... ...

Una tradición intelectual que venía de los primeros días de Venezuela, que tuvo un maestro de Literatura y Humanidades como José Luis Ramos, un diáfano escritor como Baralt, otro brillante y lleno de brío como Fermín Toro, y otro, de armoniosas fulminaciones, látigo de un partido, destructor de todas las estatuas de sal y todo convencionalismo, Juan Vicente González; una tradición intelectual que había esbozado graves problemas de patria, vemos que toma nuevos rumbos: rómpese el hililllo de la tradición con la última década del siglo pasado. Coetánea es esta reacción de aquella otra, de forma, que contra un clasicismo reseco iniciara el nicaragüense Rubén Darío. De una poesía castellana del siglo XIX habían valido un Espronceda que murió muy joven y dejó unos bellos e imperfectos cantos; un Zorrilla que fué un largo martilleo lírico; un Campoamor de las filosofías pequeñitas y comprimidas; un Bécquer del canto aéreo y breve; un Núñez de Arce, que hizo los tercetos mediovales de Fray Martín o de

Raimundo Lulio, o las silvestres sextillas del "Idilio" y "La Pesca". Pero para 1890 la pobre tumba de Gustavo Adolfo ya estaba cubierta de ortigas en un cementerio de Madrid, Campoamor era ya un enorme canario viejo, Gaspar Núñez de Arce tenía los sesenta años, y volvía a la poesía declamatoria—castelarianas en verso—de los primeros cantos. ¿Y en qué manos la poesía castellana? Cuando pienso en Don Manuel del Palacio me dá ira. Don Manuel del Palacio, ¿tú no sabías que la poesía castellana era una gran señora de mantilla de encajes que podía cubrirse ante el rey, y cómo tus sacrílegas manos la hicieron juego de ingenio, trivial, necio juego de ingenio? Te buscaras en un tenducho de Madrid, Don Manuel del Palacio, esos cartoncitos donde un cartoncito es la torre de un castillo, otro una ojiva, otro una puerta y el todo es unir los cartoncitos, que se correspondan unos con otros y formar el castillo. Hubieras satisfecho así tu ansia de ingenio, y no poner sacrílegas manos sobre la mantilla de mi alta y nobilísima señora la Poesía Castellana.

> ¡Pasar por París pareciendo Picio
> pueril profanación, pobre poeta,
> pasa primero peso por peseta
> proclamándote pródigo patricio.

Dices tú, Don Manuel del Palacio, en uno de tus sonetos, un soneto escrito con palabras que comienzan por pé. Pueril profanación no cometió el Picio de tu soneto, pueril profanación la tuya; pobre poeta no fué Picio, pobre poeta tú mismo, Don Manuel del Palacio! Y una gran verdad en tu soneto: pasa primero peso por peseta antes de que tú seas poeta, Don Manuel del Palacio!

En tales manos la poesía castellana. Vino Rubén Darío. Salve, Imperator. Tenías nombre de príncipe oriental y como un príncipe de Oriente eras cruel y vengativo, cruel y vengativo para todos los señores de la Real Española, Manuel del

Palacio, Mariano Catalina; catalina llaman una rueda pesada y plómbea, pesada y plómbea tu posía, Don Mariano. Hizo Rubén Darío versos, rompió la cuerdita estirada del verso bien medido, el castellano tuvo nuevos matices, se amplió, matriz fecunda, para recibir nuevos matices.

La reacción da cosecha en Venezuela. Nunca música de verso tan bien medida como la de un mozo que colaboraba en "El Cojo Ilustrado," escribía unas "Pentélicas" y se llamaba Andrés Mata. Un hombre moreno que venía del desierto, tenía el alma de un griego, se había sentado a la mesa de Anacreonte, se llamaba Gabriel Muñoz. Otro mozo cantaba con ritmos bárbaros, rebeldes, los potros del llano y la leche virgen, Rufino Blanco Fombona. Otro, un elegista hermano menor de Chénier: Víctor Racamonde.

¿La prosa? El doctor Gil Fortoul vulgarizaba a Spéncer y sobre el residuo escolástico de nuestros conocimientos universitarios ponía el "Novum Organum". Luis López Méndez era un latino enseñado por Macaulay. Picón-Febres un Castelar en el Trópico. Pedro-Emilio Coll: es rara la psicología de Pedro-Emilio Coll, tiene mucho de Renán con una malicia y una socarronería que viene de los viejos clásicos: tal vez de Montaigne. César Zumeta: tus dardos vienen de Toledo, César Zumeta; son delgados, precisos, puntiagudos. Manuel Díaz-Rodríguez: aquí soñador azul, temperamento meridional, la prosa de las medias tintas, con un ritmo uniforme.

Tal la generación de aquella época. Se escribieron bellos libros: ante otras prosas de España, ¡qué rara la prosa de Manuel Díaz-Rodríguez!: ante otras ideologías de España ¡qué frescas y qué nuevas las ideologías de Pedro-Emilio!: ante otros sentimentalismos de España, ¿qué ruiseñor desconocido cantaba en el jardín de Mata? ¿Pero obra ideológica, obra de evolución, para estas tierras, en esas obras de entonces? Apartemos los poetas: ¡qué vamos a hacer con que Gabriel Mu-

ñoz naciera en Grecia: dejémosle en Grecia, que allí brota solo el canto; qué vamos a hacer con que Andrés Mata sea el poeta de la queja sentimental: cuestión de temperamento y de psicología! Pero, los prosadores! Organismo más amplio es la prosa: como una gruta de nácar es el verso, como un río es la prosa. Gruta de nácar comprime el verso entre su arquitectura ideas y emociones; río la prosa, muchos raudales puede formar. Ved a Montalvo, pensad en Juan Montalvo: está hablando de Homero y es un griego, parece que, maestro en la evocación antigua no pudiera evocar sino lo antiguo; mas unas páginas después se halla con un sofista pseudocatólico del Ecuador y es un ecuatoriano. Habla de la belleza ¿y qué madrigal de Versalles comparable a su frase galante? Parece que este hombre no supiera decir sino cosas galantes. Mas pasemos unas páginas, y este hombre se hallará con unas miserias del Ecuador, y entonces no habrá galanterías sino fulminaciones. Y poca influencia en nuestra obra de evolución la prosa de entonces. Admiremos en Gil Fortoul el dón de hombre que nos enseña ideas nuevas, en Laureano Vallenilla el dón de hombre que, si bien fatalista, estudia hondas cuestiones de psicología histórica nacional. Pero es escasa la obra necesaria, la obra para difundirse por la masa, ilustrar la democracia, prever conflictos del mañana, progresar esta tierra. Había dicho Rubén Darío que si la poesía existía en América, ella estaba en las cosas viejas, en Palenque y en Utlatlán y en el gran Moctezuma de la silla de oro: ¿tal sería el motivo de que nuestro admirado Díaz-Rodríguez hiciera su poesía en prosa junto a los castaños de Italia o el cielo de Constantinopla? Tal vez, pero no culpemos al artista, su paleta se hizo para reproducir esos paisajes. Mas parece que Díaz-Rodríguez profesa como postulado artístico este aislamiento de la masa y de la democracia. Su libro "Camino de Perfección" me sirva de ejem-

plo: todo él es un canto aristocrático e individualista. La burla contra Max Nordau y su vulgarización científica, que llena unas cuantas, primorosas líneas del libro, ¿no es la burla de un artista que quiere, como un sacerdote antiguo, que el velo de Isis no sea jamás levantado, los secretos del culto guardándose a todo mirar extraño? Libro individualista, libro de torres de marfil, predicador de nietzchista aristocracia, no es precisamente un postulado para pueblos jóvenes. Bien está para un pueblo de Europa, civilizado y viejo, nietzchista aristocracia. Esos pueblos ya tienen un alma nacional fundida, ya tienen la cohesión y consciencia de sus fuerzas. Entre la cohesión y consciencia de sus fuerzas pueden hacer selecciones.—Este es el que mejor sirve, éste se requiere. ¿Pero en estos jóvenes pueblos de América? Ellos aún no han fundido un alma nacional, son pueblos pequeños: como quiera que aún no han fundido un alma nacional, requieren el contigente de todos; sucede que esos hombres mediocres por lo mismo que lo son, tienen ideas adquiridas, son las rectas prolongaciones de una raza y de una estirpe. Rectas prolongaciones de una raza y de una estirpe, la conservan los hombres mediocres. Visto bajo un postulado nietzchista, nada más mediocre que el "home" inglés, lleno de la tradición, perpetuador de la costumbre; pero en ese "home" inglés está toda la vitalidad de Inglaterra: con la tradición de que está lleno, es un estímulo, un acicate de acción. El hombre superior ante todo rompe con la costumbre, fabrica él mismo su costumbre, está expuesto a violentos cambios de rumbo. Un violento cambio de rumbo, la fabricación a cada momento de una costumbre, traería una desvirtualización del alma nacional, un alma vaga y cosmopolita. La influencia de un hombre superior bien en un pueblo joven para dirigir su marcha, mal para alterar el orden interno de sus instituciones. Otra ventaja trae el hombre mediocre en las nacionalidades que se for-

man: es un providencial vehículo de cultura entre los hombres superiores y la turba. El hombre mediocre que es un tipo de transición entre el hombre superior y el pueblo, entiende a úno y a otros; el pueblo no entendería directamente al hombre superior porque le habla en una ideología que no conoce, que no le han enseñado a conocer; la influencia ideológica del hombre superior sobre el pueblo sería nula sin el hombre mediocre: él, si no interpreta, por lo menos entiende lo que dice el hombre superior y lo traduce al pueblo.

Luégo en países que se están formando, admirado maestro Díaz-Rodríguez, son necesarios los Dn. Perfectos, los hombres mediocres: ellos vulgarizan las ideas superiores; como están casi exentos de influencias y no transitan sino un solo camino, son los conservadores de la tradición, los sostenedores del alma nacional que flota. Excluirlos como tú lo quieres, sería tiranía, absorción de un grupo sobre la masa. Lo comprendía así Cecilio Acosta cuando en una de sus hondas cartas, hablaba de cómo no necesitaba el Trópico de muchos hombres de Universidad: hacíanle falta hombres cuando más de instrucción secundaria, mecánicos y trabajadores de mano.

Si Manuel Díaz-Rodríguez tiene una torre ebúrnea a cuya puerta está mi señor Don Quijote, cuidándola, evitando entren a élla yangueses—hombres mediocres—, Pedro-Emilio Coll es un teórico exquisito de sensibilidad, en la sensibilidad busca lo que llamarían los filósofos su "única fuente de conocimiento". Ha sido Pedro-Emilio un admirable caso de intelectualizado: ni como Urbaneja Achelpohl, ni como Romero-garcía, ni como Pocaterra pudiera él escribir la novela criolla con pampas del Apure, mayordomos que usan garrote y novillas ubérrimas. Creo que como hombre intelectualizado, pocos temperamentos semejantes al exquisito súyo haya dado América. Rodó por ejemplo es el crítico observador, que busca el dato y edifica la teoría: Pedro-Emilio

es el crítico que busca la emoción. ¡Qué bellas páginas emotivas ha hecho! Una vez, ante una de estas ventas de libros viejos tan abundantes en Caracas que el argot popular llama "chiveras", sorprende un infolio que le habla de una Caracas colonial de 1800 tanto. La imaginación sensitiva de Pedro-Emilio va trazando la impresión que ante el infolio despertara en su espíritu: la imaginación lo está llevando a entrar a una casa de la Caracas colonial de entonces: ve las camas nupciales de torneado cedro, cercadas de barandillas, cubiertas con amplio cielo como un templo, los sillones cordobeses de ancho espaldar donde las abuelas hilan en la rueca. Entra por los procesos psicológicos de la gente de entonces, cuando el camino para los mozos de veinte años era meterse a cura, meterse a fraile, meterse a Letrado, siempre Latín y siempre Nebrija. Piensa Pedro-Emilio: "¿en el fondo de aquella vida aparentemente patriarcal, de aquella austeridad, de aquellas paz conventual y rigurosa cortesía, no estaban en gérmen todas las inquietudes de nuestra alma moderna y desordenada? ¿Sería acaso la guerra de la Independencia una explosión de bohemianismo espiritual por largo tiempo sofocado y al fin convertido en loco deseo de aventuras?". Tipo de intelectualizado disculpa Pedro-Emilio a mi señor Dess Esseintes o a mi señor Roberto Greslou. Todos son procesos de sensibilidad.
....
....

¿Y poner la sensibilidad como problema moral disculpándolo todo, será buen postulado americano? No, Pedro-Emilio. Ante todo observa que somos latinos, que el latino es indolente y sensual, indolentes y sensuales, ¿qué tal si los latinos edificamos en la sensibilidad toda una ley de vida? Peor en América: todo es trópico bochornoso, aguzador de instintos y de pasiones. Además somos pueblos más jóvenes: lo que dije a propósito de Don Perfecto y Díaz Rodríguez digo de Pe-

dro-Emilio y su sensibilidad. Los pueblos de Europa en la alquitara de los siglos han logrado tener la consciencia de sus fuerzas, la división de sus fuerzas. En éllos divisiones de clase y de trabajo: puede ponerse a soñar artificiales cosas Baudelaire en Montmatre, que el campesino francés trabaja: en América todos tenemos que hacer de todo. Se llega el caso y Montalvo, el hombre hecho para la labor del gabinete y la imaginación que crea, tiene de montar sobre un potro de Ambato, fajarse un winchester e ir a una guerra civil. Si todos tenemos que hacer de todo en América, no podemos adormecernos con estos opios. América no puede ser una parodia de Europa: en Europa bien explicados aquellos casos debido a la vida de veinte o más siglos de civilización propia, las sangres están cansadas, cansada la tierra, casi anulada la vida campesina. En América no hay razón para éllo: tres siglos de vida apenas, la vida aun campesina, la sangre mestiza. América no puede ser la parodia de Europa: cuando dormía Grecia vino Roma, cuando dormía Roma vinieron los pueblos del norte: América debe llevar sobre la sensibilidad gastada de Europa una sensibilidad nueva, una fuerza nueva. La selva de Tolstoy...

Luego, hace daño tu ideología sensible, oh, Pedro-Emilio: sobre la acción que requieren estas tierras pondría un opio adormecedor tu postulado. Viajando en 1847 por la gran democracia del norte, Domingo Faustino Sarmiento, deteniéndose en una Boston puritana donde un Waldo Emerson y un Horacio Mann realizaban formidable reacción educacional, piensa el gran educador argentino que un poquito de puritanismo, de moral severa, freno ante todas las cosas convencionales que ha creado el siglo, harían mucho bien en el Trópico. Creo yo con el enorme maestro: un poquito de puritanismo nos avalancharía contra estas ondas del siglo, sobre las cuales ha flotado el exquisito espíritu de Pedro-Emilio Coll: sensibilidad como

ley de vida, disculpar al señor de Phocás porque los nervios del señor de Phocás son los más vibradores y los más complicados, crear leyes para una clase, fabricar una moral plegadiza según a quien se aplique: una será la moral llena de ismos, de análisis clínicos para el hombre elevado y culto que cometió un crimen, otra será la moral, maza de fierro, inflexible, que no entra en análisis, para el campesino fornido e inculto que también cometió un crimen. Un poquito de puritanismo, de lucha austera contra los convencionalismos del siglo, nos haría fuertes; despuntarían en el Sur democracias como la Democracia del Norte, la Europa herida, la Europa de veinte siglos de civilización y sensibilidad que tiene muchas costras y muchas estigmas, hallaría en la tierra americana la fuerza nueva, la sangre nueva, la vida nueva, como la halló Egipto en Grecia, Grecia en Roma, Roma en los pueblos del norte.

Tiene esta generación literaria de 1890 unos sociólogos. Son el señor Gil Fortoul y el señor Vallenilla Lanz. Inician éllos el estudio analítico de hombres y hechos de la historia de Venezuela. El primero publica en Berlín,—1907 y 1908,—dos copiosos volúmenes de Historia Constitucional de Venezuela. Entre tanta retórica tropical y vana como sobre nuestra historia háse hecho—retóricas hermosas de Felipe Larrazábal o Eduardo Blanco,—el libro de Gil Fortoul es nuestra primera historia filosófica. El abandona ante todo en su sereno y hermoso libro la visión homérica que había enfermado de epopeyas malas nuestra literatura: Taine es su Virgilio. Entra por hombres y por hechos. Bolívar baja de los altares del semidios, incapaz de análisis, en que lo habían puesto profícuas epopeyas y ampulosas escrituras. Es el legislador de Bolivia y el sociólogo de Angostura, el genio que tiene pasiones y arrebatos de hombre; así gana más, así es más nuestro. De todas las obras de esta generación es la "Historia" de Gil Fortoul la obra de más médula, la que reve-

la más tendencia de formar patria, de resolver problemas americanos. Pido a los escritores de América menos mirar al pasado, más al presente y poner las bases del porvenir. Gil Fortoul ha publicado tan solo dos tomos de su "Historia": el segundo termina con las dianas de Santa Inés, en el tercero que está inédito ofrece llegar hasta estos días de ahora. El primero y el segundo son dos síntesis de lo ya hecho, en el tercero tocará el presente y augurará el porvenir: en él estará el ideólogo que ha observado mucho nuestras cosas y puede decir las leyes de nuestra evolución. Por lo demás, loado sea el optimismo de Gil Fortoul: él no cree como otros sociólogos también tropicales que todo en América son fatalismos étnicos, impulsiones de la sangre: para Gil Fortoul algo pueden sobre la masa los hombres de pensamiento: Antonio Leocadio Guzmán en "El Venezolano" y Juan Vicente González en "El Heraldo".

Otro sociólogo es Laureano Vallenilla Lanz, ha observado mucho, de cada archivo sacó el detalle explicador y la etiología del hecho. Es fatalista y marxista. Una guerra civil que es una guerra económica también, es para Vallenilla la guerra de la Independencia. Cree poco en ideólogos y labor de pensar en la evolución de estas tierras. ¿Federación, centralismo? Para Vallenilla pocos rumbos torció en la masa la prédica democrática de un viejo Guzmán, ni ayudó a solidificar el partido contrario el pensamiento de un Toro, de un Pedro José Rojas, de un Juan Vicente González: fué a la Federación el hombre de Venezuela porque todo cuanto fuese manifestación de autonomía, de descentralización, está en la masa venezolana: el llanero indómito, dueño del desierto, arbitrario, para él cual no se hicieron normas, leyes, disciplinas. De aquí viene Vallenilla Lanz a la teoría del gendarme necesario, del estado providencia que pedía Guzmán Blanco y voceaba Pedro José Rojas: para sofocar los instintos de una masa un hombre juez y árbitro, en la oligarquía conserva-

dora, Páez; en la transición, Monagas, en la oligarquía liberal, Antonio Guzmán Blanco. Acaso un poco de amarga verdad en la Sociología de Vallenilla: ¿pero teorías fatalistas, teorías de Spencer que todo lo llevan a instintos y a evoluciones inflexibles se han de predicar para América?; ¿porque en un momento dado de nuestra historia, necesitamos de la úna mano que al mismo tiempo que manda, juzga, vamos a hacer ley el momento necesario y transitorio de esa situación? Cuando un pueblo ha vivido diez o quince siglos, ha formado una raza homogénea, ha atravesado por muchas crisis con un mismo gesto, ese pueblo puede decir: tengo tal alma nacional, a esquemas pueden reducirse los gestos de esa alma; pero cuando un pueblo tiene de vivir tan sólo un siglo, es un pueblo mestizo hecho con muchos sedimentos que aún no han acabado de diluirse en una individualidad étnica, le han faltado a ese pueblo los ratos de descanso para cohesionarse, tiene ese pueblo diferentes climas y diferentes zonas, si una faja de llano o de desierto una faja también de serranía, no caben para ese pueblo las leyes y los esquemas. ¡Cuán vieja es España y decir que es España los chirimbolos andaluces o la terquedad del aragonés, tomando cada uno de estos conceptos como exclusivo, no sería decir verdad, porque el hombre que pastorea por Castilla no es el mismo que lleva una navaja, un cinto de color y un sombrero de fieltro de alas caídas en Andalucía o pesca sardinas en La Coruña o explica Teología en Salamanca: distintas expresiones y almas distintas; y si un pueblo que sabe de todas las épocas y de todos los hombres, que comerció con Cartago, que lo sojuzgó Roma, que lo mandaron hombres del Norte, que se echó a dormir con la indolencia del árabe, no ha podido todavía fundir en una individualidad étnica y psicológica al montañés de ojos azules y pelo rubio con el andaluz moreno y de ojos negros, ¿qué no un pueblo con cien años apenas de vida nacional,

donde más razas para formarlo no vió pueblo alguno: españoles de toda la compleja España; aborígenes de diversas razas, negros del aduar africano, los otros hombres de Europa que vinieron, y eche Ud. a mirar los largas mezclas: mestizos, mulatos, prietos, cuarterones? Y sangre morena de los caciques y azul sangre de los hidalgos de Iberia, y sangre de los esclavos africanos se hubieran ya fundido, en obra de generaciones produjeran un tipo homógeneo con homógeneos sentimientos, ¿convendría a América la ley fatalista y spenceriana de Laureano Vallenilla Lanz? Creo yo que no: filosofía activa, filosofía responsable que mueva las vértebras dormidas, que todo no lo culpe a instintos y a atavismos conviene a la América Española: imitar en esto a los Estados Unidos que en medio de los convencionalismos del siglo crearon una moral puritana, moral de responsabilidades, del esfuerzo personal obrando. Contemporánea de vida con los yankees, por falta de esa filosofía activa y responsable, por dar cabida a todos los convencionalismos del siglo, porque la moral que tiene es una moral de templo con luces prendidas y gallardetes de colores, esta América Española se envenena: una juventud lee a Baudelaire y porque Baudelaire vivió en Montmartre y copió sensaciones enfermizas, juventud de América que vive en Lima o en Caracas, muy cerca del bosque canta sensaciones de morfina y opios lejanos. No fatalismos, ni leyes del instinto para América, sociólogo eminente, sagaz observador, Laureano Vallenilla: por fatalistas antes de Spencer, porque todo lo dan a la obra de un destino o de un fatum, a trescientos millones de hombres del Ganges, hicieron suyos treinta y cinco mil conquistadores de Inglaterra.

A una generación literaria de 1890 pudieran disculpársele desorientaciones y poca precisión americana en la obra. Representan esos escritores una época de transición, entre un clasicismo

reseco y la avalancha de las reformas. Para dar nuevos matices al estilo, otra sonoridad a las palabras, hubieron de tocarse tópicos exóticos: suplir la poesía lunática y llorona de nuestros poetas románticos—Maitín o Lozano—o el clasicismo de odas frías, moles de mármol, sin nervio y sin vida de todos los Amenodoros Urdaneta o Diegos Jugo Ramírez, académicos, con el helenismo de un Gabriel Muñoz, las "Pentélicas" de Mata, el nervioso y suelto canto de Rufino Blanco o la elegía de Víctor Racamonde. Mas, cambiar de odres para vaciar el nuevo mosto, fuera labor de pocos días, y un nuevo siglo nos sorprende con una literatura desorientada que parece no darse cuenta que alienta en la tierra de Venezuela, en el Trópico, un pueblo joven, que tiene un trozo de desierto y selva primitivos donde todo está por hacerse. Estos últimos hombres dan un temperamento literario como el de Pocaterra --Stendhal en medio de una literatura ripiosa, novelador de grandes epopeyas espirituales: la muchacha de las provincias, la llanera fresca y pomposa como un anón maduro, tragada por Caracas, mareada en su hálito artificial: la virtud campesina que se va con el prejuicio de la moda y la elegancia; los mozos de nuestras ciudades grandes, enfermos mozucos de literatura de alcoba, llenos de estigmas; el hombre que trabaja en las pampas de Apure o en la serranía de Mérida, tiene callosas las manos, a las cuatro de la mañana está en pié, trabaja veinte, treinta años seguidos, para que a los veinte, los treinta años de trabajo, se vea, si ha bogado con buen viento, con sesenta mil bolívares y ese hombre—vestigio de algo antiguo que se va—vése pospuesto en la valorización de las actividades nacionales al abogaducho borlado en Caracas o en Mérida, politiquero, sofista, que consigue el empleo público y en pocos días elabora millares. Tragedias domésticas de Valencia, de Barquisimeto, de Mérida, de estas ciudades que aún conservan las costras de España, los rancios prejuicios de España: goda familia de una

7

tradición ilustre, un abuelo Presidente en los primeros congresos de la República, Ministro con el Dr. Vargas o con Páez, General de los conservadores en Santa Inés: murió ese abuelo, la familia no trabajaba, ¿nietos de Dn. Fulano, trabajando? Nunca. Se hizo el trabajo para prietos y mestizos, váyanse los prietos y los mestizos a fecundar los valles de Aragua, a poner la tienda en La Guaira, la fábrica en Valencia. Nietos de prócer se arruinaron. Hubo que hipotecar la casona solariega de amplios claustros, la sala llena de arañas de cristal, que se abriera en los grandes días de la familia para los bailes de cien parejas, las habitaciones con talladas camas de cedro. Hoy los nietos del prócer son dos vejetes alcohólicos que duermen en la Estación de Policía dos veces a la semana y tienen cirrosis en el hígado. La nieta, una muchacha paliducha que nunca aprendiera a mover las manos: cuando aún eran los buenos días de la familia aprendiera a chapurrear francés y a pintar un poco en un colegio de Caracas: pocas cosas prácticas para ganar la vida: Llegaron los días tristes: no empleada la mano en la fábrica porque son manos patricias: no en la tienda de telas, que tiene pudor en que la vean vendiendo. Y ahí caerá tu nubilidad patricia, por engaño, por flirt, a son de novio, en quién sabe qué manos de petrimetre corrompido.

Pero al lado de un temperamento así como el del novelador de "Vidas Oscuras," ¡qué de espíritus exóticos y desorientados! Entre los jóvenes, un concepto de la literatura como si la Literatura fuera un sport. No, señores. Nos pone Dios una pluma en las manos para que con la pluma hagamos obras de belleza y de justicia, y obras de belleza y de justicia no pueden hacerse como un sport: De la literatura como un sport, saldrá un madrigal de Versalles, pero no un drama de Shakespeare: una ironía de Fradique, pero no el estudio de una familia bajo el segundo imperio, los Rougon Macquart, o la De-

fensa de Dreyfus, si es Emilio Zola. Y en labor de escritor en América debe haber también una labor de apostolado: ¡cerebro de Sarmiento, cerebro de Alberdi ocupados en formar la patria argentina!, pueden algo estos cerebros que piensan en formar patrias: pluma de Sarmiento, pluma de Alberdi pueden más que veinte años de tiranía, cae Rozas; fulminaciones de Juan Montalvo pueden más que unos Jesuítas de Quito, que un alucinado místico que mandaba en Quito, cae García Moreno. En la Venezuela de ahora es casi triste deciros, un día de 1900 tanto, que se ocuparon más de tópicos de interés para esta patria los primeros hombres de la República: Antonio Leocadio Guzmán importando ideas nuevas, Fermín Toro estudiando el medio para hacer leyes, Juan Vicente González destruyendo ídolos de un momento, formidable predicador de energía. Cecilio Acosta, este Cecilio Acosta que era como un caramillo sobre el Guaire, trátase de necesidades nacionales y el poeta de la "Casita Blanca" diserta sobre necesidades nacionales como un grande hombre práctico. Para hacer obra de América y de patria, tópicos no nos faltan. ¿Sois poetas? Aquí en esta tierra de América hay motivos para vuestra poesía. Haced la poesía de la conquista: lucha de los hombres de Iberia con los caciques aborígenes, conquistadores que van por la selva o la montaña virgen buscando El Dorado, expediciones que van a caer a un río—el Orinoco—, a sorprender en la selva, cuando se cree se camina por un largo continente, se ha terminado el continente, un mar—El Pacífico—, a sorprender en pleno trópico un monte de nieve. Poesía tienen los días de la colonia, fueron en las manos de Ricardo Palma una fuente de encanto. Inquieta, épica poesía en los días de la Independencia: Olmedo no cantó a todo Bolívar: hay en el genio de América, y a medida que se le ahonda y se le conoce más, nuevas faces, nuevos dones de espíritu que están pidiendo la exaltación de vuestro arte. Personaje como

Miranda que por su vida inquieta y caballeresca ya hubiera formado en otros países todo un ciclo literario, no tiene merecido de nosotros sino frígidas páginas de historia y crítica. ¿Se ha escrito acaso la poesía trágica de Boves? En nuestra vida de ahora no faltan los aspectos: poesía esa guitarra campesina que en un rincón de la llanura, en alta noche está diciendo un cantar:

Solito camina el sol
por el firmamento azul
y por la mitad del alma
solita caminas tú.

¡Qué triste que está la luna
y el lucero en su compaña,
qué triste se pone un hombre
cuando una mujer lo engaña!

Poesía en los pescadores de Margarita o en el labrador montañés de un páramo andino. Poesía por todas partes. Un vuelo de garzas por el llano y un águila por una cresta andina. Interprétenla ustedes, señores poetas. Así harán también obra de patria, enseñarán el cariño de la tierra natía.

Sois ideólogos: tema para vuestras ideologías en estas tierras. Hablad de la tradición que se va con los humos modernos, tradición que hay que conservarla para que pasando por el cauce de las generaciones plasme el alma nacional. De la actitud de pueblos jóvenes y fuertes ante los convencionalismos del siglo. Por medio de una intensa labor educativa llegaran los Estados Unidos, a altos ápices de civilización y de riqueza: ante nuestro espíritu inconstante disciplinas de educación como los yankees; así donde hoy está la selva, mañana humearán las fábricas, por la montaña pasarán trenes llevando a otros soles los frutos de la tierra. Pero haced la obra de arte, la obra de ideas con un interés americano. Reproducid vuestro medio y vuestro momento, lo haréis me-

jor porque lo han visto vuestros ojos, completaréis así la obra de un héroe antiguo que vivió en días modernos, se llamaba Simón Bolívar, conoció este cielo, pisó esta tierra y formó esta patria: pero la obra de Simón Bolívar no termina. Infinita de alcances y miras—Simón Bolívar tiene que hacer en América todavía, escribió Martí—aún están en pié proyectos de Bolívar, no ha terminado la labor libertadora. Esta, no nos pide en el siglo Carabobos y Ayacuchos; con las mismas prosas y los mismos versos con que cantamos a nuestras novias, compañeros, podemos contribuir a esa labor poniendo en esos versos y en esas prosas el sentimiento, el paisaje y los hombres de la patria. ¡Así también la formamos, así también la libertamos! Así dicen que un ciego que tocaba flauta, hace muchos siglos, en una campiña de pastores, formó de esos pastores el pueblo madre de la Filosofía y de la Estética. Que tan inspirador y poderoso y tan lleno de patria como el arco de Aquiles, fué un poema de Homero...

LAVS DEO.

INDICE

INDEX

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN LOS TALLERES
DE "CULTURA VENEZOLANA"
EL XXIV DE DICIEMBRE DE MCMXX.



